

NORA ROBERTS

LAS CALHOUN

Cortejando a Catherine



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La intención de Trent St. James era comprar la mansión Las Torres para convertirla en un hotel. Sin embargo, Catherine se resistía a vender la casa familiar a pesar de que sus hermanas habían accedido. Trent y Catherine eran opuestos, pero entre ellos surgió una atracción irresistible, algo que ninguno deseaba...

L≡**LIBROS**

Nora Roberts

**Cortejando a Catherine
Las Calhoun 1**

Prólogo

*Bar Harbor, Maine.
12 de junio de 1912.*

Lo vi sobre los riscos que daban a Frenchman Bay. Era alto, de pelo oscuro y joven. Incluso desde la distancia, mientras caminaba con la mano del pequeño Ethan en la mía, podía ver el ángulo desafiador de sus hombros. Sostenía el pincel como si fuera un sable, la paleta un escudo. Ciertamente, me daba la impresión de que sostenía un duelo con el lienzo en vez de pintarlo. Tan profunda era su concentración, tan veloz e intenso el movimiento de la muñeca, que no costaba creer que su vida dependía de lo que allí creaba.

Quizá así fuera.

Me pareció extraño, incluso divertido. La imagen que tenía de los artistas siempre había sido la de almas gentiles que ven cosas que nosotros, los mortales, no podemos ver; y que sufren en su búsqueda para crearlas para nosotros.

Sin embargo, y antes de que se volviera para mirarme, supe que no vería una cara gentil.

Daba la impresión de que él mismo era producto de un artista. Un escultor que había pulido un tablero de roble, tallando una frente ancha, unos ojos oscuros y velados, una nariz recta y larga y una boca plena y sensual. Hasta la caída de su pelo podría haber estado tallada en ébano.

¡Cómo me miró! Aun ahora puedo sentir el rubor en mi cara y el sudor en mis manos. El viento anidaba en su pelo, dulce y húmedo procedente del mar, y le agitaba la camisa amplia, manchada por la pintura. Con las rocas y el cielo a su espalda, parecía muy orgulloso, muy furioso, como si fuera el propietario de ese saliente de tierra, o de toda la isla, y yo fuera la intrusa.

Permaneció en silencio lo que pareció una eternidad, sus ojos tan intensos, tan penetrantes, que me quedé muda. Entonces el pequeño Ethan comenzó a parlotear y a tirar de mi mano. El destello furioso de aquellos ojos se suavizó. Sonrió. Sé que en semejantes momentos un corazón no se detiene. No obstante...

Me puse a tartamudear y a disculparme por la intrusión, alzando a Ethan en brazos antes de que mi brillante y curioso pequeño pudiera lanzarse hacia las rocas.

—Espere —dijo él.

Tomó un cuaderno y un lápiz y comenzó a dibujar mientras yo permanecía inmóvil y temblorosa por motivos que no soy capaz de vislumbrar. Ethan no paró de sonreír, como si estuviera tan hipnotizado por el hombre como yo. Podía sentir el sol en mi espalda y el viento en la cara, podía oler el agua y las rosas silvestres.

—Debería llevar el pelo suelto —dijo; hizo a un lado el lápiz y se dirigió hacia mí—. He pintado puestas de sol menos dramáticas —alargó la mano y tocó el brillante pelo rojo de Ethan—. Comparte el color con su hermano pequeño.

—Mi hijo —¿por qué mi voz sonaba tan trémula?— Es mi hijo. Soy la señora de Fergus Calhoun —dije mientras sus ojos parecían devorarme la cara.

—Ah, Las Torres —miró más allá de mí hacia el lugar en el que las cumbres y los minaretes de nuestra casa de verano se podían ver en el risco más alto—. He admirado su casa, señora Calhoun.

Antes de que pudiera contestar, Ethan alargó los brazos, riendo, y el hombre lo alzó en vilo. Solo fui capaz de mirarlo fijamente, allí de pie con la espalda al viento, sosteniendo a mi hijo, acomodándolo con facilidad en la cadera.

—Un chico estupendo.

—Y enérgico. Quise sacarlo a dar un paseo para darle un descanso a su niñera. Mis otros dos hijos juntos le dan menos problemas que Ethan.

—¿Tiene otros hijos?

—Sí, una niña un año mayor que Ethan y un bebé que aún no ha cumplido el año. Hemos llegado ayer para pasar aquí la temporada. ¿Vive usted en la isla?

—Por ahora. ¿Posará para mí, señora Calhoun?

Me ruboricé. Pero por debajo de la vergüenza sentí un placer profundo y soñador. Sin embargo, sabía que sería algo poco decoroso y conocía el temperamento de Fergus. Así que me negué, esperé que con cortesía. No insistió, y me avergüenza decir que sentí una aguda decepción. Cuando me devolvió a Ethan, no me quitó la vista de encima; tenía unos ojos de un gris oscuro que daban la impresión de ver algo más que mi cara. Quizá más de lo que nadie había visto con anterioridad. Se despidió, de modo que me volví para regresar con mi hijo de vuelta a Las Torres, mi hogar y mis deberes.

Supo con tanta certeza como si me hubiera girado para mirar, que me observó hasta que quedé oculta por el risco. El corazón me atronaba.

Bar Harbor 1991.

Trenton St. James III estaba de un humor de perros. Era el tipo de hombre que esperaba que las puertas se le abrieran cuando llamaba, y que los teléfonos le contestaran cuando marcaba. Lo que no esperaba, y odiaba tolerar, era que su coche se le averiara en un camino estrecho de dos carriles a quince kilómetros de su destino. Al menos el teléfono del coche le había permitido localizar al mecánico más cercano. No le había hecho mucha gracia entrar en Bar Harbor en la cabina de la grúa, mientras una música estridente sonaba por los altavoces y su rescatador cantaba, desafinando, entre bocados a un enorme bocadillo de jamón.

—Hank, simplemente llámeme Hank —le había dicho el conductor, para luego beber un buen trago de una botella de refresco—. C. C. le arreglará el coche en un santiamén. No hay otro mecánico igual en Maine, pregúnteselo a cualquiera.

Trent decidió que en esas circunstancias tendría que aceptar la palabra del así llamado Hank. Con el fin de ahorrarse tiempo y problemas, hizo que el tipo lo dejara a la entrada del pueblo, con instrucciones sobre cómo llegar al taller y una sucia tarjeta que Trent estudió mientras la sostenía con cautela con la punta de los dedos.

Pero como con cualquier otra situación en la que pudiera hallarse, decidió aprovecharla. Mientras se ocupaban de su coche, realizó media docena de llamadas a su oficina de Boston, para poner el miedo de Dios en sus secretarías, ayudantes y vicepresidentes. Eso mejoró un poco su estado de ánimo.

Comió en la terraza de un restaurante pequeño, prestando más atención a los documentos que sacó del maletín que a la excelente ensalada de langosta o a la suave brisa primaveral. Comprobó la hora a menudo, bebió demasiado café y con impacientes ojos castaños estudió el tráfico que subía y bajaba por la calle.

Dos de las camareras hablaron bastante de él. Era comienzos de abril, faltaban semanas para la inauguración de la temporada, de manera que el local no rebosaba de clientes.

Conviniere en que era apuesto, desde lo alto de su pelo rubio oscuro hasta la punta de sus brillantes zapatos italianos. Coincidieron en que era un hombre de

negocios, sin duda importante, debido al maletín de piel y al elegante traje gris. Además, llevaba gemelos en los puños de la camisa. De oro.

Mientras preparaban las servilletas y los cubiertos para el siguiente turno, decidieron que era joven para el rango que ostentaba, no más de treinta años. Mientras se turnaban para rellenarle la taza de café y observarlo más de cerca, el voto unánime que dieron fue que resultaba descaradamente atractivo, con rasgos limpios y marcados, con un aire refinado que habría sido demasiado acicalado de no ser por los ojos.

Eran oscuros, tristes e impacientes, lo que hizo que las camareras especularan con que hubiera podido plantarlo una mujer. Aunque no fueron capaces de imaginar a una mujer cuerda realizando semejante locura.

Trent no les prestó más atención que a cualquier persona que cumpliera un servicio pagado. Eso las decepcionó. La propina exorbitante que dejó lo compensó. Lo habría sorprendido que la propina pudiera haber significado algo más para las mujeres si la hubiera ofrecido con una sonrisa.

Cerró el maletín y se preparó a caminar a paso vivo hasta el taller en el extremo del pueblo. No era un hombre frío y no se hubiera considerado distante. Siendo un St. James, había crecido con criados que en silencio y con eficacia habían desempeñado la tarea de hacer que su vida fuera más sencilla. Pagaba bien, incluso con generosidad. Si no mostraba ningún agradecimiento manifiesto o interés personal, sencillamente se debía a que jamás se le pasaba por la cabeza.

En ese momento, tenía la mente concentrada en el trato que esperaba cerrar a finales de semana. Se dedicaba a los hoteles, con énfasis en el lujo y los balnearios. El verano anterior, el padre de Trent había localizado una propiedad mientras navegaba en yate con su cuarta esposa por Frenchman Bay. Así como el instinto de Trenton St. James II en lo referente a las mujeres era conocidamente caprichoso, su instinto para los negocios jamás fallaba.

Casi de inmediato había iniciado las negociaciones para adquirir la enorme casa de piedra que daba a Frenchman Bay. Su apetito se había visto incrementado por la negativa de los dueños de vender. Como cabía esperar, no pudieron resistirse a Trenton padre y el trato estaba a punto de cerrarse.

Hasta que Trent se encontró con el negocio sobre el regazo cuando su padre se vio inmerso en un divorcio complicado.

Pensó que la esposa número cuatro había durado casi dieciocho meses. Dos meses más que la número tres. Con fatalismo aceptaba que no tardaría en aparecer una quinta. El viejo tenía tanta adicción al matrimonio como a los negocios inmobiliarios.

Estaba decidido a cerrar el trato de Las Torres antes de que se hubiera secado la tinta de la última sentencia de divorcio. En cuanto sacara el coche del taller, iría a echarle un vistazo al lugar.

Mientras atravesaba el pueblo, y debido a la época del año, muchas de las

tiendas estaban cerradas, pero pudo ver las posibilidades. Sabía que durante la temporada, las calles de Bar Harbor se hallaban atestadas de turistas con tarjetas de crédito y cheques de viaje listos para usar. Y los turistas necesitaban hoteles. Llevaba las estadísticas en el maletín. Calculaba que con una sólida planificación, en quince meses Las Torres podrían acaparar un buen porcentaje de ese negocio turístico.

Lo único que tenía que hacer era convencer a cuatro mujeres sentimentales y a su tía a aceptar el dinero.

Al girar por la esquina que conducía al mecánico, volvió a mirar la hora. Le había dado exactamente dos horas para ocuparse de la avería que pudiera haber sufrido el BMW. Estaba convencido de que eso era suficiente.

Podría haber tomado el avión de la empresa desde Boston. Habría sido más práctico, y Trent era un hombre pragmático. Pero había querido conducir. «Lo necesitaba», reconoció. Había necesitado esas pocas horas de tranquilidad y soledad.

El negocio florecía, pero su vida personal se iba al garete.

¿Quién habría imaginado que Marla iba a lanzarle de repente un ultimátum? Matrimonio o nada. Era algo que todavía lo desconcertaba. Desde el principio de la relación ella había sabido que el matrimonio nunca había sido una opción. No tenía intención de subirse a la montaña rusa que tanto le gustaba a su padre.

No era que no le hubiera tenido cariño. Era hermosa y de buena cuna, inteligente y triunfadora en su campo de diseño de ropa. Con Marla, jamás había un pelo fuera de lugar, y Trent apreciaba ese tipo de meticulosidad en una mujer. Del mismo modo que había apreciado la actitud práctica que había mostrado hacia la relación.

Había afirmado que no quería matrimonio, hijos o juramentos de amor eterno. A Trent le parecía una traición personal que de pronto hubiera cambiado su discurso y lo hubiera exigido todo.

No había sido capaz de dárselo.

Dos semanas atrás se habían separado, rígidos como dos desconocidos. Ella y a estaba comprometida con un jugador de golf.

Dolía. Pero también le convenía de que había tenido razón en todo momento. Las mujeres eran criaturas inestables y caprichosas, y el matrimonio era una especie de suicidio sin derramamiento de sangre.

Ella ni siquiera lo había amado. Gracias a Dios. Simplemente había querido «compromiso y estabilidad», según sus propias palabras. Complacido, Trent creía que no tardaría en descubrir que el matrimonio era el último sitio en el que encontrar esas dos cosas.

Como sabía que era poco productivo demorarse en los errores, permitió que los pensamientos de Marla desaparecieran de su mente. Decidió que se tomaría unas vacaciones de las mujeres.

Se detuvo en el exterior del edificio de madera blanca con coches en el aparcamiento. El letrero sobre las puertas abiertas del taller ponía *Automoción C. C.* Justo debajo del título, que a Trent le resultó ostentoso, había un ofrecimiento de grúa las veinticuatro horas, reparación completa de vehículos extranjeros y nacionales y presupuesto sin compromiso.

A través de las puertas le llegó el sonido de música de rock. Suspiró al entrar.

Su BMW tenía el capó levantado y un par de botas sucias se asomaban por debajo del coche. El mecánico movía los talones de las botas al ritmo de la música estrepitosa. Con el ceño fruncido, Trent miró alrededor de la zona dedicada al taller. Olía a grasa y a madreselva, una combinación ridícula. El lugar era un caos sucio de herramientas y repuestos.

En la pared había un cartel que estipulaba que no se aceptaban cheques.

Otros exponían los servicios que proporcionaba el taller y sus precios. Trent supuso que eran razonables, pero no tenía vara con que medirlos. Contra una pared había dos máquinas expendedoras; una ofrecía refrescos y la otra comida basura. Una lata de café contenía cambio que los clientes tenían libertad para recurrir o contribuir a él. « Un concepto interesante », pensó.

—Perdón —dijo. Las botas siguieron marcando el ritmo—. Perdón —repitió, más alto. La música incrementó el tempo, imitada por las botas. Trent tocó una con el zapato.

—¿Qué? —la respuesta que le llegó era amortiguada e irritada.

—Me gustaría saber cómo va mi coche.

—Póngase a la cola —se oyó el golpe de una herramienta y una maldición.

Trent enarcó las cejas y luego las frunció de un modo que hacía temblar a sus subordinados.

—Al parecer ya soy el primero.

—En este momento se encuentra por detrás del coche de este idiota. Dios me salve de los esnobs ricos que compran un coche como este y no se molestan en averiguar la diferencia entre un carburador y una llave para cambiar ruedas. Espere un minuto, amigo, o hable con Hank. Anda por alguna parte.

Trent iba varias oraciones por detrás de « idiota ».

—¿Dónde está el dueño?

—Ocupado. ¡Hank! —la voz del mecánico se alzó en un rugido—. Maldita sea. ¡Hank! ¿Adónde diablos se habrá ido?

—No lo sé —Trent se acercó hasta la radio y la apagó—. ¿Sería mucho pedirle que saliera de debajo del coche y me informara del estado en el que se encuentra mi coche?

—Sí —desde su sitio bajo el BMW, C. C. estudió los zapatos italianos y de inmediato le desagradaron—. En este momento ando con las manos llenas. Si tiene tanta prisa, puede bajar y prestarme una de las suyas o dirigirse hasta el taller de McDermit, en Northeast Harbor.

—No puedo conducir, ya que usted está bajo mi coche —aunque la idea era tentadora.

—¿Es suyo? —C. C. ajustó unos pernos. El tío exhibía un acento refinado de Boston a juego con los zapatos—. ¿Cuándo fue la última vez que le hizo una puesta a punto?

—Yo no...

—No me cabe ninguna duda —en la voz ronca se notó una satisfacción seca que crispó a Trent—. ¿Sabe?, no se compra simplemente un coche, sino una responsabilidad. Mucha gente no gana al año lo que cuesta el suyo. Con un cuidado y mantenimiento razonables, este cacharro podría llegar hasta sus nietos. Los coches no son artículos desechables. La gente los hace de esa manera porque es demasiado perezosa o estúpida para ocuparse de lo básico. Tendría que haberle cambiado el lubricante hace seis meses.

Los dedos de Trent tamborilearon sobre el costado del maletín.

—Joven, se le paga para ocuparse de mi coche, no para darme discursos sobre la responsabilidad que tengo hacia él —en un hábito tan arraigado como respirar, miró la hora—. Y ahora me gustaría saber cuándo lo voy a tener listo, ya que me esperan varias citas.

—El discurso es gratis —C. C. impulsó la camilla fuera de debajo del coche—. Y no soy su joven.

Eso le resultó bastante obvio. Aunque la cara estaba manchada y el pelo oscuro cortado con un estilo varonil, el cuerpo enfundado en un peto grasiento era decididamente femenino. Cada centímetro. Rara vez Trent no sabía qué decir, pero en ese instante se quedó quieto, mirando fijamente a C. C. cuando esta se levantó de la camilla para encararlo mientras hacía oscilar una llave inglesa en la mano.

Yendo más allá de las manchas negras en la cara, pudo ver que tenía una piel muy blanca en contraste con su pelo de color ébano. Bajo el flequillo, lo observaba con unos ojos verde bosque entrecerrados. Los labios sensuales y sin pintura estaban fruncidos en lo que, en otras circunstancias, habría sido un mohín muy sexy. Era alta para ser mujer, con una complejión como la de una diosa. Comprendió que era ella quien olía a aceite y a madreelva.

—¿Algún problema? —preguntó C. C. Era bien consciente de que la había recorrido de arriba abajo con la mirada. Estaba acostumbrada. Pero no tenía por qué gustarle.

La voz surtía un efecto completamente distinto cuando un hombre se daba cuenta de que esos tonos roncros pertenecían a una mujer.

—¿Es usted la mecánica!

—No, soy la decoradora de interiores.

Trent miró en torno al taller, con el suelo manchado de aceite y los bancos llenos de herramientas.

—Desempeña un trabajo interesante —comentó, sin poder resistirse.

Con un suspiro, ella arrojó la llave sobre un banco.

—Hubo que cambiar el filtro de aceite y el del aire. El carburador necesitaba unos ajustes. Sigue necesitando el cambio de aceite lubricante y habría que limpiar el radiador.

—¿Funcionará?

—Sí, funcionará —sacó un trapo del bolsillo y comenzó a limpiarse las manos. Lo juzgó como el tipo de hombre que cuidaba más de sus corbatas que de su coche. Se encogió de hombros y volvió a guardarse el trapo. No era asunto suyo—. Venga a la oficina y podremos echar cuentas.

Lo condujo a través de la puerta que había al fondo del taller, hacia un pasillo estrecho que giraba y desembocaba en una oficina con paredes de cristal. Estaba llena con un escritorio atestado, catálogos de repuestos, un bote de chicles por la mitad y dos sillas giratorias anchas. C. C. se sentó y, con la precisión sobrenatural de las personas que acumulan papeles sobre su mesa, apoyó con certeza la mano sobre las facturas.

—¿En efectivo o con tarjeta? —preguntó.

—Tarjeta —distráido sacó la billetera. Se aseguró que no era sexista. Con meticulosidad se había cerciorado de que en su empresa las mujeres recibieran la misma paga y oportunidad de ascenso que cualquier hombre. Jamás se le ocurrió preocuparse de que sus empleados fueran mujeres u hombres, siempre y cuando fueran eficientes, leales y de confianza. Pero cuanto más miraba a la mujer que rellenaba la factura, más convencido estaba de que no encajaba con la imagen que pudiera tener alguien de un mecánico de coches—. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí? —se sorprendió al oírse. Las preguntas personales no formaban parte de su estilo.

—Con más o menos intensidad desde los doce años —los ojos verdes subieron a los suyos—. No se preocupe. Sé lo que hago. Cualquier trabajo que se lleve a cabo en mi taller está garantizado.

—¿Su taller?

—Mi taller —extrajo una calculadora y comenzó a sacar el total con dedos largos y elegantes que aún estaban sucios. La crispaba. « Quizá son los zapatos » , pensó. « O la corbata » . Había algo arrogante en una corbata marrón—. Estos son los daños —giró la factura y se puso a detallarla punto por punto.

Él no prestaba atención, algo inusual. Era un hombre que leía cada palabra de cada papel que pasaba por su escritorio. Pero la observaba a ella, sinceramente fascinado.

—¿Alguna pregunta? —alzó la vista y se encontró con sus ojos. Casi pudo oír el clic.

—¿Usted es C. C.?

—Exacto —se vio forzada a carraspear. « Ridículo » , se dijo. Ese hombre

tenía ojos corrientes. Quizá fueran un poco más oscuros e intensos que lo que había notado en un principio, pero seguían siendo corrientes. No había ningún motivo por el que no pudiera dejar de mirarlos. Pero no lo hizo.

—Tiene grasa en la mejilla —musitó él, y le sonrió.

El cambio fue asombroso. Pasó de ser un hombre arrogante y molesto a un cálido y abierto. La boca se le suavizó al curvarse, la impaciencia en los ojos desapareció. En ese momento en ellos se veía un humor campechano que resultaba irresistible. C. C. no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Es parte del trabajo —«quizá he sido un poco brusca», reflexionó, y se esforzó por corregirlo—. Usted es de Boston, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo ha sabido?

No dejó de sonreír al encogerse de hombros.

—Entre la matrícula de Massachusetts y su acento, no ha sido difícil adivinarlo. En la isla recibimos mucho comercio de Boston. ¿Está aquí de vacaciones?

—Negocios —intentó recordar la última vez que se había tomado unas vacaciones, sin éxito. «¿Dos años? ¿Tres?».

C. C. sacó un portapapeles de debajo de un montón de catálogos y estudió la agenda del día siguiente.

—Si va a quedarse un tiempo, podríamos hacerle el cambio de lubricante mañana.

—Lo tendré en cuenta. ¿Usted vive en la isla?

—Sí. Toda mi vida —el sillón crujió cuando subió las piernas para sentarse al estilo indio—. ¿Había estado en Bar Harbor con anterioridad?

—De niño pasé aquí un par de fines de semana con mi madre —le parecía que había pasado más de una vida—. Tal vez podría recomendarme algunos restaurantes y puntos de interés. Quizá logre sacar algo de tiempo libre.

—No se pierda el parque —sacó un papel y se puso a escribir—. Con los pescados y los mariscos no puede equivocarse, y aún no estamos en plena temporada, de modo que no sufrirá colas y falta de lugar —le ofreció el papel, que él dobló y guardó en un bolsillo.

—Gracias. Si no está ocupada esta noche, tal vez pueda ayudarme a probar los mariscos locales. Podríamos hablar del carburador.

Aturdida y halagada, alargó la mano para tomar la tarjeta de crédito que él le ofreció. Se hallaba a punto de aceptar cuando leyó el nombre impreso.

—Trenton St. James III.

—Trent —pidió él con una sonrisa.

«Encaja», pensó C. C. «Claro que encaja». Coche elegante, traje elegante, modales elegantes. Debió imaginarlo de inmediato. Debió olerlo. Crispada, pasó la tarjeta por el lector.

—Firme aquí.

Trent sacó una fina pluma de oro y firmó mientras ella se incorporaba y se dirigía a un pequeño armario para retirar las llaves del coche. Giró la cabeza en el momento en que ella se las arrojaba. Logró capturarlas antes de que le golpearan la cara. Las hizo sonar en la mano y se levantó para mirarla. Ella tenía las manos en las caderas y las facciones dominadas por la furia.

—Con un simple «no» habría bastado.

—Los hombres como usted no entienden un simple «no» —C. C. se volvió hacia la pared de cristal, luego giró con brusquedad—. De haber sabido quién era, le habría perforado el silenciador.

Despacio, Trent se guardó las llaves en el bolsillo. Su temperamento era famoso. No era encendido, y a que eso habría sido fácil de esquivar. Era hielo. Allí de pie se apoderó de él, le paralizó los ojos y le tensó la boca.

—¿Querría explicarse?

C. C. caminó hacia él hasta que quedaron pegados.

—Soy Catherine Colleen Calhoun. Y quiero que mantenga sus codiciosas manos lejos de mi casa.

Trent no dijo nada por un momento, mientras adaptaba sus pensamientos. Catherine Calhoun, una de las cuatro hermanas propietarias de Las Torres, y una que al parecer era bastante reacia a la venta. Como iba a tener que negociar con las cuatro, bien podía empezar allí mismo.

—Es un placer, señorita Calhoun.

—Para mí no —bajó la vista y separó la copia del recibo de la tarjeta de crédito—. Vuelva a meter su trasero en ese BMW y regrese a Boston.

—Fascinante expresividad —sin dejar de mirarla, dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo—. Sin embargo, usted no es la única parte involucrada.

—No va a convertir mi casa en uno de sus lujosos hoteles para debutantes aburridas y falsos condes italianos.

Él estuvo a punto de sonreír.

—¿Se ha alojado en uno de los hoteles St. James?

—No tengo que hacerlo, sé cómo son. Recepciones de mármol, ascensores de cristal, candelabros de seis metros y fuentes de agua por doquier.

—¿Tiene algo en contra de las fuentes?

—No quiero una en mi salón. ¿Por qué no va a ejecutar la hipoteca de alguna viuda o huérfano y nos deja en paz?

—Por desgracia, no tengo ninguna ejecución hipotecaria planeada para esta semana —alzó la mano cuando ella gruñó—. Señorita Calhoun, he venido aquí a petición de su enlace. Sean cuales fueren sus sentimientos personales, Las Torres tiene otras tres propietarias. No pienso marcharme hasta no haber hablado con ellas.

—Puede hablar hasta que sus pulmones se queden sin aire, pero... ¿qué enlace?

—La señora Cordelia Calhoun McPike.

El color de la cara de C. C. fluctuó un poco, pero no dio marcha atrás.

—No le creo.

Sin decir una palabra, Trent dejó su maletín sobre los papeles de la mesa e introdujo la combinación. De una de sus carpetas ordenadas sacó una carta escrita en un grueso papel marfil. El corazón de C. C. dio un vuelco. Se la quitó de la mano y leyó.

Estimado señor St. James:

Las mujeres Calhoun han tomado en consideración la oferta que les ha hecho por Las Torres. Como se trata de una situación compleja, consideramos que sería lo mejor para todos discutir los términos en persona en vez de comunicarnos por carta.

Como representante de ellas, me gustaría invitarlo a Las Torres —C. C. emitió un gemido ahogado— unos días. Considero que este enfoque más personal será de beneficio mutuo. Estoy segura de que convendrá en que una inspección de la propiedad más próxima e informal representará una ventaja para usted.

Por favor, si le interesa este acuerdo, puede ponerse en contacto conmigo en Las Torres.

Un cordial saludo,

Cordelia Calhoun McPike

C. C. leyó la carta dos veces con los dientes apretados. La habría estrujado si Trent no la hubiera rescatado para volver a guardarla en la carpeta.

—¿He de dar por hecho que no se la informó del acuerdo?

—¿Informárseme? Por supuesto que no se me informó. Esa maldita... Oh, tía Coco, voy a matarte.

—Supongo que la señora McPike y la tía Coco son la misma persona.

—Algunos días cuesta decirlo —giró—. Pero las dos estarán muertas.

—Prefiero soslayar la violencia familiar, si no le importa.

C. C. metió las manos en el peto y lo miró con ojos centelleantes.

—Si su intención sigue siendo alojarse en Las Torres, será imposible evitarla.

—Entonces me arriesgaré —aceptó.

La tía Coco se hallaba concentrada colocando las rosas del invernadero en dos de los jarrones de Dresde que aún había que vender. Mientras trabajaba, tarareaba un éxito de rock. Como el resto de las mujeres Calhoun, era alta, y le gustaba pensar que su figura, que solo había engordado un poco en la última década, tenía un aspecto majestuoso.

Se había vestido y peinado con cuidado para la ocasión. Esa semana llevaba el pelo corto y teñido de rojo, algo que la complacía enormemente. Para Coco, la vanidad no era un pecado ni un defecto de carácter, sino el deber sagrado de una mujer. El rostro, que se sostenía a la perfección gracias al *lifting* al que lo había sometido seis años atrás, estaba maquillado de forma escrupulosa. De las orejas colgaban sus mejores perlas, las mismas que le rodeaban el cuello. Con un rápido vistazo al espejo del vestíbulo, decidió que el vestido negro era dramático y elegante. Las sandalias que llevaba sonaban satisfactoriamente sobre el suelo de nogal y la hacían llegar al metro ochenta.

Con su figura imponente y, desde luego, real, fue de una habitación a otra para comprobar por enésima vez cada detalle. Sus chicas quizá se mostraran un poco molestas porque hubiera invitado a alguien sin mencionarlo. Pero siempre podía achacarlo a su distracción. Algo que hacía siempre que le convenía.

Coco era la hermana menor de Judson Calhoun, quien se había casado con Deliah Brady y tenido cuatro hijas. Judson y Deliah, a la que Coco había querido mucho, habían muerto quince años atrás cuando su avión privado había caído en el Atlántico.

Desde entonces, se había esforzado en ser padre, madre y amiga de sus hermosas y pequeñas huérfanas. Viuda durante casi veinte años, Coco era una mujer arrebatadora con una mente retorcida y un corazón de la consistencia de la crema de malvaviscos. Quería, y estaba decidida a tener, lo mejor para sus chicas. Sin importar que a ellas les gustara o no. Con el interés que mostraba Trenton St. James por Las Torres, vio una oportunidad.

Le importaba un bledo que comprara esa casa más parecida a una fortaleza. Aunque solo Dios sabía el tiempo que podrían retenerla, con los impuestos, los gastos de mantenimiento y las facturas de calefacción. En lo concerniente a ella, Trenton St. James III podía quedársela o dejarla. Pero tenía un plan.

Sin importar la decisión que adoptara en lo referente a la casa, iba a perder la cabeza por una de las chicas. No sabía por cuál. Había probado con la bola de cristal, pero aún no se le había ocurrido un nombre.

Pero lo sabía. Lo había sabido nada más llegar la primera carta. El chico se iba a llevar a una de sus chicas para brindarle una vida de amor y lujo. No iba a permitir que ninguna de ellas tuviera lo uno sin lo otro.

Suspiró y arregló la vela en el candelabro Lahque. Ella había podido brindarles amor, pero no lujo... Si Judson y Deliah hubieran seguido con vida, las cosas habrían sido diferentes. Sin duda Judson habría sido capaz de salir de las dificultades financieras que había estado sufriendo. Con su inteligencia y la persistencia de Deliah, habría sido algo muy temporal.

Pero no habían vivido y el dinero se había convertido en un problema creciente. Cómo odiaba tener que vender pieza a pieza la herencia de las chicas con el fin de mantener el techo en mal estado que tanto amaban sobre sus cabezas.

«Quizá sea Suzanna», pensó, ahuecando los cojines del sofá del salón. La pobre tenía el corazón roto por el canalla inútil con el que se había casado. Tensó los labios. Pensar que las había engañado a todas. ¡Incluso a ella! Había hecho desgraciada la vida de su pequeña, para luego divorciarse y casarse con aquel bombón que era todo pecho.

Suspiró disgustada y alzó unos ojos pequeños hacia la escayola agrietada del techo. Iba a tener que comprobar que Trenton encajara como padre de los dos hijos de Suzanna. Y si no era así...

Estaba Lilah, un hermoso espíritu libre. Lilah necesitaba a alguien que supiera apreciar la mente vivaz y el estilo excéntrico que tenía. Alguien que la cuidara y la asentara solo un poco. Coco no toleraría a nadie que tratara de apagar la inclinación mística de su querida pequeña.

Quizá sería Amanda. Arregló una cortina para que tapara un agujero de ratón. La terca y pragmática Amanda. ¡Qué pareja formarían! El hombre de negocios de éxito y su mujer. Pero él debería tener un lado más blando, que reconociera que Mandy necesitaba cuidados, al igual que respeto. Aunque ni ella misma lo reconociera.

Con un suspiro satisfecho, fue del salón al comedor, luego a la biblioteca y de allí al estudio.

Luego estaba C. C. Movié la cabeza al tiempo que arreglaba un cuadro para que tapara en su mayor parte las manchas del viejo papel de seda de la pared. Esa niña había heredado en abundancia la terquedad de los Calhoun. Una adorable joven que desperdiciaba su vida manipulando motores y bombas de gasolina. Que el cielo las protegiera.

Resultaba dudoso que un hombre como Trenton St. James III fuera a interesarse en una mujer que pasaba todo su tiempo debajo de un coche. Aunque

con veintitrés años C. C. era la pequeña de la familia. Consideraba que disponía de tiempo más que suficiente para encontrarle un marido a su pequeña.

Decidió que el escenario estaba preparado. Y faltaba poco para que el señor St. James entrara en el Primer Acto.

La puerta delantera se cerró con fuerza. Coco hizo una mueca, ya que sabía que la vibración movería los cuadros y las vajillas. Avanzó por el laberinto de habitaciones sin dejar de arreglar esto y aquello a medida que marchaba.

—¡Tía Coco!

Esta alzó la mano en un gesto automático para darse una palmadita en el pecho. Era la voz de C. C.... y llena de furia. Se preguntó qué habría pasado para encender de esa manera a la muchacha. Adoptó su mejor sonrisa.

—Voy, querida. Todavía no te esperaba en casa. Es una... —calló al ver a su sobrina, lista para pelear con sus vaqueros rotos y en camiseta, con manchas de grasa aún en la cara y las manos cerradas a la altura de las caderas. Y el hombre que había detrás de ella... el hombre al que reconoció como su posible sobrino político—. Sorpresa —concluyó, y volvió a poner la sonrisa en su sitio—. Vaya, señor St. James, es magnífico —avanzó con la mano extendida—. Soy la señora McPike.

—Encantado.

—Es tan agradable conocerlo al fin. Espero que haya tenido un viaje placentero.

—Ha sido... interesante.

—Lo cual resulta mejor que placentero —le palmeó la mano antes de soltarla, aprobando su mirada segura y voz bien modulada—. Por favor, pase. Quiero que empiece ya a sentirse como en su casa. Iré a preparar un poco de té para todos.

—Tía Coco —intervino C. C. en voz baja.

—Sí, querida, ¿preferirías otra cosa en vez de té?

—Quiero una explicación, y la quiero ahora.

A Coco el corazón le martilleó un poco, pero le dedicó a su sobrina una sonrisa abierta y algo curiosa.

—¿Explicación? ¿Por qué?

—Quiero saber qué diablos hace él aquí.

—¡Catherine! —reprendió su tía—. Tus modales... son uno de mis pocos fallos. Venga, señor St. James, ¿o puedo llamarlo Trenton?, debe estar un poco agotado después del trayecto en coche. Mencionó que había sido en coche, ¿verdad? ¿Por qué no vamos a sentarnos al salón? —lo guio mientras hablaba—. Un clima maravilloso para viajar en coche, ¿no es cierto?

—Un momento —C. C. se plantó en su camino—. Un momento. Un momento. No vas a acomodarlo en el salón, con té y tu conversación social. Quiero saber por qué lo invitaste a venir.

—C. C. —Coco suspiró con exageración—. Los negocios son más agradables y prósperos para todas las partes involucradas cuando se conducen en persona, en una atmósfera relajada. ¿No está de acuerdo, Trenton?

—Sí —le sorprendió tener que contener una sonrisa—. Sí lo estoy.

—Ya está.

—No des un paso más —alargó ambas manos—. No hemos acordado vender la casa.

—Desde luego que no —repuso su tía con paciencia—. Por eso ha venido Trenton. Para que podamos discutir todas las opciones y posibilidades. Deberías subir a refrescarte antes de tomar el té, C. C. Tienes grasa de motor, o lo que sea, en la cara.

—¿Por qué no se me informó de que venía? —se la frotó con el dorso de la mano.

Coco parpadeó y trató de dejar los ojos un poco desenfocados.

—¿Decírtelo? Por supuesto que te lo dije. No me habría atrevido a invitar a alguien sin informároslo a todas vosotras.

—No me lo dijiste —insistió con expresión rebelde.

—Vamos, C. C.... yo... —Coco frunció los labios, sabiendo, después de practicar ante el espejo, que le daba una expresión de desconcierto—. ¿No? ¿Estás segura? Habría jurado que os lo conté a ti y a las chicas en cuanto recibí la aceptación del señor St. James.

—No —aseveró con rotundidad.

—Santo cielo —Coco se llevó las manos a las mejillas—. Qué terrible, de verdad. Debo disculparme. Después de todo, esta es tu casa, tuya y de tus hermanas. Jamás abusaría de vuestra buena naturaleza y hospitalidad...

La culpabilidad comenzó a carcomer a C. C.

—Es tu casa tanto como nuestra, tía Coco. Lo sabes. No tienes que pedirnos permiso para invitar a alguien que te guste. Es simplemente que deberíamos haber...

—No, no, es inexcusable —había parpadeado lo suficiente como para conseguir que los ojos le brillaran bien—. De verdad que lo ha sido. No sé qué decir. Me siento fatal por todo el incidente. Solo intentaba ayudar, pero...

—No hay nada de qué preocuparse —C. C. tomó la mano de su tía—. Nada en absoluto. Resultó un poco desconcertante al principio. Mira, ¿por qué no preparo yo el té para que tú puedas sentarte con... él?

—Eres tan dulce, querida.

C. C. musitó algo ininteligible al marcharse por el pasillo.

—Felicidades —murmuró Trent, mirando a Coco con expresión divertida—. Ha sido una de las manipulaciones más delicadas que jamás he visto.

—Gracias —Coco puso cara radiante y enlazó el brazo con el de Trent—. ¿Por qué no pasamos para mantener esa charla? —lo condujo a un sofá junto a la

chimenea, sabiendo que los muelles no eran más que un recuerdo—. He de disculparme por C. C. Tiene un humor incendiario pero un gran corazón.

—He de aceptar su palabra al respecto —inclinó la cabeza.

—Bueno, está aquí y eso es lo que importa —satisfecha consigo misma, se sentó frente a él—. Sé que Las Torres y su historia le resultarán fascinantes.

Trent sonrió, pensando que sus ocupantes ya despertaban su fascinación.

—Mi abuelo —continuó ella, indicando el retrato de un hombre de labios finos y rostro severo que había encima de la repisa de madera de cerezo—. Él construyó esta casa en 1904.

—Exhibe un aspecto... formidable —comentó con cortesía al observar los ojos desaprobadores y el ceño fruncido.

—Desde luego —Coco rio con alegría—. Y tengo entendido que fue despiadado en su juventud. Solo recuerdo a Fergus Calhoun como a un anciano tembloroso que discutía con las sombras. En 1945 lo metieron en una residencia, después de que tratara de pegarle un tiro al mayordomo por servir oporto malo. Estaba bastante loco... el abuelo —explicó—. No el mayordomo.

—Ya... veo.

—Vivió otros doce años en la residencia, lo cual lo aproximó a los noventa años. Los Calhoun, o tienen vidas largas o mueren trágicamente jóvenes —cruzó sus largas piernas—. Conocí a su padre.

—¿A mi padre?

—Ciertamente. No bien. En nuestra juventud asistimos a algunas de las mismas fiestas. Recuerdo en una ocasión bailar con él en una fiesta en Newport. Era llamativamente atractivo, fatalmente encantador. Quedé rendida —sonrió—. Usted se parece mucho a él.

—Debió ser torpe para dejar que se escurriera así por entre sus dedos.

Un deleite puramente femenino centelleó en los ojos de ella.

—Tiene toda la razón —rio—. ¿Cómo está Trenton?

—Bien. Creo que si se hubiera percatado de la conexión existente, no me habría pasado el trato a mí.

Ella enarcó una ceja. Como mujer que seguía las páginas de sociedad y de rumores de forma religiosa, era bien consciente del divorcio complicado por el que pasaba St. James padre.

—¿El último matrimonio no prosperó?

En absoluto era un secreto, pero, no obstante, incomodó a Trent.

—No. ¿Cuando hable con él le doy saludos de su parte?

—Por favor, hágalo —pensó que era un punto doloroso y lo soslayó con ligereza—. ¿Cómo es que se encontró con C. C.?

« El destino », pensó él, y a punto estuvo de decirlo.

—Me encontré necesitando sus servicios... o, mejor dicho, mi coche. No establecí de inmediato la relación entre *Automoción C. C.* y Catherine Calhoun.

—¿Quién podría culparlo? —comentó Coco con un gesto de la mano—. Espero que no haya sido... ah, intensa.

—Sigo con vida para hablar del tema. Es evidente que su sobrina no está convencida de vender.

—Así es —C. C. entró empujando un carrito del té, para detenerlo con brusquedad entre los dos sofás—. Y convencerme va a requerir algo más que un escurridizo relaciones públicas de Boston.

—Catherine, no hay excusa ninguna para la grosería.

—No pasa nada —Trent se recostó—. Empiezo a acostumbrarme a ella. ¿Todas sus sobrinas son tan... vehementes, señora McPike?

—Coco, por favor —murmuró—. Todas son mujeres encantadoras —al alzar la tetera, miró a C. C. con una expresión de advertencia—. ¿No tienes trabajo, querida?

—Puede esperar.

—Pero solo has traído servicio para dos.

—Yo no deseo nada —se acomodó sobre el apoyabrazos del sofá y cruzó los brazos.

—Bueno, entonces. ¿Leche o limón, Trenton?

—Limón, por favor.

Cruzando su larga pierna, con botas, C. C. los observó beber té y charlar de cosas sin importancia. «Una conversación inútil», pensó con acritud. Era el tipo de hombre que desde la infancia había sido entrenado para sentarse en un salón y hablar de naderías.

Jugaría al *squash*, al polo, quizá al golf. Lo más probable era que tuviera manos como las de un bebé. Bajo ese traje a medida, su cuerpo sería blando y sin vida. Los hombres como él no trabajaban, no sudaban, no sentían. Permanecía todo el día detrás de su escritorio, comprando y vendiendo, sin pensar jamás en las vidas que afectaba. En los sueños y esperanzas que creaba o destruía.

No iba a manipular la vida de ella. No iba a cubrir las paredes muy queridas y agrietadas con escayola y una capa de pintura brillante. No iba a convertir la vieja sala de baile en un club nocturno. No iba a tocar ni una sola madera del suelo desgastado.

Ella se encargaría de eso y de él.

«Vaya situación», decidió Trent. Respondió a la conversación social de Coco mientras la Reina de las Amazonas, tal como había comenzado a pensar en C. C. ... se sentaba en el viejo sofá, moviendo una pierna y lanzándole dagas por los ojos. Por lo general se habría disculpado y habría vuelto a Boston para pasarle todo el negocio a sus agentes. Pero hacía mucho tiempo que no se enfrentaba a un verdadero desafío. Pensó que tal vez necesitara ese para recuperar el brío.

El lugar en sí mismo era asombroso... casi en ruinas. Desde el exterior

parecía una mezcla de mansión de campo inglesa con el castillo de Drácula. Torres y minaretes de piedra gris se alzaban hacia el cielo. Las gárgolas, una de las cuales se hallaba decapitada, sonreían con expresión perversa en sus parapetos. Todo eso parecía coronar una casa de granito de tres plantas, con porches y balcones. Sobre el rompeolas se había construido una pérgola. El rápido vistazo que Trent había podido lanzarle había provocado imágenes de una casa de baños romana, por razones que no lograba comprender.

Tendría que haber sido fea. De hecho, tendría que haber sido espantosa. Sin embargo, no lo era. Resultaba desconcertante, atractiva.

El modo en que el cristal de las ventanas centelleaba como agua de un lago bajo el sol, las flores por doquier agitadas por la brisa, la hiedra que subía con paciencia por esas paredes de granito. No había sido difícil, ni siquiera para un hombre de mente pragmática, imaginar veladas para tomar el té en los jardines. Las mujeres flotando sobre el césped con sus pamelas y vestidos de organdi, mientras se escuchaba la música de arpas y violines.

Y además estaba la vista, que incluso en el breve trayecto desde el coche hasta la entrada principal lo había dejado sin habla.

Pudo comprender por qué su padre había querido comprar la casa y se hallaba dispuesto a invertir los cientos de miles de dólares que harían falta para restaurarla.

—¿Más té, Trenton? —inquirió Coco.

—No, gracias —le regaló una sonrisa cautivadora—. Me pregunto si podría recorrer la casa. Lo que he visto hasta ahora es fascinante.

C. C. emitió un bufido que Coco fingió no oír.

—Desde luego, será un placer mostrársela —se levantó y, con la espalda hacia Trent, miró a su sobrina sin parar de mover las cejas—. C. C.... ¿no deberías volver al trabajo?

—No —se incorporó y con un brusco cambio de táctica, sonrió—. Yo acompañaré al señor St. James, tía Coco. Ya casi es hora de que los niños vuelvan del colegio.

Coco miró el reloj que había en la repisa, que semanas antes se había parado a las once menos veinticinco.

—Oh, bueno...

—No te preocupes por nada —se dirigió hacia la puerta y con gesto imperioso le indicó a Trent que la siguiera—. ¿Señor St. James? —marchó delante de él por el pasillo y luego por una escalera—. Empezaremos por arriba, ¿le parece? —sin mirar atrás, continuó, convencida de que él se pondría a jadedar en el tercer tramo.

Quedó decepcionada.

Subieron el último tramo circular hasta la torre más alta. C. C. cerró la mano sobre el pomo y empujó la gruesa puerta de roble con el hombro. Con varios

crujidos, se abrió.

—La torre encantada —anunció con tono ampuloso y entró al polvo y los ecos. La habitación circular se hallaba vacía a excepción de unas robustas y por fortuna vacías trampas para ratones.

—¿Encantada? —repitió Trent, dispuesto a seguirle la corriente.

—Mi bisabuela tenía su refugio aquí arriba —al hablar, se acercó a la ventana curva—. Se dice que solía sentarse aquí, mirando hacia el mar mientras languidecía por su amado.

—Grandiosa vista —murmuró Trent. Era una caída vertiginosa hasta los riscos y el agua que rompía abajo—. Muy dramático.

—Oh, aquí nos sobra el drama. Al parecer la bisabuela no pudo soportar más tiempo el engaño y se tiró por esta misma ventana —sonrió con gesto presuntuoso—. En las noches tranquilas se la puede oír caminar por aquí mientras llora por su amado perdido.

—Se podrá incorporar al folleto.

—Yo no consideraría a los fantasmas buenos para los negocios —metió las manos en los bolsillos.

—Todo lo contrario —sonrió—. ¿Seguimos?

Con los labios apretados, C. C. salió de la habitación. Agarró el picaporte con ambas manos y se preparó para tirar con fuerza. Cuando la mano de Trent se cerró sobre las suyas, se sobresaltó como si la hubieran quemado.

—Yo puedo hacerlo —musitó. Abrió mucho los ojos al sentir que el cuerpo de él la rozaba. Trent la rodeó con el otro brazo, encerrándola, provocándole un vuelco del corazón.

—Parece más el trabajo para dos personas —Trent tiró con fuerza, haciendo que tanto la puerta como C. C. se dirigieran hacia él.

Permanecieron de esa manera un momento, como amantes que contemplaran un crepúsculo. Descubrió que aspiraba el aroma del cabello de C. C. mientras sus manos seguían cerradas sobre las de ella. Por la mente le pasó que era una mujer sorprendentemente sexy... hasta que ella saltó como un conejo y se apoyó contra la pared.

—Está torcida —manifestó C. C.... tragó saliva con la esperanza de que la voz no le graznara—. Todo aquí está torcido, roto o a punto de desintegrarse. Ni sé por qué se le pasa por la cabeza querer comprarla.

Trent notó que tenía la cara pálida como el agua, lo que le daba una mayor profundidad a sus ojos. La inquietud asustada que veía en ellos parecía más de lo que podía justificar la puerta torcida de una torre.

—Las puertas se pueden reparar o sustituir —curioso, avanzó un paso hacia ella y vio que se ponía tensa como si fuera a recibir un golpe—. ¿Qué le pasa?

—Nada —sabía que si volvía a tocarla saldría disparada como un cohete por lo que quedaba del techo—. Nada —repitió—. Si quiere ver algo más, será mejor

que bajemos.

C. C. suspiró mientras lo seguía por la escalera de caracol. El cuerpo aún le palpitaba de forma extraña, como si hubiera pasado una mano por un cable eléctrico. «Sin tiempo suficiente para quemarte», pensó, «pero sí para reconocer el poder».

Llegó a la conclusión de que eran dos motivos para deshacerse pronto de Trenton St. James.

Lo llevó por la planta superior, por el ala de los criados, las habitaciones destinadas a almacenes, cerciorándose de señalar todas las grietas, la madera podrida, los daños causados por los roedores. La satisfizo que hiciera frío y hubiera un poco de humedad. La gratificó aún más ver que el traje de él se hubiera manchado de polvo y que sus zapatos perdieran con rapidez su lustre.

Trent se asomó a una habitación atestada con cajas de muebles y vasijas rotas.

—¿Alguien ha repasado lo que hay aquí?

—Oh, algún día nos tocará —vio cómo una araña grande se alejaba de la luz—. Casi todos estos cuartos llevan más de cincuenta años cerrados... desde que mi bisabuelo se volvió loco.

—Fergus.

—Exacto. La familia solo utiliza las dos primeras plantas, y reparamos a medida que se hace necesario —pasó un dedo por una grieta de tres centímetros en la pared—. Supongo que se puede decir que si no lo vemos, no nos preocupa. Y el techo no se nos ha caído en la cabeza. Todavía —notó que él la estudiaba y sonrió—. Por aquí hay más —deseaba mostrarle la habitación donde había clavado plástico para cubrir las ventanas rotas.

Trent caminó al lado de ella, con cuidado en un punto en que habían fijado unos tableros de madera en el suelo encima de un agujero. Una puerta alta y arqueada captó su atención, y antes de que C. C. pudiera detenerlo, tenía la mano en el picaporte.

—¿Adónde conduce esto?

—Oh, a ningún lado —comenzó, y maldijo cuando él la abrió. Se vieron invadidos por un fresco aire primaveral. Trent salió a la estrecha terraza de piedra y se encaminó hacia los escalones de granito—. No sé cuán seguros son.

—Mucho más que el suelo del interior —comentó él por encima del hombro.

Con un juramento, C. C. cedió y subió detrás.

—Es fabuloso —murmuró Trent al detenerse en el ancho corredor que había entre minaretes—. Realmente fabuloso.

Razón por la que C. C. no había querido que lo viera. Se mantuvo retrasada con las manos en los bolsillos mientras él se apoyaba y asomaba por encima de la pared de piedra que llegaba hasta la cintura.

Podía ver las profundas aguas azules de la bahía con los barcos que

centelleaban en su superficie. El valle, brumoso y misterioso, se extendía como un cuento de hadas. Una gaviota, poco más que un borrón blanco, sobrevoló la bahía en dirección al mar.

—Increíble —el viento le agitó el pelo mientras avanzaba por el corredor, bajaba un tramo de escalones y ascendía otro. Desde allí veía el Atlántico, salvaje, azotado por el viento y maravilloso. El sonido de la interminable guerra que mantenía con las rocas de abajo reverberaba como el trueno. Pudo ver que había puertas espaciadas a intervalos regulares, pero en ese momento no le interesaba el interior. Alguien, supuso que de la familia, había colocado sillas, mesas, macetas con plantas—. Es espectacular —se volvió hacia C. C.—. ¿Se acostumbra a esto?

—No —se encogió de hombros—. Terminas por volverte territorial.

—Es comprensible. Me sorprende que alguna de ustedes pase tiempo dentro.

Con las manos aún en los bolsillos, C. C. se reunió con él junto al muro.

—No es solo la vista. Es el hecho de que tu familia, generaciones enteras, estuvo aquí. Igual que la casa, que ha resistido el tiempo, el viento y el fuego —su rostro se suavizó al mirar abajo—. Los chicos están en casa.

Trent bajó la vista para ver a dos figuras pequeñas correr por el césped en dirección a la pérgola. El sonido de su risa fue transportado por el viento.

—Alex y Jenny —explicó ella—. Son los hijos de mi hermana Suzanna. También ellos han estado aquí —lo miró—. Eso significa algo.

—¿Qué piensa su madre sobre la venta?

C. C. apartó la cara al tiempo que la culpabilidad y la frustración luchaban por el control.

—Estoy segura de que usted ya se lo preguntará. Pero si la presiona —giró la cabeza con brusquedad y el cabello voló en torno a su cabeza—, si la presiona de cualquier manera, responderá ante mí. No dejaré que la vuelvan a manipular.

—No tengo intención de manipular a nadie.

—Los hombres como usted hacen una carrera de la manipulación —rio con amargura—. Si cree que se ha encontrado con cuatro mujeres desvalidas, señor St. James, vuelva a reflexionar. Las Calhoun pueden cuidar de sí mismas, y de los suyos.

—No me cabe duda, en especial si sus hermanas son tan desagradables como usted.

C. C. entrecerró los ojos y cerró las manos. Habría atacado en ese instante, pero a su espalda oyó su nombre en un susurro.

Trent vio que una mujer salía por una de las puertas. Era tan alta como C. C. ... pero esbelta, con un aura tan frágil que despertó su instinto protector incluso antes de darse cuenta. El pelo, que le llegaba hasta los hombros, era de un rubio pálido y lustroso, los ojos, del azul profundo de un cielo estival, emitían un aire de ecuanimidad y serenidad, hasta que se miraba con más atención y en ellos se

veía un corazón roto.

A pesar de la diferencia de color en el pelo, había un parecido en la forma de la cara, en los ojos y en la boca, que hizo que Trent supiera que en ese momento conocía a una de las hermanas de C. C.

—Suzanna —C. C. se interpuso entre su hermana y Trent, como para protegerla.

Suzanna sonrió, con una expresión tanto divertida como impaciente.

—La tía Coco me ha pedido que subiera —apoyó una mano en el brazo de C. C. para aplacarla—. Usted debe ser el señor St. James.

—Sí —aceptó la mano que ella le ofreció, y le asombró descubrir que era dura, fuerte y tenía callos.

—Soy Suzanna Calhoun Dumont. ¿Va a quedarse con nosotras unos días?

—Sí. Su tía ha sido tan amable de invitarme.

—Bastante astuta —corrigió con una sonrisa mientras pasaba un brazo por los hombros de su hermana—. Creo que C. C. le ha ofrecido un recorrido parcial de la casa.

—Un recorrido fascinante.

—Será un placer continuarlo y o desde aquí —apretó levemente el brazo de su hermana—. La tía Coco necesita algo de ayuda abajo.

—No necesita ver nada más ahora —arguyó C. C.—. Pareces cansada.

—En absoluto. Pero lo estaré si la tía Coco me obliga a revisar toda la casa en busca de la bandeja Wedgwood para el pavo.

—Muy bien —le lanzó una mirada fulminante a Trent—. No hemos terminado.

—Bajo ningún concepto —convino y sonrió para sí mismo cuando ella se marchó cerrando la puerta con fuerza—. Su hermana tiene una personalidad muy... comunicativa.

—Es una pendenciera —indicó Suzanna—. Todas lo somos, en las circunstancias adecuadas. La maldición de los Calhoun —giró la cabeza al oír el sonido de las risas de sus hijos—. No es una decisión fácil, señor St. James, sea cual fuere la que se tome. Como tampoco es, para ninguna de nosotras, una decisión de negocios.

—Eso he entendido. Para mí ha de ser una de negocios.

Ella sabía demasiado bien que para algunos hombres los negocios eran lo primero y lo último.

—Entonces supongo que lo mejor es que vayamos paso a paso —abrió la puerta que C. C. había cerrado con fuerza—. ¿Por qué no le muestro dónde va a alojarse?

—Y bien, ¿cómo es? —Lilah Calhoun cruzó sus largas piernas sobre el brazo del sofá y apoyó la cabeza en el otro. La media docena de pulseras que llevaba en el brazo sonó al señalar a C. C.— Cariño, te he dicho que poner esa mueca solo produce arrugas y malas vibraciones.

—Si no quieres que la ponga, no me preguntes por él.

—De acuerdo, se lo preguntaré a Suzanna —desvió sus ojos verde mar hacia su hermana mayor—. Suéltalo.

—Atractivo, educado e inteligente.

—De modo que es un cocker spaniel —Lilah suspiró—. Y yo que esperaba un pitbull. ¿Cuánto tiempo vamos a tenerlo?

—La tía Coco se muestra un poco vaga en los detalles —Suzanna miró a sus hermanas con expresión divertida—. Lo que significa que no lo va a decir.

—Quizá Mandy consiga sonsacarle algo —Lilah movió los dedos de sus pies descalzos y cerró los ojos. Era el tipo de mujer que sentía que había algo intrínsecamente malo con cualquiera que se tumbara en un sofá y no dormitara.

—Creo que deberíamos deshacernos de él —C. C. se levantó y, para mantener las manos inquietas ocupadas, se puso a encender un fuego.

—Suzanna ya ha comentado que intentaste tirarlo por el parapeto.

—No —corrigió aquella—. Dije que la detuve antes de que se le ocurriera tirarlo —se incorporó para entregarle a C. C. las cerillas para la chimenea—. Y así como estoy de acuerdo en que es incómodo tenerlo aquí cuando nos encontramos tan indecisas, ya, no hay marcha atrás. Lo menos que podemos hacer es darle la oportunidad de que plantee su oferta.

—Siempre una pacificadora —musitó Lilah somnolienta, sin percatarse de la mueca que provocó en su hermana—. Bueno, quizá no haga falta ahora que ha visto todo el lugar. Mi conjetura es que planteará alguna excusa inteligente y regresará a Boston.

—Cuanto antes, mejor —musitó C. C. mientras observaba cómo las llamas lamían la madera.

—Me ha echado —anunció Amanda. Entró en la habitación con la misma celeridad que empleaba para todo lo demás. Se mesó el pelo castaño claro que le llegaba a la barbilla y se acomodó sobre el apoyabrazos de un sillón—. Tampoco

quiere hablar —las manos inquietas tiraron de la falda de su traje de trabajo—. Pero sé que trama algo, algo más que una transacción inmobiliaria.

—La tía Coco siempre trama algo —Suzanna se dirigió al antiguo armario Belker para servirle a su hermana un vaso con agua mineral—. Nunca se la ve más feliz que cuando trama algo.

—Puede que sea verdad. Gracias —añadió, aceptando el vaso—. Pero me pongo nerviosa cuando no consigo atravesar su guardia —pensativa, bebió y luego miró a sus hermanas—. Ha vuelto a usar la vajilla de Limoges.

—¿La Limoges? —Lilah se incorporó sobre los codos—. No la empleamos desde la fiesta de compromiso de Suzanna —tuvo ganas de morderse la lengua—. Lo siento.

—No seas tonta —repuso Suzanna—. No ha recibido a mucha gente en los últimos dos años. Estoy segura de que es algo que ha echado de menos. Lo más probable es que esté entusiasmada por tener compañía.

—Él no es compañía —intervino C. C.—. No es más que un incordio...

—Señor St. James —Suzanna se levantó con rapidez, cortando el final de la opinión de su hermana.

—Trent, por favor —le sonrió, luego con ironía a C. C.

Había disfrutado de todo un espectáculo antes de que Suzanna lo viera en el umbral. Las mujeres Calhoun reunidas, y por separado, eran un conjunto que cualquier hombre que respirara tenía que apreciar. Con sus piernas largas y esbeltas, estaban sentadas, de pie o tumbadas en la habitación.

Suzanna estaba de pie de espaldas a la ventana, y la última luz de la tarde primaveral provocaba un halo alrededor de su pelo. Habría dicho que se encontraba relajada, salvo por un vestigio de tristeza en los ojos.

No cabía duda de que la que se hallaba en el sofá estaba relajada... y prácticamente dormida. Lucía una falda larga de motivos florales que casi le llegaba a los pies descalzos, y al apartarse la mata de pelo rojo que caía hasta su cintura lo contempló a través de unos ojos somnolientos y divertidos.

Otra se sentaba en el apoyabrazos de un sillón, como a punto de saltar y entrar en acción ante el sonido de una campanilla que solo ella podía oír. «Competente y profesional», pensó a primera vista. Sus ojos no eran soñadores ni tristes, sino calculadores.

Luego venía C. C. Había estado sentada en la chimenea de piedra, con el mentón sobre las manos, rumiando como una Cenicienta moderna. Pero notó que se había incorporado con rapidez, a la defensiva, para quedarse recta con el fuego a la espalda. No era una mujer que pudiera esperar con paciencia hasta que un príncipe le pusiera el zapato de cristal en el pie.

Imaginó que, si lo intentaba, le daría una patada en la espinilla o en algún lugar más doloroso.

—Señoras —saludó, pero con la vista clavada en C. C. sin siquiera darse

cuenta de ello—. Catherine.

—Permita que lo presente —intervino Suzanna con presteza—. Trenton St. James, mis hermanas, Amanda y Lilah. ¿Qué le parece si le preparo una copa mientras...?

El resto de la invitación quedó ahogado por un grito de guerra y pies que corrían. Como remolinos gemelos, Alex y Jenny irrumpieron en la habitación. Fue la mala suerte lo que quiso que Trent estuviera en la línea de fuego. Chocaron con él como dos misiles, enviándolo sobre el sofá encima de Lilah.

Ella simplemente rio y reconoció que era un placer conocerlo.

—Lo lamento tanto —Suzanna sujetó a los dos niños y miró a Trent con simpatía—. ¿Se encuentra bien?

—Sí —se desenredó y se puso de pie.

—Son mis hijos, Desastre y Calamidad —los sujetaba con un firme brazo maternal—. Disculpaos.

—Lo sentimos —le dijeron. Alex, unos centímetros más alto que su hermana, alzó la vista entre una mata de pelo negro—. No lo vimos.

—No —convino Jenny, esbozando una sonrisa cautivadora.

Suzanna decidió que los reprendería luego por entrar a la carrera en una habitación y los guio hacia la puerta.

—Id a preguntarle a la tía Coco si la cena está lista. ¡Vamos! —añadió con firmeza pero sin esperanza.

Antes de que nadie pudiera reanudar la conversación, se oyó un sonido metálico y atronador.

—Santo cielo —musitó Amanda sobre el vaso—. Ha vuelto a sacar el gong.

—La cena está lista —si había algo que podía hacer que Lilah se moviera con rapidez, era la comida. Se incorporó, pasó el brazo por el de Trent y le sonrió—. Le mostraré el camino. Dígame, Trent, ¿qué opina sobre las proyecciones astrales?

—Ah... —miró por encima del hombro y vio que C. C. sonreía.

La tía Coco se había superado. La vajilla resplandecía. Lo que quedaba de la cubertería de plata, que había sido un regalo de boda para Bianca y Fergus, resplandecía. Bajo la luz del candelabro Waterford, el cordero despertaba a los muertos. Antes de que ninguna de sus sobrinas pudiera realizar comentario alguno, se lanzó a una conversación cortés.

—Es una cena formal, Trenton. Resulta tanto más acogedora. Espero que su habitación sea adecuada.

—Es perfecta, gracias —y lo era; grande como un granero, con corrientes de aire y un agujero del tamaño del puño de un hombre en el techo. Sin embargo, la cama era ancha y suave como una nube. Y la vista...—. Desde mi ventana veo

algunas islas.

—Las islas Porcupine —indicó Lilah, pasándole una cesta de plata con bollos.

Como un halcón, Coco los observó a todos. Quería ver algo de química, algo de calor. Lilah coqueteaba con él, pero no albergaba muchas esperanzas. Lilah coqueteaba con los hombres en general, y no le prestaba más atención a Trent que al chico que llevaba la compra del supermercado.

No, allí no había ninguna chispa. Por parte de ninguno. « Una descartada », pensó con filosofía. « Quedan tres » .

—Trenton, ¿sabía que Amanda también está en el negocio hotelero? Todas estamos tan orgullosas de nuestra Mandy —miró a su sobrina—. Es una excelente mujer de negocios.

—Soy directora adjunta del Bay Watch, en el Village —la sonrisa de Amanda era ecuánime y amigable, la misma que le daría a cualquier turista agobiado un día de muchas salidas—. No tiene la categoría de ninguno de sus hoteles, pero nos va bastante bien durante la temporada alta. He oído que va a añadir un *shopping center* en el St. James Atlanta.

Coco frunció el ceño al beber vino mientras ellos hablaban de hoteles. No solo no había chispa, ni siquiera se veía un débil brillo. Cuando Trent le pasó a Amanda la gelatina de menta y sus manos se rozaron, no se produjo ninguna pausa trémula, sus ojos no se encontraron. Amanda ya se había vuelto para reír con la pequeña Jenny y limpiar la leche que esta había vertido.

« ¡Ah! », pensó Coco entusiasmada. Trent le había sonreído a Alex cuando el niño se quejó de que las coles de bruselas eran horribles. « De modo que tiene debilidad por los niños » .

—No tienes por qué comerlas —le indicó Suzanna a su suspicaz hijo mientras el pequeño hurgaba entre las patatas para cerciorarse de que entre ellas no hubiera escondido nada verde—. Personalmente, siempre he considerado que parecen cabezas encogidas.

—Y lo son, más o menos —la idea le gustó, tal como su madre supo que sucedería. Ensartó una con el tenedor, se la llevó a la boca y sonrió—. Soy un canibal.

—Cariño —dijo Coco—. Suzanna ha hecho un trabajo maravilloso como madre. Parece tener una habilidad innata con los niños, al igual que con las flores. Todos los jardines son obra de ella.

—Canibal —repitió Alex al llevarse otra cabeza imaginaria a la boca.

—Toma, pequeño monstruo —C. C. trasladó sus verduras al plato de su sobrino—. Ahí llega una nueva remesa de misioneros.

—Yo también quiero algunos —se quejó Jenny, luego le sonrió a Trent cuando él le pasó la bandeja.

Coco se llevó una mano al pecho. ¿Quién lo habría adivinado?, pensó. Su Catherine. Su pequeña. Mientras la conversación continuaba a su alrededor, se

recostó con un suspiro. No podía estar equivocada. Cuando Trent había mirado a su pequeña, y ella a él, no se había producido una chispa, sino algo más parecido a una conflagración.

Era verdad que C. C. tenía el ceño fruncido, pero en un gesto muy apasionado. Y Trent había hecho una mueca, pero una mueca muy personal. «Decididamente íntima», concluyó Coco.

Sentada allí, observándolos mientras Alex devoraba sus pequeñas cabezas decapitadas y Lilah y Amanda discutían sobre la posibilidad de vida en otros planetas, Coco casi podía oír los pensamientos amorosos que C. C. y Trent se transmitían.

Les sonrió con ternura mientras en su cabeza sonaba la Marcha Nupcial. Como un general que planifica la estrategia, esperó hasta que terminaron el café y el postre para lanzar su siguiente ofensiva.

—C. C.... ¿por qué no le enseñas a Trenton los jardines?

—¿Qué? —alzó la vista de la batalla amigable que mantenía con Alex por el último bocado de la tarta.

—Los jardines —repitió Coco—. No hay nada como un poco de aire fresco después de una comida. Y las flores se ven exquisitas a la luz de la luna.

—Que lo lleve Suzanna.

—Lo siento —Suzanna ya alzaba en brazos a una Jenny somnolienta—. He de preparar a estos dos para irse a la cama.

—No veo por qué... —C. C. calló al ver la reprimenda en los ojos de su tía—. Oh, de acuerdo —se levantó—. Vamos, entonces —le dijo a Trent, y emprendió la marcha sin esperarlo.

—Ha sido una cena deliciosa, Coco. Gracias.

—Ha sido un placer —repuso con expresión feliz al imaginar palabras susurradas y besos suaves y secretos—. Disfrute de los jardines.

Trent salió por el ventanal para encontrar a C. C. de pie, moviendo con impaciencia una bota sobre la piedra. «Es hora de que alguien le enseñe buenos modales a la bruja de ojos verdes».

—No sé nada sobre flores —expuso ella.

—Ni sobre simple cortesía.

—Escuche, amigo —alzó el mentón.

—No, escuche usted, amiga —soltó la mano y la tomó por el brazo—. Caminemos. Los niños podrían oírnos y no creo que estén preparados para esto.

Era más fuerte de lo que ella había imaginado. La dirigió, sin prestar atención a las maldiciones que C. C. musitó. Salieron de la terraza a uno de los senderos que serpenteaban por el costado de la casa. Junto a la verja se mecían los narcisos y los jacintos.

Él se detuvo bajo un árbol en el que dentro de un mes crecerían glicinas. C. C. no sabía si el rugido que oía en la cabeza se debía al sonido del mar o al de su malhumor.

—No vuelva a repetirlo jamás —alzó una mano para frotar allí donde se habían clavado los dedos de él—. Es posible que logre manejar a la gente en Boston, pero aquí no. Ni conmigo ni con nadie de mi familia.

Él se contuvo, fracasando en su intento de controlar su temperamento.

—Si me conociera, o supiera lo que hago, sabría que no tengo por costumbre manejar a nadie.

—Sé exactamente lo que hace.

—¿Ejecutar las hipotecas de las viudas y los huérfanos? Crezca, C. C.

—Puede ver los jardines usted solo —apretó los dientes—. Vuelvo dentro.

Él simplemente se movió para bloquearle el paso. A la luz de la luna, los ojos de ella brillaban como los de un gato. Cuando levantó las manos para empujarlo, Trent le sujetó las muñecas. En el breve esfuerzo que siguió, notó que la piel de C. C. era del color de la leche fresca y casi tan suave.

—No hemos terminado —su voz irradió una firmeza que ya no estaba oculta bajo una pátina de cortesía—. Tendrá que aprender que cuando se muestra grosera adrede, hay un precio que pagar.

—¿Quiere una disculpa? —espetó—. Muy bien. Siento no tener nada que decirle que no sea grosero o insultante.

Trent sonrió, sorprendiéndolos a ambos.

—Es usted toda una pieza, Catherine Colleen Calhoun. Por mi vida que no sé por qué intento ser razonable con usted.

—¿Razonable? —gruñó—. ¿Llama razonable tirar de mí, abusar de mí...?

—Si esto le parece un abuso, ha llevado una vida muy protegida.

—Mi vida no es asunto suyo —afirmó poniéndose colorada.

—Gracias a Dios.

Ella flexionó los dedos y los cerró. Odió el hecho de que bajo el contacto de él su pulso martilleara al doble de velocidad.

—¿Quiere soltarme?

—Solo si promete no escapar a la carrera —se vio persiguiéndola, y la imagen le resultó bochornosa y atractiva al mismo tiempo.

—No escapo de nadie.

—Dicho como una verdadera amazona —murmuró, soltándola. Solo unos reflejos rápidos le permitieron esquivar el puño apuntado a su nariz—. Supongo que debería haber considerado esta reacción. ¿Ha considerado alguna vez mantener una conversación inteligente?

—No tengo nada que decirle —se sentía avergonzada de haber tratado de golpearlo y furiosa por haber fallado—. Si quiere hablar, vaya a hacerle la pelota a la tía Coco un rato más —se dejó caer en un banco de piedra pequeño que

había bajo el árbol—. Mejor aún, vuelva a Boston a flagelar a uno de sus subordinados.

—Eso puedo hacerlo cuando me apetezca —movió la cabeza y, convencido de que arriesgaba la vida, se sentó al lado de ella.

Había azaleas y geranios que amenazaban con florecer a su alrededor. Él pensó que tendría que haber sido un lugar apacible. Pero, al sentarse y oler la tierna fragancia de las flores primaverales mezclada con el aroma del mar y escuchar a un pájaro nocturno llamar a su pareja, pensó que ninguna junta directiva había sido jamás tan hostil o tensa.

—Me pregunto dónde ha desarrollado una opinión tan elevada de mí —« y por qué», añadió para sí mismo, « parece importar tanto».

—Se presenta aquí...

—Aceptando una invitación.

—No mía —echó la cabeza atrás—. Llega con su gran coche y su traje serio, listo para arrebatarme mi hogar.

—He venido —corrigió— para observar en persona una propiedad. Nadie, y menos yo, puede obligarlas a vender.

Consternada, ella pensó que se equivocaba. Había personas que podían forzarlas a vender. Las personas que recaudaban los impuestos, las que emitían las facturas de la electricidad y el teléfono, las del préstamo que se habían visto obligadas a pedir hipotecando la casa. Toda su frustración, y temor, se centraba en el hombre que tenía al lado.

—Conozco a las personas como usted —musitó—. Nacidas ricas y por encima de la gente corriente. Su única meta en la vida es ganar más dinero, sin importar a quién afectan o a quién pisotean con ello. Celebran grandes fiestas, tienen casas veraniegas y amantes llamadas Fawn.

—Jamás he conocido a alguien llamado Fawn —con inteligencia, se tragó la risita que tuvo ganas de soltar.

—Oh, ¿qué importa? —se levantó para ponerse a caminar junto al banco—. Kiki, Vanessa, Aya, es lo mismo.

—Si usted lo dice —tuvo que reconocer que tenía un aspecto magnífico envuelta en la luz de la luna como si fuera un fuego blanco. La atracción que sentía lo irritaba bastante, pero siguió sentado. Se recordó que había mucho que hacer. Y C. C. Calhoun representaba el principal obstáculo. Se prometió que sería paciente—. Dígame cómo es que conoce tanto sobre las personas como yo.

—Porque mi hermana se casó con uno de los suyos.

—Con Baxter Dumont.

—¿Lo conoce? —entonces movió la cabeza y metió las manos en los bolsillos—. Una pregunta estúpida. Lo más probable es que juegue al golf con él todos los miércoles.

—No, en realidad apenas nos conocemos. Más bien, sé de él y de su familia.

También soy consciente de que su hermana y él llevan divorciados más o menos un año.

—Hizo de su vida un infierno, le destrozó la autoestima y luego la dejó junto con sus hijos por un bombón francés. Y como es un abogado importante procedente de una familia importante, a mi hermana no le ha quedado nada más que una miserable pensión para mantener a los niños y que todos los meses llega tarde.

—Lamento lo que le pasó a su hermana —se puso de pie. Su voz ya no sonaba cortante, sino fatalista—. El matrimonio a veces es la menos agradable de todas las transacciones de negocios. Pero el comportamiento de Baxter Dumont no significa que cada miembro de cada familia prominente de Boston carezca de ética o de moral.

—Desde mi punto de vista, todos son iguales.

—Entonces quizá deba cambiar de perspectiva. Pero no lo hará, porque también usted es obstinada y pertinaz en sus opiniones.

—Porque soy lo bastante inteligente para ver más allá de su fachada.

—No sabe nada de mí, y los dos sabemos que le causé un profundo desagrado antes incluso de que conociera mi nombre.

—No me gustaron sus zapatos.

Eso lo frenó en seco.

—¿Perdone?

—Ya me ha oído —cruzó los brazos y comprendió que empezaba a pasárselo bien—. No me gustaron sus zapatos —bajó la vista—. Y siguen sin gustarme.

—Eso lo explica todo.

—Tampoco me gustó su corbata —clavó un dedo en ella y pasó por alto el brillo de furia en los ojos de él—. Ni su llamativa pluma de oro —con suavidad dio con el puño cerrado contra el bolsillo de la pechera.

—Lo dice una experta en moda —estudió los vaqueros de ella, gastados en las rodillas, la camiseta y las botas.

—Es usted quien está fuera de lugar aquí, señor St. James III.

Él se acercó un paso. C. C. esbozó una sonrisa de desafío.

—Supongo que se viste como un hombre porque no ha descubierto cómo comportarse como una mujer.

Eso la encrespó aún más.

—El hecho de saber defenderme en vez de arrojarme a sus pies no hace que sea menos mujer.

—¿Es así cómo llama a esto? —le asió los antebrazos—. ¿Defenderse?

—Exacto. Yo... —calló cuando la acercó más. Sus cuerpos chocaron. En sus ojos reinó la confusión—. ¿Qué cree que está haciendo?

—Probar la teoría —observó la boca de ella. Tenía unos labios sensuales, entreabiertos. Muy tentadores. Se preguntó por qué no los había notado antes. Esa

boca grande y agresiva de C. C. era muy arrebatadora.

—No se atreva —su intención era que sonara a orden, pero la voz le tembló.

—¿Tiene miedo? —la inmovilizó con los ojos.

—Por supuesto que no —repuso con rigidez—. Lo que pasa es que preferiría que me besara una mofeta rabiosa —quiso apartarse, pero volvió a encontrarse pegada a él, con los ojos y la boca alineados, el aliento cálido entremezclándose.

Él no había tenido intención de besarla, bajo ningún concepto, hasta que escuchó el último insulto.

—Nunca sabe cuándo debe dejarlo, Catherine. Es un defecto que la va a meter en problemas, empezando por ahora mismo.

Ella no había esperado que la boca de él fuera tan ardiente, dura, hambrienta. Había pensado que el beso sería sofisticado y suave. Que podría resistirlo y olvidarlo con suma facilidad. Pero se había equivocado. Besarla era como deslizarse en plata fundida. Al jadear en busca de aire, él potenció el beso con la profunda introducción de la lengua, para atormentarla y provocarla. Catherine intentó despejar la cabeza, pero lo único que consiguió fue modificar el ángulo. Las manos que había alzado a los hombros de él en protesta, le rodearon el cuello con gesto posesivo.

Trent había querido darle una lección... aunque ya había olvidado sobre qué. Pero él aprendió. Aprendió que algunas mujeres, esa en particular, podían ser fuertes y suaves, irritadoras y encantadoras, todo al mismo tiempo. Mientras las olas rompían abajo, se sintió aporreado por lo inesperado. Y lo no deseado.

Estúpidamente, pensó que podría sentir la luz de las estrellas en la piel de ella, probar el polvo de luna en sus labios. El gemido ronco que oyó fue emitido por él. Alzó la cabeza y la movió como si quisiera despejar una bruma de su cerebro. Veía los ojos oscuros de ella que lo miraban aturcidos.

—Le pido disculpas —sorprendido por su acción, la soltó con tanta rapidez que ella trastabilló hacia atrás—. Ha sido completamente inexcusable.

Catherine no pudo decir nada. Demasiadas sensaciones le atenazaban la garganta. Realizó un gesto de impotencia con las manos que hizo que él se sintiera un miserable.

—Catherine... créame, no tengo por costumbre... —tuvo que parar y carraspear. Se dio cuenta de que quería repetirlo. Quería quitarle el aliento con un beso; parecía tan perdida y desvalida. Y hermosa—. Lo siento mucho. No volverá a suceder.

—Me gustaría que me dejara sola —nunca en su vida se había sentido más conmovida. O devastada. Él acababa de abrir una puerta a un mundo secreto, para volver a cerrársela en la cara.

—Muy bien —tuvo que controlarse de acariciarle el pelo. Regresó por el sendero en dirección a la casa. Al mirar atrás, ella seguía de pie donde la había dejado, con la vista clavada en las sombras, bañada por la luz de la luna.

Su nombre es Christian. Una y otra vez he vuelto a caminar por los riscos, con la esperanza de intercambiar unas pocas palabras con él. Me digo que se debe a la fascinación que siento por el arte, no por el artista. Podría ser verdad. Debe ser verdad.

Soy una mujer casada y madre de tres hijos. Y aunque Fergus no es el esposo romántico de mis sueños juveniles, cuida de nosotros y, a veces, es amable. Quizá hay una parte de mí, una parte rebelde, que desea no haber cedido a la insistencia de mis padres de realizar un matrimonio bueno y apropiado. Pero es una tontería, ya que el acto lleva consumado desde hace más de cuatro años.

Es una deslealtad comparar a Fergus con un hombre al que apenas conozco. Pero aquí, en mi diario privado, se me debe permitir esa indulgencia. Mientras Fergus solo piensa en los negocios, en el siguiente trato o dólar, Christian habla de sueños, imágenes y poesía.

Cuánto ha anhelado mi corazón solo un poco de poesía.

Así como Fergus, con su generosidad distante y despreocupada, me regaló las esmeraldas el día en que nació Eihan, en una ocasión Christian me ofreció una flor silvestre. La he guardado, presionándola entre estas páginas. Cuánto mejor me sentiría llevándola en vez de esas gemas frías y pesadas.

No hemos hablado de nada íntimo, de nada que pudiera ser considerado impropio. Sin embargo, sé que lo es. El modo en que me mira, me sonríe, me habla, es gloriosamente impropio. El modo en que lo busco en estas luminosas tardes estivales mientras mis pequeños duermen no es la acción de una esposa recatada. El modo en que me palpita el corazón cuando lo veo es una clara deslealtad.

Hoy me he sentado sobre una roca y lo he observado manejando el pincel, dándole a esas piedras rosas y grises, al agua azul, vida en el lienzo. Había un bote deslizándose por su superficie, tan libre y solitario. Por un momento nos imaginé a los dos en él, las caras al viento. No entiendo por qué tengo estos pensamientos, pero mientras permanecieron conmigo, claros como el cristal, pregunté su nombre.

—Christian —repuso—. Christian Bradford. Y usted es Bianca.

La manera en que pronunció mi nombre... como si nunca antes lo hubieran dicho. Jamás lo olvidaré. Jugué con la hierba que sobresalía entre las grietas de la roca. Con la vista baja, le pregunté por qué su esposa jamás iba a verlo trabajar.

—No tengo esposa —me informó—. Y el arte es mi única amante.

No estuvo bien que mi corazón se inflamara con sus palabras. No estuvo bien que sonriera, pero lo hice. Y él también. Si el destino me hubiera tratado de forma diferente, si de algún modo se hubiera podido alterar el tiempo y el lugar, habría podido amarlo.

Creo que no me habría quedado otra elección que amarlo.

Y si ambos lo sabíamos, comenzamos a hablar de cosas sin importancia. Pero cuando me incorporé, sabiendo que mi tiempo allí había llegado a su fin ese día, él se inclinó y arrancó una diminuta brizna de brezo dorado y la colocó en mi pelo. Por un momento, sus dedos flotaron sobre mi mejilla y sus ojos se clavaron en los míos. Entonces se apartó y me deseó un buen día.

Ahora escribo con la lámpara baja, escuchando la poderosa voz de Fergus mientras le da instrucciones a su valet en la puerta de al lado. Esta noche no vendrá, algo que agradezco. Le he dado tres hijos, dos varones y una niña. Al proporcionarle un heredero, he cumplido con mi deber, y él no encuentra a menudo la necesidad de venir a mi lecho. Igual que los niños, yo he de estar bien vestida y bien educada, para ser presentada en las ocasiones adecuadas, como un buen clarete, ante sus invitados.

Supongo que no es mucho pedir. Es una buena vida, una que debería tenerme satisfecha. Quizá así era, hasta aquel día en que paseé por primera vez por los riscos.

De modo que esta noche dormiré sola en mi cama, y soñaré con un hombre que no es mi esposo.

« Cuando no puedes dormir, lo mejor es levantarte» . Eso es lo que se dijo C. C. al sentarse a la mesa de la cocina a contemplar la salida del sol con su segunda taza de café.

Tenía muchas cosas en la cabeza, eso era todo. Facturas, el Oldsmobile que debía arreglar aquella mañana, facturas, la inminente cita con el dentista. Más facturas. Trenton St. James figuraba muy atrás en su lista de preocupaciones. En alguna parte entre una caries potencial y un tubo de escape averiado.

Bajo ningún concepto perdía el sueño por él. Y un beso, ese ridículo... accidente era la mejor palabra para describirlo, ni siquiera merecía un pensamiento.

« No me comporto como si nunca hubiera recibido un beso» , se reprendió. Aunque ninguno había mostrado una destreza tan impresionante. Lo que solo demostraba que Trent había dedicado una gran parte de su vida a tener los labios pegados a los de alguna mujer. Muchas mujeres.

En ese momento pensó que había sido una jugarreta. En especial en medio de lo que había empezado a ser una discusión muy satisfactoria. Los hombres como Trent no sabían cómo pelear con limpieza, con ingenio y palabras y una furia honesta. Se los enseñaba a dominar, del modo que mejor funcionara.

« Bueno, pues ha funcionado» , pensó al pasar un dedo por sus labios. Había funcionado como un hechizo, porque durante un momento, un breve y trémulo momento, ella había sentido algo bonito... algo más que la excitante presión de sus labios, más que sus manos posesivas.

Había estado en su interior, debajo del pánico y el placer, más allá del remolino de sensaciones. Un fulgor, cálido y dorado, como una lámpara en la ventana en una noche tormentosa.

Luego él había apagado esa lámpara con un movimiento rápido e indiferente, dejándola otra vez en la oscuridad.

Apesadumbrada, pensó que podría haberlo odiado solo por eso, si ya no tuviera suficientes motivos por los que odiarlo.

—Eh, pequeña —Lilah entró con los pantalones caqui de su trabajo. Llevaba la mata de pelo recogida en una trenza a la espalda. De cada oreja oscilaba un trío de bolas de ámbar—. Te has levantado pronto.

—¿Yo? —C. C. olvidó su estado de ánimo el tiempo suficiente para mirarla con incredulidad—. ¿Eres mi hermana o una impostora inteligente?

—Tú debes juzgarlo.

—Debes ser una impostora. Lilah Maeve Calhoun jamás se levanta antes de las ocho, exactamente veinte minutos antes de que tenga que salir corriendo de la casa para llegar cinco minutos tarde al trabajo.

—Dios, odio ser tan predecible. Mi horóscopo... —adelantó, mientras inspeccionaba la nevera—. Ponía que hoy tenía que levantarme pronto para contemplar la salida del sol.

—¿Y qué te ha parecido? —le preguntó mientras su hermana iba hacia la mesa con una lata de refresco frío y una porción de tarta.

—Bastante espectacular —dijo un bocado a la tarta—. ¿Cuál es tu excusa?

—No podía dormir.

—¿Algo que ver con el desconocido que hay en el otro extremo del pasillo?

C. C. frunció la nariz y tomó una cereza del plato de Lilah.

—Los tipos como él no me perturban.

—Los tipos como él fueron creados para perturbar a las mujeres, y hay que darle las gracias a Dios. De modo... —estiró las piernas y las apoyó en una silla vacía. El grifo de la cocina volvía a gotear, pero le gustaba el sonido—. ¿Cuál es la historia?

—No dije que hubiera una.

—No es necesario, lo llevas grabado en la cara.

—Simplemente no me gusta que esté aquí, eso es todo —se incorporó para llevar su taza al fregadero—. Es como si ya nos quisieran echar de nuestra casa. Sé que hemos hablado de vender, pero todo era tan vago y lejano —se volvió hacia su hermana—. Lilah, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé —los ojos de Lilah se nublaron. Era una de las pocas cosas por las que no podía dejar de preocuparse. Sus debilidades eran la casa y la familia—. Supongo que podríamos vender algunas de las vajillas. Y luego tenemos la plata.

—Eso partiría el corazón de la tía Coco.

—Lo sé. Pero existe la posibilidad de que tengamos que vender pieza tras pieza... o dar un paso importante —comió un poco de tarta—. A pesar de lo mucho que odio decirlo, vamos a tener que pensar mucho, en serio y con pragmatismo.

—Pero ¿para que se convierta en un hotel?

Lilah se encogió de hombros.

—Eso no me causa ningún problema moral profundo. La casa la construyó el loco Fergus para recibir a un ejército de invitados, con toda clase de personal para atenderlos. Me parece que un hotel encaja con el propósito original —suspiró al observar la expresión de C. C.—. Sabes que adoro este lugar tanto como tú.

—Lo sé.

Lo que Lilah no dijo fue que le partiría el corazón tener que vender, pero que estaba preparada para hacer lo que fuera mejor para la familia.

—Le daremos al magnífico señor St. James un par de días más, luego celebraremos una reunión familiar —animó con una sonrisa a C. C.—. Nosotras cuatro juntas no podemos equivocarnos.

—Espero que tengas razón.

—Cariño, siempre tengo razón... es la pequeña cruz que me toca llevar —bebió un sorbo del refresco—. Y ahora por qué no me cuentas qué te ha producido insomnio.

—Acabo de hacerlo.

—No —con la cabeza ladeada, agitó el tenedor en dirección a C. C.—. No olvides que Lilah lo ve y lo sabe todo... y lo que no, lo averigua. Suéltalo.

—La tía Coco hizo que lo llevara al jardín.

—Sí —Lilah sonrió—. Es una diablesa taimada. Deduje que tramaba algún romance. La luna, flores, el sonido distante del agua al romper sobre las rocas. ¿Funcionó?

—Nos peleamos.

—Es un buen comienzo. ¿Por la casa?

—Por eso... y otras cosas.

—¿Cuáles?

—Nombres de amantes —musitó C. C.—. Familias importantes de Boston. Sus zapatos.

—Una discusión ecléctica. Las que yo prefiero. ¿Y luego?

—Me besó —metió las manos en los bolsillos.

—Ah, la trama se complica —sentía el mismo amor que Coco por el cotilleo, por lo que se adelantó y apoyó el mentón en las manos—. ¿Cómo fue? Tiene una boca fantástica. Lo noté de inmediato.

—Pues bésalo tú misma.

Tras meditarlo un momento, Lilah movió la cabeza, no sin cierto pesar.

—No, con o sin boca fantástica, no es mi tipo. Además, tú ya lo has besado, así que cuéntamelo. ¿Es bueno?

—Sí —reconoció a regañadientes—. Supongo que se podría decir que sí.

—¿Qué puntuación le darías en una escala del uno al diez?

La risita escapó de labios de C. C. antes de que se diera cuenta de ello.

—En ese momento no pensaba en un sistema de evaluación.

—Mejor y mejor —Lilah lamió el tenedor—. De manera que te besó y fue estupendo. ¿Y después?

—Se disculpó —suspiró y el humor se desvaneció de su voz.

Lilah la miró fijamente y despacio dejó el tenedor.

—¿Que hizo qué?

—Se disculpó... muy correctamente por su conducta inexcusable y prometió que no se repetiría. El idiota. ¿Qué clase de hombre cree que una mujer desea una disculpa después de que la hayan besado hasta quitarle el aliento?

—Bueno, tal como yo lo veo, hay tres elecciones —Lilah movió la cabeza—. Es un idiota, ha sido educado para mostrarse excesivamente cortés o era incapaz de pensar de forma racional.

—Yo voto por lo de idiota.

—Mmm. Voy a tener que meditarlo —tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Quizá debería hacerle la carta astral.

—Sin importar en qué signo tenga la luna, insisto en lo de idiota —se acercó a Lilah para darle un beso en la mejilla—. Gracias. He de irme.

—C. C. —esperó hasta que su hermana se dio la vuelta—. Tiene ojos bonitos. Cuando sonrío, tiene ojos muy bonitos.

Trent no sonreía cuando al fin aquella tarde consiguió escapar de Las Torres. Coco había insistido en mostrarle cada centímetro húmedo de las bodegas, para luego atraparlo durante dos horas con álbumes de fotos.

Había sido divertido contemplar fotos de C. C. de bebé, observar su crecimiento de niña a mujer. Había sido increíblemente bonita con trenzas y sin un diente.

Durante la segunda hora, comenzaron a sonar las campanas de alarma. Coco había comenzado a sonsacarle con poca sutileza lo que pensaba sobre el matrimonio, los hijos y las relaciones. Fue entonces cuando se dio cuenta de que detrás de los ojos suaves y húmedos de esa mujer funcionaba un cerebro agudo y calculador.

No intentaba vender la casa, sino subastar a una de sus sobrinas. Y al parecer la candidata principal era C. C. y él había sido seleccionado como el mejor postor. Decidió que a las mujeres Calhoun les esperaba un despertar brusco. Iban a tener que buscar un candidato apropiado en otra parte del mercado matrimonial. Le deseó suerte al pobre incauto.

Y se prometió que los St. James tendrían la casa. La iban a conseguir sin que de por medio hubiera ningún velo nupcial.

Con furia controlada, bajó por el empinado y serpenteante camino de acceso. Al oír el sonido de su propia voz hablando consigo mismo, decidió que iba a dar un paseo largo que lo calmara. Quizá hasta el Parque Nacional Acadia, donde Lilah trabajaba como naturalista. «Divide y conquistarás», pensó. Se encontraría con cada una de ellas en su espacio laboral y allí agitaría sus hermosas cadenas.

«Lilah parece receptiva», reflexionó. Cualquiera de ellas lo sería más que C. C. Amanda daba la impresión de ser sensata. Estaba convencido de que Suzanna

era una mujer razonable.

¿Qué había salido mal con la hermana número cuatro?

Pero descubrió que se encaminaba al pueblo, más allá del negocio de jardines de Suzanna y del Bay Watch Hotel. Al poner rumbo al taller de C. C.... se dijo que eso era lo que en todo momento había querido hacer.

Empezaría con ella, la espina más puntiaguda que tenía clavada en el costado. Y cuando terminara, a C. C. no le quedaría ilusión alguna de atraparlo para el matrimonio.

Hank subía a la grúa cuando Trent bajó del BMW.

—Hola —sonriendo, Hank se llevó la mano a la visera de su gorra gris—. La jefa está dentro —cerró la puerta y sacó la cabeza por la ventanilla, dispuesto a charlar.

Por algún motivo, Trent descubrió que se fijaba de verdad en él. Era joven, probablemente de unos veinte años, con una cara redonda y abierta, fuerte acento del este y un pelo de color pajizo que salía disparado en todas direcciones.

—¿Hace mucho que trabajas para C. C.?

—Desde que le compró el taller al viejo Pete. Hace unos tres años. Sí. Casi tres años. No quiso contratarme hasta que terminé el instituto. Es graciosa.

—¿Sí?

—En cuanto se le mete una abeja en la gorra, no hay manera de echarla — con la cabeza indicó el taller—. Hoy está bastante susceptible.

—¿Eso es poco habitual?

Hank rió entre dientes y puso la radio.

—No puedo decir que ladre y no muerda, porque la he visto morder en un par de ocasiones. Nos vemos.

—Claro —cuando entró, C. C. se hallaba enterrada hasta la cintura en el capó de un sedán último modelo. Tenía puesta la radio, pero esa vez eran sus caderas las que seguían el ritmo—. Perdone —comenzó, luego recordó que ya habían pasado por lo mismo. Se acercó y le tocó el hombro.

—Si espera un... —pero giró la cabeza lo suficiente para ver la corbata. Ese día no era marrón, sino azul. No obstante, estaba segura de quién era el dueño—. ¿Qué quiere?

—Creo que se trata de un cambio de lubricante.

—Oh —volvió a dedicarse a cambiar unas bujías de encendido—. Bueno, déjelo fuera, las llaves en el banco y ya lo revisaré. Estará listo a las seis.

—¿Siempre se ocupa de sus negocios de forma tan casual?

—Sí.

—Si no le importa, creo que retendré mis llaves hasta que esté menos distraída.

—Como guste —pasaron dos minutos de vibrante silencio rotos solo por la predicción de la radio de tormenta para esa tarde—. Mire, si piensa quedarse

aquí de pie, ¿por qué no hace algo útil? Métase en el coche y arránquelo.

—¿Arrancarlo?

—Sí, ya sabe, gire la llave y pise el pedal —ladeó la cabeza y se apartó el pelo con un soplido—. ¿Cree que podrá conseguirlo?

—Es probable —no era exactamente lo que había tenido en mente, pero rodeó el coche hasta el asiento del conductor. Notó que había algo rosa y pegajoso en la alfombrilla. Se metió dentro y giró la llave. El motor arrancó y ronroneó, con un sonido que le pareció bueno. Aunque C. C. no estuvo de acuerdo, ya que se puso a realizar unos ajustes—. Suena bien —señaló Trent.

—No, hay un intervalo.

—¿Cómo puede oír algo con el estruendo de la radio?

—¿Cómo puede usted no oírlo? Mejor —murmuró—. Mejor.

Curioso, bajó para inclinarse por encima del hombro de ella.

—¿Qué hace?

—Mi trabajo —movió los hombros con gesto irritado, como si tuviera un picor entre los omóplatos—. Retírese, ¿quiere?

—Solo expreso una curiosidad normal —sin pensarlo, apoyó con ligereza una mano en la espalda de ella y se adelantó más. C. C. se sobresaltó, sintió un agujonazo de dolor y maldijo como un marinero.

—Déjeme ver —tomó la mano que ella agitaba.

—No es nada. Suélteme, ¿quiere? Si no hubiera estado en mi camino, la mano no me habría resbalado.

—Pare de bailar y déjeme ver —le aferró la muñeca con firmeza y examinó los nudillos lastimados. La leve mancha de sangre por debajo de la grasa le provocó un agudo y ridículo sentido de culpabilidad—. Necesitará que la curen.

—Es solo un arañazo —«Dios, ¿por qué no le soltaba la mano?»—. Lo que necesito es acabar este trabajo.

—No se comporte como un bebé —comentó con suavidad—. ¿Dónde está el botiquín de primeros auxilios?

—En el baño, y yo sola puedo hacerlo.

Sin prestarle atención ni soltarle las muñecas, rodeó el vehículo para apagar el motor.

—¿Dónde está el baño?

Con un gesto brusco indicó el pasillo que separaba la oficina del taller.

—Si deja las llaves de su...

—Dijo que era mi culpa que se lastimara la mano, así que asumo la responsabilidad.

—Me gustaría que dejara de hacerme dar vueltas —pidió cuando la condujo hacia el pasillo.

—Entonces mantenga el ritmo —de un empujón abrió una puerta que daba a

un baño con azulejos blancos del tamaño de un armario. Sin hacer caso a las protestas de ella, sostuvo su mano bajo el chorro de agua fría. Las dimensiones del cuarto hacían que estuvieran con las caderas pegadas. Ambos se esforzaron por soslayar eso mientras él tomaba el jabón y, con sorprendente delicadeza, comenzaba a lavarle la mano—. No es profundo —indicó, molesto por tener la garganta seca.

—Le dije que solo era un arañazo.

—Los arañazos se infectan.

—Sí, doctor.

Con una réplica en la punta de la lengua, alzó la vista. Se la veía muy bonita con grasa en la punta de la nariz y la boca con un mohín infantil.

—Lo siento —se oyó decir, y la petulancia se desvaneció de los ojos de ella.

—No ha sido culpa suya —para no estar quieta, abrió el espejo del armario que había sobre el lavabo y sacó el botiquín—. Puedo ocuparme yo, de verdad.

—Me gusta acabar lo que empiezo —le quitó el botiquín de las manos y encontró el antiséptico—. Supongo que debería decir que esto le va a picar.

—Ya sé que pica —soltó un siseo contenido cuando él limpió el corte. Automáticamente se inclinó para soplar, lo mismo que hizo él. Sus cabezas chocaron. Se frotó el golpe con la mano libre y rio—. Formamos un equipo horrible.

Trent se llevó las manos de C. C. a los labios y vio que la confusión oscurecía sus ojos. La mano que sostenía se quedó laxa. Ella abrió la boca y permaneció de ese modo, sin emitir sonido alguno.

—Se supone que un beso lo cura —señaló, y por motivos absolutamente egoístas, le rozó la mano con los labios.

—Creo que... sería mejor si... —«Dios, el cuarto es pequeño», pensó distraída. Y se empequeñecía por momentos—. Gracias —logró decir—. Estoy segura de que ya está bien.

—Hay que venderla.

—Oh, bueno, y o no...

—Si no, se ensuciará —pasándosele en grande, sacó un rollo de venda y comenzó a envolverle la mano.

Creyendo que de esa manera pondría algo de distancia entre ellos, C. C. se volvió. Como si siguiera los movimientos de un baile, Trent también lo hizo. Quedaron cara a cara en vez de costado. Él se movió y la espalda de ella se clavó contra la pared.

—¿Le duele?

Lo negó con la cabeza. «No me duele», decidió C. C.... «Solo estoy loca». Una mujer tenía que estar loca para que el corazón le martilleara como un martillo neumático porque un hombre le pasara una venda por los nudillos despellejados.

—C. C. —con movimientos competentes fijó la venda en su sitio—. ¿Puedo hacerle una pregunta personal? —se hallaban tan cerca como la noche anterior, durante la discusión. Trent concluyó que eso era mucho más agradable—. ¿Va a arreglarme el radiador?

—Desde luego.

—¿Entonces me perdona por lo sucedido anoche?

—No he dicho eso —enarcó las cejas.

—Me gustaría que lo reconsiderara —con la mano de ella entre los dos, se acercó un poco más—. Verá, si eso va a representar mi perdición, costará aún más resistir el impulso de pecar otra vez.

—No creo que lamente nada de lo que hizo —aturdida, ella se pegó a la pared.

—Me temo que tiene razón —repuso, observando los ojos abiertos, la boca tentadora.

Mientras ella se sentía indecisa entre el terror y el gozo, el teléfono comenzó a sonar.

—He de contestar —ágil como un sabueso, se escabulló fuera del cuarto.

Sorprendido consigo mismo, él la siguió más despacio. Otra mujer, ciertamente una que tuviera el matrimonio en la cabeza, habría sonreído... o hecho un mohín. Lo habría rodeado con los brazos o fingido que lo mantenía a raya. Pero otra mujer no se habría quedado con la espalda contra la pared como si se enfrentara a un pelotón de fusilamiento. Otra mujer no lo habría observado con ojos muy grandes y desvalidos, ni habría tartamudeado.

Tampoco le habría resultado tan irresistible.

En la oficina, C. C. alzó el auricular, pero tenía la mente en blanco. Miró por el cristal con el auricular pegado al oído durante diez segundos silenciosos antes de que la voz que escuchaba la devolviera a la realidad.

—¿Qué? Oh, sí, sí, soy C. C. Lo siento. ¿Eres tú, Finney? —soltó el aliento contenido mientras escuchaba—. ¿Te has vuelto a dejar las luces encendidas? ¿Estás seguro? Vale, vale. Puede que sea el motor de encendido —con gesto distraído se pasó una mano por el pelo y comenzó a sentarse en el escritorio antes de ver a Trent. Entonces se irguió como un muelle—. ¿Qué? Lo siento, ¿podrías repetirlo? Mmm. ¿Por qué no paso a echarle un vistazo de camino a casa? A eso de las seis y media —sonrió—. Claro, soy incapaz de rechazar una langosta. Puedes apostar. Adiós.

—Un mecánico que hace visitas —comentó Trent.

—Entre vecinos nos cuidamos —«relájate», se ordenó. «Relájate ahora mismo» —. Además, resulta fácil cuando te espera un especial de langosta de Albert Finney.

—¿Cómo va la mano? —sintió una irritación que se esforzó en soslayar.

—Bien —ella movió los dedos—. ¿Por qué no cuelga las llaves de su coche en

el tablero?

—¿Se da cuenta de que jamás ha pronunciado mi nombre? —inquirió mientras obedecía.

—Claro que sí.

—No, me ha llamado nombres, pero nunca el mío —descartó el pensamiento con un gesto—. En cualquier caso, necesito hablar con usted.

—Escuche, si es sobre la casa, no es el momento ni el lugar.

—No lo es, desde luego.

—Oh —lo miró y sintió ese extraño sobresalto en el pecho—. Se me hace tarde. ¿No puede esperar hasta que venga a recoger su coche?

—No tardaré mucho —no estaba acostumbrado a esperar por nada—. Considero que debo advertirla, ya que creo que desconocía tanto como yo los planes de su tía.

—¿La tía Coco? ¿Qué planes?

—Esos que involucran un vestido blanco.

—¿Matrimonio? —su expresión pasó de desconcierto a suspicacia—. Es absurdo. La tía Coco no planea casarse. Ni siquiera sale con alguien de manera seria.

—No creo que sea ella la candidata —se acercó sin quitarle la vista de encima—. Es usted.

Rio divertida y con ganas al sentarse en el borde del escritorio.

—¿Yo? ¿Casada? Es una tontería.

—En absoluto.

La risa murió. Bajó del escritorio y habló con voz muy fría.

—¿Qué es exactamente lo que quiere dar a entender?

—Que su tía, por razones que únicamente ella conoce, me invitó aquí no solo para echarle un vistazo a la casa, sino también a sus cuatro atractivas sobrinas.

Ella se puso muy pálida, señal de que se sentía profundamente enfadada.

—Es insultante.

—Es un hecho.

—Salga de aquí —lo empujó con fuerza en dirección a la puerta—. Salga de aquí. Recoja sus llaves, su coche y sus ridículas acusaciones y salga de aquí.

—Cállese un momento —la agarró con firmeza por los hombros—. Solo un minuto, y cuando haya terminado, y si todavía piensa que estoy siendo ridículo, me marcharé.

—Sé que es ridículo. Y taimado, y arrogante. Si por un instante piensa que yo... yo tengo planes para usted...

—Usted no —corrigió—. Su bienintencionada tía. «C. C.... ¿por qué no le enseña a Trenton los jardines? Las flores son exquisitas a la luz de la luna» .

—Solo estaba mostrándose cortés.

—¿Sabe cómo pasó la mañana?

—No me interesa en absoluto.

—Mirando álbumes de fotos —vio que la ira se transformaba en angustia e insistió—. Docenas de fotos. Fue una niña adorable, Catherine.

—Oh, Dios.

—Y también brillante, según su extasiada tía. Fue campeona de ortografía en tercer grado —con un gemido ahogado, ella volvió a sentarse sobre el escritorio—. No tiene ni una sola caries.

—No me lo creo —logró musitar C. C.

—Eso y más. Matrícula de honor en su clase de mecánica en el instituto. Empleó el grueso de su herencia para comprarle este taller a su jefe. Tengo entendido que es una mujer muy sensata que sabe cómo mantener los pies en la tierra. Desde luego, con su excelente historial de cerebro y belleza, sería una esposa excelente para el hombre adecuado.

C. C. había cambiado la palidez por un rubor furioso.

—El simple hecho de que la tía Coco esté orgullosa de mí no significa que pretenda nada por el estilo.

—¿No después de acabar relatando sus virtudes y mostrarme sus fotos, preciosas por cierto, en el baile de graduación?

—Santo... —C. C. cerró los ojos.

—Luego se puso a interrogarme acerca de lo que pensaba sobre el matrimonio y los hijos, soltando insinuaciones bastante directas de que un hombre en mi posición necesita una relación estable con una mujer estable. Como usted.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya basta —volvió a abrir los ojos—. La tía Coco a menudo imagina que sabe lo que es mejor para mis hermanas y para mí. Y se pasa —apretó los dientes—. Pero en esos casos solo es porque nos quiere y se siente responsable de nosotras. Siento que lo haya incomodado.

—No se lo he contado para avergonzarla o conseguir una disculpa —incómodo de pronto, se metió las manos en los bolsillos—. Pensé que era mejor que supiera por dónde iban los pensamientos de su tía antes de que, bueno, algo se descontrolara.

—¿Descontrolarse? —repitió C. C.

—O se malinterpretara —«es extraño», pensó; por lo general, le resultaba fácil establecer pautas. Desde luego, con anterioridad no recordaba haber tenido problemas para exponer una idea—. Es decir, después de lo de anoche... comprendo que usted ha estado protegida hasta cierto punto —vio que ella movía los dedos de su mano buena sobre una rodilla. Consideró que era mejor empezar de nuevo—. Creo en la sinceridad, C. C.... tanto en mis negocios como en mis relaciones personales. Anoche, entre el malhumor y la luz de la luna... supongo que podríamos decir que perdimos un poco el control —le pareció una descripción pobre de lo que había pasado—. No quisiera que su falta de

experiencia y las fantasías de su tía condujeran a un malentendido.

—A ver si lo he comprendido. Le preocupa que por haberme besado anoche, y que mi tía haya sacado el tema del matrimonio junto con unas fotos mías de pequeña, pueda hacerme una idea descabellada de que yo podría ser la próxima señora St. James.

—Más o menos —aturdido, se mesó el pelo—. Pensé que sería mejor, desde luego más justo, si se lo contaba directamente, de forma que usted y yo pudiéramos manejarlo de forma razonable. Así no...

—¿No desarrollaría ninguna ilusión de grandeza? —sugirió C. C.

—No ponga palabras en mi boca.

—¿Cómo podría? No queda espacio con su pata en ella.

—Maldita sea —odió el hecho de que ella tuviera toda la razón—. Solo intento ser absolutamente honesto con usted, para que no haya ningún malentendido cuando le diga que me siento muy atraído por usted.

Ella únicamente enarcó una ceja, demasiado furiosa para ver que las palabras que él acababa de pronunciar lo habían dejado mudo.

—Ahora, supongo, debo sentirme halagada.

—No se supone que deba hacer nada. Solo trato de exponer los hechos.

—Yo le daré algunos hechos —le clavó una mano en el pecho—. No se siente atraído por mí, lo atrae la imagen del perfecto y envidiable Trenton St. James III. Las fantasías de mi tía, como usted las llama, son el resultado de un corazón cariñoso y maravilloso. Algo que estoy segura usted no puede entender. Por lo que a mí respecta, no se me pasaría por la cabeza estar cinco minutos con usted, mucho menos la vida. Es posible que termine en posesión de mi hogar, pero no me tendrá a mí —se encendía y se sentía muy bien—. Si viniera arrastrándose hasta mí con un diamante como mi puño en sus dientes, me reiría en su cara. Esos son los hechos. Sabrá cómo encontrar la salida —dio media vuelta y marchó pasillo abajo.

Trent hizo una mueca al oír el portazo.

—Bueno —murmuró, frotándose los ojos—. No cabe duda de que hemos aclarado ese punto.

«Insufrible. Es la palabra perfecta para describirlo», decidió C. C.... aferrándose a ella el resto del día.

Cuando llegó a casa, reinaba la tranquilidad. Captó el sonido débil del piano desde la sala de música. Dándole la espalda a la escalera, siguió las notas.

Era Suzanna la que se sentaba al viejo aparato. Había sido la única en persistir con las clases de música y que había mostrado talento real. Amanda había sido demasiado impaciente, Lilah demasiado perezosa. Y C. C.... bajó la vista a sus manos. Los dedos se habían sentido más cómodos manchados de grasa que ante unas teclas.

No obstante, le gustaba escuchar. No había nada que la calmara o sedujera más que la música.

Suzanna, perdida en alguna parte de su corazón, suspiró cuando murieron las últimas notas.

—Precioso —C. C. se acercó para besar el cabello de su hermana.

—Estoy oxidada.

—No desde aquí.

Suzanna sonrió y le palmeó la mano; entonces notó la venda.

—Oh, C. C.... ¿qué has hecho?

—Me arañé los nudillos.

—¿Te los has lavado bien? ¿Cuándo fue la última vez que te vacunaste contra el tétanos?

—Relájate, mamá. Están limpios y me vacuné hace seis meses —se sentó en el banco, de cara a la sala—. ¿Por dónde anda todo el mundo?

—Los chicos están dormidos... eso espero. Cruza los dedos. Lilah tenía una cita. Mandy repasando algún libro de contabilidad y la tía Coco subió hace horas a darse un baño de espuma y a ponerse rodajas de pepino en los ojos.

—¿Y él?

—En la cama, supongo. Ya es casi medianoche.

—¿Sí? —entonces sonrió—. Estás despierta por mí.

—No —descubierta, Suzanna rio—. Sí. ¿Arreglaste la furgoneta del señor Finney?

—Se había vuelto a dejar las luces encendidas —bostezó—. Creo que lo hace

adrede para que yo vaya a recargarle la batería —estiró los brazos—. Cenamos langosta y vino.

—Si no fuera lo bastante mayor para ser tu abuelo, diría que está enamorado de ti.

—Sí. Y es mutuo. Bueno, ¿me he perdido algo por aquí?

—La tía Coco quiere tener una sesión espiritista.

—Otra vez no.

Suzanna pasó levemente los dedos sobre las teclas, improvisando.

—Mañana por la noche, justo después de la cena. Insiste en que hay algo que la bisabuela Bianca quiere que sepamos... y también Trent.

—¿Él... qué tiene que ver en el asunto?

—Si decidimos venderle la casa, se puede decir que la heredará.

—¿Es lo que vamos a hacer, Suzanna?

—Es lo que quizá tengamos que hacer.

C. C. se levantó para ponerse a jugar con las borlas de una lámpara de pie.

—El taller va muy bien. Podría pedir un préstamo dándolo como garantía.

—No.

—Pero...

—No —repitió Suzanna—. No vas a arriesgar tu futuro por el pasado.

—Es mi futuro.

—Y es nuestro pasado —ella también se levantó. Cuando en los ojos de Suzanna aparecía esa luz, hasta C. C. sabía que lo mejor era no discutir—. Sé lo mucho que la casa significa para ti, para todas nosotras. Regresar aquí después de que Bax... después de que las cosas no funcionaran —expuso con cuidado—, me ayudó a mantener la cordura. Cada vez que veo a Alex o a Jenny bajar por la barandilla de la escalera, me veo a mí misma haciéndolo. Veo a mamá sentada al piano, oigo a papá contar historias delante de la chimenea.

—Entonces, ¿cómo se te puede pasar por la cabeza venderla?

—Porque aprendí a enfrentarme a la realidad, sin importar lo desagradable que fuera —apoyó una mano en la mejilla de C. C. Solo las separaban cinco años, pero en ocasiones Suzanna pensaba que eran cincuenta—. A veces te suceden cosas, o pasan a tu alrededor, que simplemente no puedes controlar. En ese caso, recoges lo que es importante para tu vida y sigues adelante.

—Pero la casa es importante.

—¿Cuánto tiempo más crees que podremos aguantar?

—Podríamos vender las litografías, las vajillas de Limoges, algunas cosas más.

—Y prolongar la infelicidad —conocía demasiado bien eso—. Es hora de dejarlo ir, y creo que deberíamos hacerlo con cierta dignidad.

—Entonces, ya te has decidido.

—No —Suzanna suspiró y volvió a sentarse—. Cada vez que pienso que sí,

cambio de parecer. Antes de la cena, los chicos y yo dimos un paseo por los riscos —con ojos soñadores miró por la ventana a oscuras—. Cuando estoy allí de pie, contemplando la bahía, siento algo, algo tan increíble, que me rompe el corazón. No sé qué es lo correcto, C. C. No sé qué es lo mejor. Pero me temo que sé lo que hay que hacer.

—Duele.

—Lo sé.

C. C. se sentó a su lado y apoyó la cabeza en el hombro de su hermana.

—Quizá se produzca un milagro.

Trent las observó desde el pasillo en penumbra. Deseó no haberlas oído. Deseó que no le importara. Pero lo había oído, y por motivos que decidió no explorar, le importaba. En silencio, subió otra vez por la escalera.

—Niños —dijo Coco con lo que sabía que era su último vestigio de cordura—, ¿por qué no leéis un libro agradable?

—Quiero jugar a la guerra —Alex cortó el aire con un sable imaginario—. Muerte hasta el último hombre.

« Y solo tiene seis años », pensó Coco. « ¿Qué será dentro de diez años? ».

—Lápices de colores —comentó esperanzada, maldiciendo las lluviosas tardes de los sábados—. ¿Por qué no os ponéis a hacer bonitos dibujos? Podemos colgarlos en la nevera, como una exposición de arte.

—Cosas de niños —intervino Jenny, que ya con cinco años era una cínica. Apuntó con un rifle láser invisible y disparó—. ¡Z-z-zap! Estás totalmente desintegrado, Alex.

—Desintegrado, un cuerno. Alcé mi campo de fuerza.

—Nooo.

Se observaron con el desagrado mutuo que los hermanos pueden sentir después de estar encerrados en casa un sábado. Por acuerdo tácito, pasaron al combate cuerpo a cuerpo. Mientras se debatían sobre la gastada alfombra Aubusson, Coco levantó la vista al techo.

Al menos el combate tenía lugar en la habitación de Alex, de modo que poco daño se podía causar. Tuvo la tentación de salir y cerrar la puerta, dejándolos para que se mataran, pero, después de todo, era una mujer responsable.

—Alguien se va a lastimar —comenzó con la antigua reprimenda que emplean los adultos con los niños—. ¿Recuerdas lo que pasó la semana pasada cuando Jenny te hizo sangrar la nariz, Alex?

—No es verdad —el orgullo masculino predominó mientras se afanaba por derribar a su ágil hermana.

—Sí es verdad, sí es verdad —entonó ella, con la esperanza de repetirlo. Cruzó sus rápidas piernecitas por encima de él.

—Perdón —dijo Trent desde la puerta—. Parece que interrumpo.

—En absoluto —Coco se arregló el pelo—. Es solo una manifestación de entusiasmo juvenil. Niños, salud al señor St. James.

—Hola —dijo Alex mientras intentaba inmovilizar a su hermana con una prensa.

La sonrisa de Trent inspiró a Coco.

—Trenton, ¿podría pedirle un favor?

—Desde luego.

—Las chicas trabajan hoy, como usted sabe, y debo hacer uno o dos recados pequeños. ¿Le importaría mucho vigilar a los niños por poco tiempo?

—¿Vigilarlos?

—Oh, no representan problema alguno —le sonrió jubilosa, luego dedicó el gesto a sus sobrinos—. Jenny, no muerdas a tu hermano. Los Calhoun luchan con limpieza —«a menos que hagan trampas», pensó—. Regresaré antes de que se dé cuenta de que me he ido —prometió al pasar a su lado.

—Coco, no estoy seguro de...

—Oh, y no olvide la sesión de esta noche —bajó por los escalones y lo dejó para que se las arreglara por su propia cuenta.

Jenny y Alex dejaron de luchar para mirarlo con astucia. Eran capaces de arrancarse los dientes, pero se unían sin titubeo alguno contra una fuerza exterior.

—No nos gustan las niñeras —aseveró Alex con tono peligroso.

Trent apoyó todo su peso en los talones.

—Sé que a mí no me gusta ser una.

El brazo de Alex rodeó los hombros de su hermana en vez de su cuello. El de ella le rodeó la cintura.

—Eso no hace que nos gusten.

Trent asintió. Si era capaz de manejar un personal de cincuenta personas, podría llevar a dos niños hostiles.

—De acuerdo.

—Cuando el verano pasado fuimos de visita a Boston, tuvimos una niñera —Jenny lo observó con suspicacia—. Hicimos que la vida de todos fuera un infierno.

—¿De verdad? —la risita de Trent se convirtió en una tos.

—Eso dijo nuestro padre —corroboró Alex—. Y se alegró de vernos las espaldas.

La irreverencia infantil ya no resultaba divertida. Trent se esforzó por mantener la ira fuera de sus ojos y simplemente asintió. Evidentemente, Baxter Dumont era un príncipe entre los hombres.

—Una vez yo encerré a mi niñera en el armario y salí por la ventana.

Los niños intercambiaron una mirada interesada.

—Eso está bien —decidió Alex.

—Gritó durante dos horas —improvisó Trent.

—Nosotros pusimos una serpiente en la cama de nuestra niñera y huyó de casa en camisón —Jenny sonrió satisfecha y esperó para ver si él lograba superarlo.

—Bien hecho —«¿y ahora qué?» — se preguntó—. ¿Tenéis alguna muñeca?

—Las muñecas son vulgares —dijo Jenny, leal a su hermano.

—¡Cortadles la cabeza! —gritó Alex, provocándole una risita. Dio un salto, blandiendo una espada imaginaria—. Soy el pirata malvado y sois mis prisioneros.

—Mmm, la última vez me tocó ser prisionera —Jenny se levantó—. Es mi turno de ser la pirata malvada.

—Yo lo he dicho primero.

—Tramposo, tramposo —le dio un empujón.

—Nenita, nenita —se burló él, devolviéndole el empujón.

—¡Un momento! —gritó Trent antes de que pudieran lanzarse el uno sobre el otro. El poco familiar tono masculino los frenó en seco—. Yo soy el pirata malvado —les dijo—, y los dos estáis a punto de salir a la pasarela.

Se divirtió. La imaginación infantil de ellos quizá fuera un poco sanguinolenta, pero jugaron limpio una vez que se establecieron las reglas. Muchas personas que conocía socialmente se habrían quedado pasmadas de ver a Trenton St. James III a gatas por el suelo o disparando pistolas de agua, pero él recordaba lo que era estar encerrado en casa los días de lluvia.

Pasaron de ser piratas a villanos espaciales, luego indios locos. Al final de una batalla especialmente violenta, los tres quedaron tendidos en el suelo. Alex, con un tomahawk de plástico en la mano, jugó a estar muerto tanto tiempo que se quedó dormido.

—He ganado yo —dijo Jenny; luego, con el tocado de plumas sobre los ojos, se acurrucó contra el costado de Trent. Con la envidiable facilidad de los niños, también ella se quedó dormida.

C. C. los encontró de esa manera. La lluvia daba con suavidad contra las ventanas. En el cuarto de baño que había pasillo abajo, un goteo caía musicalmente en un cubo. Por lo demás, solo se oía una respiración acompañada.

Alex estaba tendido boca abajo, con los dedos cerrados todavía sobre su arma. Además de los cuerpos, el suelo se hallaba atestado de coches en miniatura, muñecos de acción derrotados y unos pocos dinosaurios de plástico. Evitando las bajas, C. C. entró.

No supo muy bien cuáles fueron sus sentimientos al encontrar a Trent dormido en el suelo con sus sobrinos. De lo que sí estuvo segura fue de que, si no lo hubiera visto con sus propios ojos, no lo habría creído.

Su corbata y zapatos habían desaparecido, tenía el pelo revuelto y por su camisa de algodón había una línea húmeda.

Experimentó una ternura muy real en el corazón. Si incluso parecía... «dulce», pensó, y de inmediato metió las manos en los bolsillos. Eso era absurdo. Un hombre como Trent jamás era dulce.

«Quizá los chicos lo han dejado sin sentido», reflexionó, inclinándose sobre él. Trent abrió los ojos, la observó durante un momento y luego emitió una especie de sonido somnoliento y ronco.

—¿Qué hace?—susurró ella.

—No lo sé muy bien —alzó la cabeza y miró alrededor. Tenía a Jenny en el hueco de un brazo y a Alex al otro lado—. Pero creo que soy el único superviviente.

—¿Dónde está la tía Coco?

—Haciendo unos recados. Yo vigilo a los niños.

—Oh, ya lo veo —enarcó una ceja.

—Me temo que se libró una batalla importante y se perdieron muchas vidas.

—¿Quién ganó?—sonrió al ir a buscar una manta a la cama de Alex.

—Jenny reclamó la victoria —con suavidad quitó el brazo de debajo de la cabeza de la pequeña—. Aunque Alex no lo aceptará.

—Sin duda.

—¿Qué hacemos con ellos?

—Oh, nos los quedaremos, supongo.

Él le devolvió la sonrisa.

—No, quería decir si los metíamos en la cama o algo por el estilo.

—No —con destreza abrió la manta y la extendió sobre los dos niños en el sitio donde dormían—. Estarán bien —sintió el ridículo impulso de rodearle la cintura con un brazo y apoyar la cabeza en su hombro. Lo controló sin piedad—. Fue muy amable de su parte ofrecerse a cuidarlos.

—Realmente no me ofrecí. Me reclutaron.

—Aun así, fue amable.

—No me vendría mal una taza de café —comentó al reunirse con ella en la puerta.

—De acuerdo —aceptó C. C. tras un tuteo—. Lo prepararé. Al parecer se lo ha ganado —miró por encima del hombro al bajar las escaleras—. ¿Cómo se ha mojado la camisa?

—Oh —pasó una mano por ella, un poco abochornado—. Un impacto directo con un rayo mortífero disfrazado de pistola de agua. ¿Qué tal ha ido su día?

—No tan aventurero como el suyo —entró en la cocina y fue directamente a poner agua—. Solo reconstruí un motor.

Cuando el café comenzó a hervir, se dedicó a encender la chimenea de la cocina. Trent notó que tenía lluvia en el cabello. No era un hombre lírico, pero se encontró pensando que las gotas de agua parecían una ducha de diamantes sobre la gorra.

Se recordó que siempre había preferido a las mujeres con el pelo largo. Femeninas, suaves, sinuosas. Y sin embargo... ese estilo de pelo encajaba con C. C... y a que mostraba su cuello esbelto y enmarcaba esa gloriosa y blanca piel.

—¿Qué está mirando?

—Nada —parpadeó y movió la cabeza—. Lo siento, solo pensaba. Es... Hay algo que reconforta en un fuego en la cocina.

—Mmm —« parece raro» , pensó. Quizá se debiera a la falta de corbata—. ¿Quiere leche en el café?

—No, solo.

Al ir hacia la cocina le rozó el brazo. En esa ocasión fue él quien retrocedió.

—¿Dijo la tía Coco adónde iba?

Trent pensó que quizá la electricidad estática explicara la sacudida que sintió al tocarla.

—No exactamente. No importa, me he divertido con los chicos.

Lo observó al pasarle la taza.

—Creo que habla en serio.

—Sí. Tal vez no he estado mucho tiempo junto a niños como para haberme cansado de ellos. Estos dos forman una pareja especial.

—Suzanna es una madre magnífica —relajada, se apoyó en la encimera mientras bebía—. Solía practicar conmigo. ¿Cómo le va el coche?

—Mejor que en meses —alzó la taza para brindar por ella—. Me temo que no noté nada extraño hasta después de que usted trabajara en él. En realidad no sé nada de motores.

—Está bien. Yo no sé cómo planificar una adquisición empresarial.

—Lamento que no estuviera en el taller cuando fui a recogerlo. Hank me dijo que había salido a cenar. Supongo que se lo pasó bien... no volvió hasta tarde.

—Siempre me lo paso bien con Finney —se volvió para sacar el bote de las galletas, luego le ofreció una mientras Trent se afanaba por no prestar atención al agujonazo de celos.

—¿Un viejo amigo?

—Supongo que se podría decir que sí —C. C. respiró hondo y se preparó para lanzarse al discurso que había practicado todo el día—. Me gustaría aclarar el tema que sacó a colación ayer.

—No es necesario. Me he hecho una idea.

—Podría haberle explicado las cosas sin ser tan dura.

—¿Sí? —la estudió pensativo y con la cabeza ladeada.

—Me gusta pensar que sí —decidida a empezar de cero, dejó el café a un lado—. Me sentía abochornada, y eso me enfada. Toda esta situación resulta difícil.

Trent aún podía captar con claridad la infelicidad en su voz cuando la noche anterior había hablado con Suzanna.

—Creo que empiezo a entender eso.

—Bueno, en cualquier caso —lo miró y suspiró—, no puedo evitar sentir resentimiento por el hecho de que quiera comprar Las Torres, o que quizá tengamos que dejar que lo haga... pero eso es algo distinto de las maniobras de la tía Coco. Creo que me di cuenta, cuando dejé de sentirme furiosa, de que usted se sentía tan abochornado como yo. Simplemente fue demasiado educado.

—Es una mala costumbre que tengo.

—Si no hubiera sacado lo del beso... —agitó media galletita ante él.

—Comprendo que fue un error de juicio, pero como ya me había disculpado por ello, pensé que podríamos tratarlo de manera razonable.

—No quería una disculpa —musitó C. C.—. Ni entonces ni ahora.

—Entiendo.

—No, no lo entiende. En absoluto. Lo que quería decir era que una disculpa resultaba innecesaria. Puede que carezca de experiencia de acuerdo a sus estándares, y tal vez no sea sofisticada como las mujeres con las que está acostumbrado a tratar, pero no soy tan tonta como para ponerme a soñar despierta por un estúpido beso —volvía a enfadarse y pretendía que eso no sucediera. Respiró hondo y lo intentó otra vez—. Me gustaría olvidar eso y nuestra conversación de ayer. Si resulta que tenemos que realizar negocios juntos, será mucho más sensato para todos que nos mostremos civilizados.

—Me gusta de esta manera.

—¿De qué manera?

—Cuando no me dispara.

—No se acostumbre —terminó la galleta y sonrió—. Todos los Calhoun tienen un humor de perros.

—Eso me han advertido. ¿Una tregua?

—Supongo. ¿Quiere otra galletita? —notó que él volvía a mirarla fijamente, y abrió mucho los ojos cuando alargó la mano para acariciarle el pelo—. ¿Qué hace?

—Tiene el pelo mojado —fascinado, volvió a acariciarlo—. Huele a flores húmedas.

—Trent...

—¿Sí? —sonrió.

—No creo que este sea el mejor modo de llevar las cosas.

—Probablemente, no —pero bajó los dedos por el pelo hasta la nuca de C. C. Sintió el rápido temblor—. No consigo quitarte de mi cabeza. Y no dejo de experimentar estos impulsos incontrolables de tocarte. Me pregunto por qué será.

—Porque... —se humedeció los labios—... te irrita.

—Oh, desde luego, sin lugar a dudas —apretó los dedos contra la nuca y la hizo avanzar unos centímetros—. Pero no solo de la forma que quieres dar a entender. No es tan sencillo. Aunque debería serlo —alzó la otra mano hasta el

cuello de la camisa vaquera de trabajo de ella, luego le tomó la barbilla—. De lo contrario, ¿por qué iba a sentir esta necesidad irresistible de tocarte cada vez que me acerco a ti?

—No lo sé —los dedos de él, ligeros como plumas, bajaron hasta la base del cuello para sentir sus latidos—. Desearía que no lo hicieras.

—¿Hacer qué?

—Tocarme.

Bajó la mano por la manga hasta la mano vendada de C. C.... luego se la llevó a los labios.

—¿Por qué?

—Porque me pones nerviosa.

—Ni siquiera pretendes ser provocativa, ¿verdad? —algo se iluminó en sus ojos, haciendo que fueran casi negros.

—No sabría cómo —cerró los ojos con un gemido estrangulado cuando él le besó la mandíbula.

—Madreselva —murmuró él, acercándola. En el pasado le había parecido una flor muy corriente—. Prácticamente puedo saborearla en ti. Salvaje y dulce.

Los músculos de ella se derritieron cuando los labios se juntaron. El beso fue mucho más ligero y suave que la primera vez. No era justo que le pudiera hacer eso. La parte de su mente que aún era racional estuvo a punto de gritarlo. Pero hasta eso quedó ahogado por la marejada de anhelo.

—Catherine —le enmarcó el rostro entre las manos mientras le mordisqueaba el labio—. Devuélveme el beso.

Ella quiso mover la cabeza, apartarse y salir de la habitación con andar indiferente. Pero fluyó a los brazos de él y su boca salió al encuentro de la de Trent.

Ella pegó mejor contra su cuerpo. No podía ni quería pensar en nada... ni en las consecuencias, ni en las reglas, ni en un código de conducta. Por primera vez desde que tenía uso de memoria, solo deseaba sentir. Esas agudas y dulces sensaciones que le provocaba ella eran más que suficiente para cualquier hombre.

C. C. era fuerte, siempre lo había sido, pero no lo bastante para impedir que el tiempo se paralizara. Comprendió que toda la vida había estado esperando ese momento. Mientras sus manos subían por la espalda de él, abrazó el momento tan completamente como abrazó a Trent.

El fuego crepitó en la chimenea. La lluvia repicaba en el exterior. Por toda la casa reinaba la ligera y picante fragancia del pebetero de Lilah. Los brazos de él eran fuertes y firmes, aunque con una gentileza que C. C. no había esperado.

Lo recordaría todo, cada detalle, junto con la oscura excitación de la boca de Trent y el sonido de su nombre pronunciado por él.

La apartó, en esa ocasión despacio, más aturdido de lo que le gustaba

reconocer. Al observarla, ella se pasó la lengua por los labios, como si quisiera saborear un último vestigio. El gesto delicado e inconsciente a punto estuvo de ponerlo de rodillas.

—No habrá disculpa esta vez —le dijo con voz poco segura.

—No.

—Te deseo —volvió a besarla—. Quiero hacer el amor contigo.

—Sí —fue un tipo de liberación glorioso. Sonrió sobre la boca de él—. Sí.

—¿Cuándo? —enterró la cara en su pelo—. ¿Dónde?

—No lo sé —cerró los ojos maravillada—. No puedo pensar.

—No lo hagas —le besó la sien, el pómulo, los labios—. No es el momento de pensar.

—Ha de ser perfecto.

—Lo será —le enmarcó otra vez la cara—. Deja que te lo demuestre.

Le creyó... las palabras y lo que vio en sus ojos.

—No puedo creer que vayas a ser tú —riendo, lo rodeó con los brazos y lo pegó a ella—. Que haya esperado toda mi vida para estar con alguien y que seas tú.

—¿Toda tu vida? —la mano se frenó de camino hacia el cabello de C. C.

—Pensaba que la primera vez tendría miedo, pero no lo tengo. No contigo soñadoramente enamorada, —lo abrazó más fuerte.

—La primera vez —Trent cerró los ojos. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Había reconocido la inexperiencia, pero no había pensado, no había terminado de creer que ella fuera completamente inocente. Y la había seducido en su propia cocina—. C. C.

—Tengo sed —se quejó Alex desde la puerta, haciendo que se separaran como niños culpables. Los miró con suspicacia—. ¿Por qué hacéis eso? Es desagradable —miró a Trent con expresión dolida, de hombre a hombre—. No entiendo por qué alguien querría besar a las chicas.

—Es un gusto adquirido —le informó Trent—. ¿Qué te parece si te damos algo para beber y luego hablo con tu tía? Necesito hacerlo en privado.

—Más tonterías sentimentales.

—¿Qué tonterías sentimentales? —quiso saber Amanda al pasar a su lado.

—Nada —C. C. alargó la mano hacia la cafetera.

—Dios, qué día he tenido —comenzó Amanda mientras tomaba una galleta.

Dos segundos más tarde entró Suzanna, seguida de Lilah. Cuando la cocina se llenó de risas y fragancias femeninas, Trent supo que su momento se había perdido. En el instante en que C. C. le sonrió desde el otro extremo del cuarto, también temió perder la cabeza.

Era la primera sesión espiritista a la que asistía Trent. Sinceramente esperaba que fuera la última. No había tenido ninguna manera educada de declinar su asistencia. Cuando sugirió que quizá se tratara de una velada familiar, Coco rio y le palmeó la mejilla.

—Querido, ni se nos pasaría por la cabeza excluirlo. ¿Quién sabe?, quizá los espíritus inquietos elijan hablar a través de usted.

La posibilidad hizo poco para animarlo.

En cuanto los niños estuvieron arropados, el resto de la familia, junto con el reacio Trent, se reunió alrededor de la mesa del comedor. Se había preparado el escenario.

Una docena de velas titilaba sobre el aparador en unos candelabros baratos que se mezclaban con Meissen y Baccarat. Otro trío de velas blancas brillaba en el centro de la mesa. Hasta la naturaleza parecía haber asumido el espíritu de la velada, por así decirlo.

En el exterior, la lluvia se había transformado en una leve nevada húmeda, agitada por un viento creciente. Cuando chocaba el aire caliente y frío, el trueno atronaba y el relámpago centelleaba.

Al sentarse, Trent pensó con fatalismo que era una noche oscura y tormentosa. Coco, tal como había temido en secreto, no se había puesto un turbante ni un chal. Como siempre, llevaba el pelo arreglado con meticulosidad. Alrededor del cuello lucía un gran cristal de amatista, con el que no paraba de jugar.

—Y ahora, niños —instruyó—, tomaos las manos y formad el círculo.

El viento llamó a las ventanas cuando C. C. introdujo su mano en la de Trent. Coco le aferró la otra. Justo frente a él, Amanda sonrió, evidente en su expresión la diversión y la simpatía al tomar la mano de su tía y de Suzanna.

—No se preocupe, Trent —le dijo—. Los fantasmas Calhoun siempre se comportan bien cuando están en compañía.

—Es esencial la concentración —explicó Lilah al cubrir el vacío entre sus hermanas mayor y menor—. Y básica, de verdad. Lo único que hay que hacer es vaciar la mente, en especial de cualquier cinismo —le guiñó un ojo a Trent—. Astrológicamente, es una noche excelente para una sesión espiritista.

C. C. lo tranquilizó con un apretón de mano en el momento en que Coco intervenía.

—Todos debemos despejar las mentes y abrir los corazones —habló con un tono monótono y relajado—. Durante un tiempo he sentido que mi abuela, la infeliz Bianca, ha querido ponerse en contacto conmigo. Este fue su hogar estival los últimos años de su joven vida. El lugar donde pasó sus momentos más jubilosos y trágicos. El lugar donde conoció al hombre que amó y perdió —cerró los ojos y respiró hondo—. Estamos aquí, abuela, esperándote. Sabemos que tu espíritu se siente atribulado.

—¿Un espíritu tiene espíritu?—quiso saber Amanda, que se ganó una mirada colérica de su tía—. Es una pregunta razonable.

—Compórtate —murmuró Suzanna, conteniendo una sonrisa—. Adelante, tía Coco.

Permanecieron en silencio, y solo la voz de la tía Coco murmuraba por encima del crepitar del fuego y el gemido del viento. La mente de Trent no se hallaba despejada. Estaba llena con el recuerdo de C. C. en sus brazos, con el dulce y generoso modo en que su boca se había abierto. La forma en que lo había mirado, con los ojos nublados y cálidos por las emociones. Emociones que imprudentemente él había agitado.

Lo dominaba la culpa.

Ella no era como Marla o cualquiera de las mujeres a las que había seducido a lo largo de los años. Era inocente y abierta, y a pesar de su voluntad fuerte y su lengua mordaz, dolorosamente vulnerable. De forma inexcusable, él se había aprovechado de eso.

«Aunque no es exclusivamente mi culpa», se recordó. Después de todo, era una mujer hermosa y deseable. Y él era humano. El hecho de que la deseara, estrictamente en un plano físico, resultaba natural.

La miró en el momento en que ella giraba la cabeza y le sonreía. Tuvo que contener el impulso tonto de llevarse su mano a los labios y probar su piel.

«Maldita sea, conmueve algo en mí». Algo que estaba decidido a que siguiera inamovible. Cuando ella le sonreía, e incluso cuando le fruncía el ceño, hacía que sintiera más, que quisiera más, que deseara más, más que de ninguna mujer que jamás hubiera conocido.

Era ridículo. Se hallaban separados por kilómetros, en todos los sentidos. Y, sin embargo, al tener esa mano cálida en la suya, se sentía más cerca y en sintonía con ella, más de lo que jamás había estado con nadie.

Incluso podía ver a los dos sentados en un porche soleado, observando a los niños jugar en la hierba. El sonido del mar tranquilizaba igual que una nana. El aire olía a rosas que trepaban por el enrejado. Y a madre selvas que crecían silvestres por doquier.

Parpadeó, temeroso de que se le hubiera parado el corazón. La imagen había

sido nítida y aterradora. « Es la atmósfera », se aseguró. « La luz de las velas, el viento y el relámpago ». Jugaban con su imaginación.

No era la clase de hombre que se sentaría en un porche con una mujer a contemplar a los niños. Tenía trabajo, un negocio que dirigir. La idea de relacionarse con una mecánica de coches de temperamento vehemente resultaba absurda.

El aire frío pareció abofetearle la cara. Al ponerse rígido, vio que las llamas de las velas se inclinaban demasiado a la izquierda. « Una ráfaga de aire », se dijo cuando el frío lo heló hasta los huesos.

Sintió el escalofrío de C. C. Al mirarla, sus ojos estaban muy abiertos y oscuros. Le apretaba los dedos con fuerza.

—¡Está aquí! —en la voz de Coco había sorpresa y entusiasmo—. No me cabe ninguna duda.

En su júbilo, a punto estuvo de soltar las manos y romper la cadena. Había creído... bueno, había querido creer, pero jamás había sentido una presencia con tanta nitidez. Le sonrió a Lilah en el otro extremo de la mesa, pero su sobrina tenía los ojos cerrados y exhibía una leve sonrisa.

—Ha debido de abrirse una ventana —indicó Amanda, y se habría levantado para ir a comprobarlo si Coco no la hubiera frenado.

—Nada de eso. Quedaos quietos, todos. Está aquí. ¿No lo sentís?

C. C. sí, y no sabía si tenía que sentirse tonta o asustada. Algo era diferente. Estaba segura de que también Trent lo percibía.

Era como si alguien hubiera apoyado una mano sobre los dedos enlazados de C. C. y Trent. El frío se desvaneció, sustituido por una calidez tranquilizadora. Era tan real que miró por encima del hombro, convencida de que vería a alguien de pie a su espalda.

Sin embargo, lo único que vio fue la danza del fuego y las velas en la pared.

—Se encuentra tan perdida —C. C. jadeó al darse cuenta de que era ella quien había hablado. Todos la miraron. Hasta Lilah abrió con pereza los ojos.

—¿La ves? —inquirió Coco en un susurro, apretando los dedos de C. C.

—No. No, claro que no. Es que... —no podía explicarlo—. Es tan triste —musitó, sin saber que las lágrimas brillaban en sus ojos—. ¿No podéis sentirlo?

Trent podía, y eso lo dejaba sin habla. Un corazón roto, y un anhelo tan profundo que era incommensurable. « Es pura imaginación », se dijo. « El poder de la sugestión ».

—No te distancias de eso —Coco buscó con desesperación el procedimiento adecuado. Cuando al fin conseguía que pasara algo de verdad, no tenía ni idea de cómo continuar. Un trueno la sobresaltó—. ¿Crees que hablará a través de ti?

En el extremo opuesto de la mesa, Lilah sonrió.

—Cariño, simplemente dínos qué ves.

—Un collar —se oyó responder C. C.—. Dos hileras de esmeraldas

flanqueadas por diamantes. Hermosos, brillantes —el fulgor hería los ojos—. Lo lleva puesto, pero no puedo verle la cara. Oh, es tan desdichada.

—El collar Calhoun —musitó Coco—. De modo que es verdad.

Entonces, como si un suspiro recorriera el aire, las velas volvieron a titilar, luego se irguieron. Un leño cayó en la chimenea.

—Es extraño —comentó Amanda al sentir la mano laxa de su tía—. Iré a avivar el fuego.

—Cariño —Suzanna estudió a C. C. con tanta preocupación como curiosidad—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —C. C. carraspeó—. Claro —miró a Trent—. Supongo que la tormenta me ha afectado.

Coco se llevó una mano al pecho y dio una palmadita sobre su veloz corazón.

—Creo que a todos nos vendría bien una copita de brandy —se levantó, más conmocionada de lo que quería reconocer y se dirigió al aparador.

—Tía Coco —comenzó C. C.—. ¿Qué es el collar Calhoun?

—Las esmeraldas —pasó las copas—. Hay una leyenda familiar. Ya conocéis parte de ella, cómo Bianca se enamoró de otro hombre y murió de forma trágica. Supongo que ha llegado el momento de que os cuente el resto.

—¿Has guardado un secreto? —Amanda sonrió al jugar con su copa—. Tía Coco, me sorprendes.

—Quería esperar hasta el momento adecuado. Parece que ha llegado —volvió a sentarse con la copa entre las manos—. Según los rumores, el amante de Bianca era un artista, uno de los muchos que en aquellos días venía a la isla. Se reunía con él cuando Fergus se hallaba lejos de la casa, lo cual sucedía a menudo. El suyo no era exactamente un matrimonio pactado, pero casi. Ella era bastantes años más joven que él, y al parecer muy hermosa. Como Fergus destruyó todas las fotos de Bianca después de que esta muriera, no hay modo de saberlo con certeza.

—¿Por qué? —quiso saber Suzanna—. ¿Por qué haría algo así?

—Quizá por dolor —Coco se encogió de hombros.

—Lo más probable es que fuera por ira —intervino Lilah.

—Sea como fuere —Coco calló para beber un sorbo—, destruyó todos los recordatorios de ella, y las esmeraldas se perdieron. Le había regalado a Bianca el collar cuando dio a luz a Ethan, su hijo mayor —miró a Trent—. Mi padre. No era más que un niño a la muerte de su madre, de modo que este jamás tuvo muy claros los acontecimientos. Pero su niñera, que había permanecido intensamente leal a Bianca, le contó historias sobre ella. Y esas sí que las recordó. A Bianca no le interesaba el collar, pero lo lucía a menudo.

—Como una especie de castigo —afirmó Lilah—. Y talismán —le sonrió a su tía—. Oh, hace años que sé de la existencia del collar. Lo he visto, tal como C. C. lo ha visto esta noche —se llevó la copa a los labios—. Tiene unos pendientes a

juego. Lágrimas de esmeraldas, como la piedra en el centro de la hilera inferior.

—Te lo estás inventando —acusó Amanda, y Lilah simplemente movió los hombros.

—No —le sonrió a C. C.—. ¿Me lo estoy inventando?

—No —incómoda, C. C. miró a su tía—. ¿Qué significa todo esto?

—No estoy segura, pero creo que el collar todavía es importante para Bianca. Jamás se lo volvió a ver a su muerte. Algunos creen que Fergus lo arrojó al mar.

—Imposible —dijo Lilah—. El viejo no habría tirado ni un centavo al mar, mucho menos un collar de esmeraldas.

—Bueno... —a Coco no le gustaba hablar mal de su antepasado, pero se vio obligada a estar de acuerdo—. En realidad, no habría sido típico de él. El abuelo contaba los centavos.

—Hacia que Silas Marnier pareciera un filántropo —comentó Amanda—. Bueno, ¿qué pasó con el collar?

—Ese, querida, es el misterio. La niñera de mi padre le contó que Bianca iba a dejar a Fergus; que había guardado una caja, lo que la niñera llamó la caja del tesoro. Bianca había sacado a hurtadillas todo lo que era valioso para ella.

—Pero terminó muerta —murmuró C. C.

—Sí. La leyenda cuenta que la caja, con su tesoro, se encuentra escondida en la casa.

—¿En nuestra casa? —Suzanna miró boquiabierta a su tía—. ¿De verdad crees que hay alguna especie de cofre del tesoro que ha estado escondido en alguna parte... cuántos... ochenta años, y que nadie lo ha encontrado?

—Es una casa muy grande —señaló Coco—. Por lo que sabemos, podría haberlo enterrado entre las rosas.

—Si es que alguna vez existió —murmuró Amanda.

—Existió —Lilah asintió en dirección a C. C.—. Y creo que Bianca ha decidido que ya es hora de encontrarlo.

Cuando todas empezaron a hablar al unísono, aportando argumentos y sugerencias, Trent levantó una mano.

—Señoras, señoras —repitió, esperando que se calmaran—. Comprendo que es un asunto familiar, pero ya que se me ha invitado a participar en este... experimento, me siento obligado a añadir una nota de calma. A menudo las leyendas se exageran y expanden con el tiempo. Si existió un collar, ¿no sería más factible que Fergus lo vendiera a la muerte de su esposa?

—No habría podido venderlo si no hubiera podido encontrarlo —señaló Lilah.

—¿Alguna de ustedes cree de verdad que su bisabuela enterró un tesoro en el jardín o lo ocultó detrás de una piedra suelta? —un vistazo alrededor de la mesa le indicó que era eso precisamente lo que pensaban. Movió la cabeza—. Esa especie de cuento de hadas es más apropiado para Alex y Jenny que para mujeres adultas —extendió las manos—. En primer lugar, ni siquiera saben con

certeza que existiera un collar.

—Pero yo lo he visto —afirmó C. C. aunque hizo que se sintiera tonta.

—Lo imaginaste —corrigió él—. Piénsalo. Hace unos minutos, seis adultos racionales se sentaban alrededor de esta mesa con las manos unidas para convocar a fantasmas. De acuerdo, en una extraña especie de juego de salón, pero que alguien llegue a creer de verdad en los mensajes del otro mundo... —por el momento no pensaba añadir que también él había sentido algo.

—Tiene atractivo en un hombre cínico de mente pragmática —Lilah se levantó para abrir uno de los cajones del aparador y sacar un bloc y un lápiz. Después de arrodillarse junto a la silla de C. C.... comenzó a dibujar—. Respeto tu opinión, Trent, pero el hecho no es que el collar existió... sino que estoy segura de que aún existe.

—¿Por los cuentos para dormir de una niñera?

—No, por Bianca —le sonrió y le acercó el bloc a C. C.—. ¿Esto es lo que has visto esta noche?

Lilah siempre había sido una artista inteligente. C. C. contempló el boceto del collar de dos hileras engastadas con esmeraldas de corte cuadrado, adornadas con brillantes. En la última hilera colgaba una gema grande con forma de lágrima.

—Sí —pasó la yema de un dedo por encima del papel—. Sí, lo es.

Trent estudió el dibujo. Si realmente existía esa pieza, y el boceto de Lilah se acercaba a su verdadero tamaño, sin duda valdría una fortuna.

—Santo cielo —murmuró Coco cuando le pasaron el cuaderno—. Santo Cielo.

—Creo que Trent tiene razón —Amanda estudió el collar antes de entregárselo a Suzanna—. No podemos derribar la casa piedra por piedra, aunque lo deseáramos. A pesar de cualquier experiencia paranormal que hayamos podido tener, lo primordial es cerciorarnos... cercioramos sin lugar a dudas —añadió cuando Lilah suspiró—, de que el collar es una realidad. Incluso hace ochenta años algo así debía de costar una increíble cantidad de dinero. Tiene que existir algún registro. Si las famosas vibraciones de Lilah se equivocan y se vendió otra vez, también tendría que existir un registro de esa transacción.

—Eres una aguafiestas —se quejó Lilah—. Supongo que eso significa que dedicaremos el domingo a repasar una montaña de papeles.

C. C. ni siquiera trató de dormir. Se abrigó con su bata de franela y, con la casa crujendo bajo sus pies, se dirigió a la habitación de Trent. Desde el cuarto de Amanda le llegó el murmullo de la última edición de las noticias. Desde el de Lilah el sonido leve de cítaras. No se le ocurrió sentirse incómoda o titubear. Simplemente llamó a la puerta y aguardó a que él respondiera.

Cuando abrió con la camisa abierta y los ojos un poco adormilados, ella experimentó los primeros nervios.

—¿C. C.?

—Necesito hablar contigo —miró hacia la cama, luego apartó la vista—. ¿Puedo pasar?

—Quizá sería mejor esperar hasta la mañana —se preguntó cómo podía mantener la ecuanimidad cuando hasta una bata de franela le resultaba erótica.

—No estoy segura de poder.

—De acuerdo —el nudo en su estómago se apretó—. Claro —cuanto antes se explicara con ella, mejor. Eso esperaba. La dejó pasar y cerró la puerta—. ¿Quieres sentarte?

—Tengo demasiada energía nerviosa —cruzó los brazos y fue hasta la ventana—. Ha dejado de nevar. Me alegro. Sé que Suzanna estaba preocupada por algunas de sus flores. La primavera es muy impredecible en la isla —al volverse se mesó el pelo—. Hablo de naderías y odio eso —se calmó respirando hondo—. Trent, necesito saber qué piensas sobre lo ocurrido esta noche. De verdad.

—¿Sobre esta noche? —repitió con cautela.

—La sesión espiritista —se pasó las manos por la cara—. Dios, me siento como una imbécil incluso al decirlo, pero sucedió algo —alargó las manos inquietas, a la espera de que él las tomara—. Soy muy realista, muy literal. Lilah es quien cree en esas cosas. Pero ahora... Trent, necesito saberlo. ¿Sentiste algo tú?

—No sé a qué te refieres. Ciertamente en varias ocasiones me sentí tonto.

—Por favor —le dio un tirón impaciente—. Sé sincero conmigo. Es importante.

—De acuerdo, C. C. —después de todo, ¿no era eso lo que se había prometido que haría?—. Dime qué sentiste tú.

—El aire se tornó muy frío. Luego fue como si algo... alguien... estuviera de pie detrás de nosotros. Detrás y entre nosotros dos. No me asustó. Me sorprendió, pero sin temor. Estábamos con las manos juntas, como ahora. Y entonces...

Esperaba que él lo dijera, lo reconociera. Esos enormes ojos verdes lo exigían. Cuando Trent habló, lo hizo con gran renuencia.

—Fue como si alguien apoyara una mano sobre las nuestras.

—Sí —con los ojos cerrados, acercó la mano de él a los labios—. Sí, exacto.

—Una alucinación compartida —comenzó, pero ella lo cortó con una carcajada.

—No quiero oír eso. Nada de explicaciones racionales —se llevó la mano de Trent a la mejilla—. No soy una persona fantasiosa, pero sé que significó algo, algo importante. Lo sé.

—¿El collar?

—Solo una parte de ello, y no esa. El resto... el collar, la leyenda, ya lo descifraremos tarde o temprano. Creo que tendremos que hacerlo porque está escrito. Pero esto... esto fue como una bendición.

—C. C.

—Te amo —con los ojos oscuros y brillantes, le tocó la mejilla—. Te amo y nada en mi vida ha parecido jamás tan correcto.

Se quedó sin habla. Una parte de él quiso retroceder, sonreír con amabilidad y decirle que se estaba dejando llevar por el momento. El amor no surgía en una cuestión de días. Si alguna vez llegaba a pasar, lo cual era raro, tardaba años.

Otra parte, enterrada en lo más hondo de su ser, quiso abrazarla para que el momento no terminara nunca.

—Catherine...

Pero ella ya se había acomodado en sus brazos, que parecían esperarla. Como si no tuviera control sobre ellos, la envolvieron. El calor de ella lo penetró como una droga.

—Creo que lo supe la primera vez que me besaste —apoyó la mejilla en la de él—. No lo quería, no lo pedí, pero jamás había sido así para mí. Creo que nunca lo había esperado. Ahí estabas, de forma tan súbita y completa entraste en mi vida. Bésame otra vez, Trent. Bésame ahora.

No pudo hacer otra cosa. Sus labios ya ardían por sentirla. Cuando se encontraron, ese fuego solo pudo avivarse. Ella era líquido en sus brazos y enviaba lenguas de fuego por su organismo. Cuando Trent no logró evitar que su demanda aumentara, C. C. no titubeó, sino que se pegó a su cuerpo, ofreciéndole todo.

Deslizó las manos bajo la camisa de él, encantada de sentir el temblor veloz e involuntario que le provocó. Los músculos de Trent se tensaron bajo sus dedos con el tipo de fuerza que ella quería, necesitaba.

El viento suspiró más allá de la ventana igual que ella suspiró en sus brazos.

Trent no tenía suficiente. Descubrió que quería devorarla mientras le recorría la cara con los labios, para pasar al cuello y mordisquearle la piel delicada. El aroma a madreSelva remolineó en su cabeza. Ella se arqueó y los gemidos ronc de placer que emitió martillearon en su sangre.

Tenía que tocarla. Se volvería loco si no lo hacía. Y también si lo hacía. Cuando le separó la bata, gimió al darse cuenta de que estaba desnuda para él. Desesperado, llenó su mano con ella.

En ese momento Catherine supo lo que era que le hirviera la sangre. Prácticamente podía sentirla correr por sus venas, ardiendo allí donde él la tocaba. Experimentaba una debilidad gloriosa, mezclada con una especie de fuerza maniaca. Quiso darle ambas cosas y encontró el modo cuando Trent la besó con frenesí en la boca.

Ella tembló incluso al responder. Se entregó mientras se encendía. Cuando la

cabeza le cayó hacia atrás y clavó con fuerza los dedos en los hombros de él, Trent sintió que por su interior se movía algo que era más que deseo y más profundo que la pasión.

Felicidad. Esperanza. Amor. Al reconocer los sentimientos, a ellos se sumó el terror.

Con la respiración entrecortada, se separó de ella.

La bata había resbalado por un hombro, desnudándolo. Tenía los ojos tan brillantes como las esmeraldas que había imaginado. Sonriendo, alzó una mano temblorosa a la mejilla de él.

—¿Quieres que me quede esta noche?

—Sí... no —mantenerla a distancia era lo más difícil que había tenido que hacer jamás—. Catherine... —comprendió que deseaba que se quedara. No solo esa noche, y no solo por ese glorioso cuerpo. El hecho de que lo quisiera le daba más importancia a la necesidad de aclarar las cosas—. Yo no... no he sido justo contigo, y esto se ha descontrolado con demasiada rapidez —se le escapó un suspiro agitado—. Dios, eres hermosa. No —añadió con presteza al verla sonreír y dar un paso adelante—. Necesitamos hablar. Solo hablar.

—Creía que lo habíamos hecho.

Si seguía mirándolo de esa manera, terminaría por olvidarse de la justicia. O de su propia supervivencia.

—No me he explicado con claridad —comenzó despacio—. Si hubiera sabido, si me hubiera dado cuenta de lo absolutamente inocente que eres, yo no habría, bueno, quiero creer que habría sido más cauteloso. Ahora solo me queda tratar de compensar mi precipitación.

—No entiendo.

—No, ese es el problema —se alejó, ya que necesitaba establecer algo de distancia—. Dije que me sentía atraído por ti, muy atraído. Y es obvio que es la verdad. Pero de haberlo sabido jamás me habría aprovechado de ti.

De pronto ella sintió frío y cerró la bata en torno a su cuerpo.

—¿Te molesta que no haya estado antes con un hombre?

—Molestarme, no —frustrado, se volvió hacia ella—. No es esa la palabra. Me cuesta encontrar una. ¿Sabes?, hay reglas —pero C. C. no dejaba de mirarlo—. Catherine, una mujer como tú espera... merece... más de lo que yo puedo dar.

Ella bajó la vista a las manos mientras apretaba el cinturón de la bata.

—¿Y qué es eso?

—Compromiso. Un futuro.

—Matrimonio.

—Sí.

—Supongo que piensas que esto... lo que yo he dicho... es parte de los planes de la tía Coco.

—No —si se hubiera atrevido, se habría acercado a ella—. Desde luego que no.

—Bueno —se afaná por conseguir que sus dedos se relajaran—. Es algo... imagino.

—Sé que tus sentimientos son sinceros, exagerados, tal vez, pero sinceros. Y todo es por mi culpa. Si esto no hubiera pasado con tanta rapidez, desde el principio te habría explicado que no está en mi intención casarme, jamás. No creo que dos personas puedan ser leales la una a la otra, mucho menos felices, durante una vida entera.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —la miró fijamente—. Porque simplemente no funciona. He visto a mi padre ir de matrimonio a divorcio y otra vez a matrimonio. Es como observar un partido de tenis. La última vez que supe algo de mi madre, iba por su tercer matrimonio. Sencillamente, no es práctico hacer votos sabiendo que los vas a romper.

—Práctico —repitió con un gesto de la cabeza—. No te permites sentir nada por mí porque sería poco práctico.

—El problema es que siento algo por ti.

—No lo suficiente —solo lo suficiente para romperle el corazón—. Bueno, me alegro de que lo hayamos aclarado —destrozada, se volvió hacia la puerta—. Buenas noches.

—C. C. —apoyó una mano en el hombro de ella antes de que pudiera encontrar el pomo.

—No te disculpes —rezó para que su control aguantara unos minutos más—. No es necesario. Lo has explicado todo a la perfección.

—Maldita sea, ¿por qué no me gritas? Llámame algunos nombres que sé que me merezco —habría preferido eso a la serena desolación que había visto en sus ojos.

—¿Gritarte? —se obligó a encararlo—. ¿Por ser justo y honesto? ¿Insultarte? ¿Cómo puedo insultarte, Trent, cuando lo siento tanto por ti? —la mano de él cayó despacio. C. C. irguió la cabeza. Bajo el dolor, justo por debajo de su superficie, había orgullo—. Estás dejando pasar algo... no, no dejas pasar —corrigió—. Con educación devuelves algo que nunca más vas a volver a tener. Lo que has expulsado de tu vida, Trent, habría sido su mejor parte —lo dejó allí con la incómoda sensación de que no se equivocaba.

Esa noche se celebraba una fiesta. Me pareció que sería bueno para mí que llenara la casa con gente, luces y flores. Sé que Fergus se sentía complacido de que hubiera supervisado todos los detalles con tanta meticulosidad. Me había preguntado si él habría notado mi estado de distracción, o lo a menudo que

paseaba por los riscos por las tardes, o las muchas horas que había empezado a pasar en la torre, soñando. Pero no lo parece.

Habían asistido los Greenbaum, y los McAllister y los Prentise. Estaban todos los que pasan el verano en la isla y que Fergus considera que debíamos ver. La sala de baile se hallaba rodeada de gardenias y rosas rojas. Fergus había contratado una orquesta de Nueva York y la música era vivaz y agradable. Creo que Sarah McAllister bebió mucho champán, ya que su risa comenzó a crisparme mucho antes de que se sirviera la cena.

Creo que mi nuevo vestido dorado encajaba perfectamente con la ocasión, porque recibí muchos cumplidos. Sin embargo, cuando bailé con Ira Greenbaum, sus ojos se posaron en las esmeraldas. Colgaban como un grillete de mi cuello.

¡Qué injusta soy! Son hermosas, y solo mías porque Ethan es mío.

Durante la velada, subí a la habitación de los niños para comprobar cómo estaban, aunque sé lo cariñosa que es la niñera con todos ellos. Ethan se despertó y adormilado me preguntó si le había llevado un poco de tarta.

Todos mis pequeños parecen ángeles mientras duermen. Mi amor por ellos es tan rico, tan profundo, que me pregunto por qué mi corazón no puede transferir nada de ese dulce sentimiento al hombre que los hizo nacer.

Quizá la culpa está en mí. Sin duda debe ser así. Al besarlos y darles las buenas noches para volver a salir al pasillo, con desesperación deseé que en vez de tener que regresar al salón para bailar y reír, pudiera correr a los riscos para erguirme allí con el viento en mi cabello, rodeada por doquier por el sonido y los olores del mar.

¿Vendría entonces él a mí, si yo me atreviera a algo así? ¿Vendría para erguirnos allí juntos, en las sombras, a la espera de algo que no debemos desear, mucho menos tomar?

No fui a los riscos. Mi deber es mi esposo, y hacia él me dirigí. Al bailar con él mi corazón se sintió tan frío como las joyas que rodean mi cuello. Sin embargo, sonreí cuando alabó mi habilidad como anfitriona. La mano que ceñía mi cintura era distante pero al mismo tiempo posesiva. Mientras nos movíamos con la música, sus ojos estudiaban el salón, aprobando lo que era suyo, escudriñando a sus invitados, convencido de que estaban impresionados.

Cuánto sé lo que representa para el hombre con el que me casé el rango y la opinión de los demás. Y lo poco que al parecer han llegado a significar para mí.

Quería gritarle. «Fergus, por el amor de Dios, mírame. Mírame y ve. Haz que te ame, ya que el miedo y el respeto no pueden ser suficientes para ninguno de los dos. Haz que te ame para que nunca más gire mis pasos hacia los riscos y lo que allí me aguarda».

Pero no grité. Cuando con impaciencia me dijo que era necesario que bailara con Cecil Barkley, musité mi asentimiento.

Ahora la música ha terminado y las lámparas están apagadas. Me pregunto

cuándo volveré a ver a Christian. Me pregunto qué será de mí.

C. C. estaba sentada con las piernas cruzadas en el centro de un océano de papeles. Su misión, sin importar que hubiera elegido aceptarla o no, había sido repasar todas las notas, recibos y fragmentos de papel aislados que se habían guardado en tres cajas de cartón etiquetadas como miscelánea.

Cerca, Amanda se sentaba a una mesa plegable, con varias cajas más a los pies. Con el pelo recogido y las gafas para leer cayéndosele por la nariz, estudiaba con meticulosidad cada papel antes de depositarlo sobre uno de los diversos montones que había iniciado.

—Tendríamos que haber hecho esto hace décadas —comentó.

—Querrás decir que tendríamos que haberlo quemado hace décadas.

—No —Amanda se subió las gafas—. Algunas cosas son fascinantes, y desde luego merecen la pena ser conservadas. Meter papeles en cajas de cartón no es mi idea de conservar la historia familiar.

—¿Una receta de mermelada de arándanos se debe considerar como historia familiar?

—Para la tía Coco sí. Eso se guarda en la categoría de cocina, subtítulo menús.

C. C. se movió y apartó una nube de polvo.

—¿Y qué me dices de una factura para seis pares de guantes blancos infantiles y un parasol azul de seda?

—Ropa, por fecha. Mmm, esto es interesante. El informe del progreso escolar de la tía Coco hecho por su maestra de cuarto curso. Cito: «Cordelia es una niña deliciosamente gregaria. Sin embargo, tiende a soñar despierta y le cuesta acabar los proyectos que se le asignan».

—Vaya, no lo sabíamos —rígida, C. C. arqueó la espalda y giró la cabeza. A su lado, el sol penetraba a través de las manchas en la ventana del almacén. Con un suspiro, apoyó los codos en las rodillas y lo observó.

—¿Dónde diablos está Lilah?—impaciente como siempre, Amanda movió el pie mientras gruñía—. Suzanna tiene permiso porque se ha llevado a los niños al cine, pero se supone que Lilah ha de estar aquí.

—Aparecerá —murmuró C. C.

—Claro. Cuando hayamos terminado —Amanda se lanzó a un nuevo montón

y estornudó dos veces—. Es el material más sucio que jamás he visto.

—Todo se ensucia si no se mueve —C. C. se encogió de hombros.

—No, quiero decir sucios de verdad. Es un verso picaresco escrito por el tío abuelo Sean. « En Maine había una joven dama, cuyos pechos enormes inducían a una soflama. Eran... » . Olvidalo —concluyó—. Abriremos una carpeta para intento de pornografía —cuando C. C. guardó silencio, alzó la vista para ver a su hermana con la mirada clavada todavía en el rayo de sol—. ¿Te encuentras bien, cariño?

—¿Mmm? Oh, sí, estoy bien.

—No das la impresión de haber dormido muy bien.

—Supongo que la sesión espiritista me desconcertó —se encogió de hombros y intentó centrarse en los papeles.

—No me sorprende —frunció los labios mientras repasaba más recibos—. Yo nunca he creído en esas cosas. Una cosa era la torre de Bianca. Creo que todas hemos sentido algo... bueno, algo allá arriba. Pero siempre pensé que se debía al hecho de que sabíamos que Bianca se había arrojado desde la ventana. Pero anoche... —al tener un escalofrío, se frotó los brazos—. Sé que tú viste algo, que experimentaste algo.

—Sé que el collar es real —dijo C. C.

—Convendré que fue real cuando tenga un recibo en la mano.

—Fue y es. No creo que lo hubiera visto si hubiera estado empeñado o se hubiera tirado al mar. Puede parecer una locura, pero sé que Bianca quiere que lo encontremos.

—Suenas como una chifladura —con un suspiro, Amanda se recostó en la silla desvincijada—. Y lo que resulta más chiflado es que yo también lo creo. Espero que nadie en el hotel se entere de que dedico mi tiempo libre a buscar un tesoro enterrado porque mi antepasada fallecida hace mucho tiempo así me lo ha dicho. ¡Oh!

—¿Lo has encontrado? —C. C. ya había empezado a levantarse.

—No, no, es una agenda antigua. De 1912. La tinta está un poco descolorida, pero la caligrafía es preciosa... decididamente femenina. Debe ser de Bianca. Mira. « Enviar invitaciones » . Y aquí aparece la lista de invitados. Vaya fiesta. Los Prentise —Amanda se quitó las gafas para mordisquear el extremo de una patilla—. Apuesto que son los dueños de Prentise Hall... una de las mansiones que ardió en el cuarenta y siete.

C. C. se puso a leer por encima del hombro de su hermana.

—« Última prueba del vestido para el baile. Vi a Christian a las tres de la tarde » . ¿Christian? —apoyó una mano tensa en el hombro de Amanda—. ¿Podría ser su artista?

—Tu conjetura es tan buena como la mía —se puso otra vez las gafas—. Pero mira aquí. « He hecho reforzar el cierre de las esmeraldas » . Podrían ser

las que buscamos.

—Tienen que ser.

—Seguimos sin encontrar ningún recibo.

—¿Qué posibilidades tenemos? —C. C. miró con expresión cansada los papeles que atestaban la habitación.

Hasta Amanda, con su habilidad para la organización, se sentía intimidada.

—Bueno, mejoran cada vez que eliminamos una caja.

—Mandy —C. C. se sentó en el suelo a su lado—. Se nos agota el tiempo, ¿verdad?

—Apenas le hemos dedicado unas horas.

—No me refiero a eso —apoyó la mejilla en el muslo de su hermana—. Sabes que no. Aunque encontremos el recibo, todavía tendremos que encontrar el collar. Podría llevarnos años, y no los tenemos. Nos veremos obligadas a vender, ¿verdad?

—Hablaremos de ello mañana por la noche, en la reunión familiar —atribulada, acarició el cabello de C. C.—. ¿Por qué no vas a echarte un poco? En serio, tienes aspecto de estar muy agotada.

—No —se levantó y se puso a caminar sin pisar los papeles—. Estaré mejor si mantengo las manos y la mente ocupadas. De lo contrario, podría estrangular a alguien.

—¿A Trent, por ejemplo?

—Un excelente sitio por el que empezar. No —suspiró y metió las manos en los bolsillos—. No, en realidad este lío no es culpa suya.

—¿Seguimos hablando de la casa?

—No lo sé —infeliz, volvió a sentarse en el suelo. Al menos podía dar las gracias de haber agotado todas sus lágrimas la noche anterior—. He llegado a la conclusión de que todos los hombres son estúpidos, egoístas y absolutamente innecesarios.

—Estás enamorada de él.

—Bingo —sonrió con ironía—. Y para responder tu siguiente pregunta, no me corresponde. No está interesado en mí, ni en un futuro ni en una familia, y lamenta mucho no habérmelo aclarado antes de que yo cometiera el error de enamorarme de él.

—Lo siento, C. C. —después de quitarse las gafas, Amanda se levantó para ir a sentarse en el suelo junto a su hermana—. Sé lo mucho que debe doler, pero solo lo conoces desde hace unos días. El embobamiento...

—No es eso —convirtió la receta de la mermelada en un avión de papel—. He descubierto que enamorarse no tiene nada que ver con el tiempo. Puede requerir un año o un instante. Sucede cuando es el momento de que suceda.

Amanda le pasó un brazo por los hombros.

—Bueno, y yo no sé nada sobre eso —al oírse frunció el ceño, aunque el gesto

solo duró un instante—. Pero sí sé que, si te ha hecho daño, haremos que lamente haberse cruzado con una Calhoun.

C. C. rio y lanzó el avión de arándanos por el aire.

—Es tentador, pero creo que se trata más de una cuestión de haberme lastimado a mí misma —móvió la cabeza—. Vamos, es hora de volver al trabajo.

Acababan de empezar otra vez cuando entró Trent. Miró a C. C. y se encontró con una pared sólida de hielo. Al volverse hacia Amanda, no le fue mucho mejor.

—Pensaba que no os iría mal un poco de ayuda —dijo.

Amanda miró a su hermana y notó que C. C. empleaba el tratamiento del silencio, arma que consideraba muy efectiva.

—Eres muy amable, Trent —Amanda le dedicó una sonrisa que habría congelado lava derretida—. Pero realmente se trata de un problema familiar.

—Deja que ayude —C. C. no se molestó en alzar la vista—. Supongo que es un experto en el papeleo.

—Muy bien, entonces —Amanda se encogió de hombros e indicó otra silla plegable—. Estoy organizando de acuerdo a contenido y año.

—Perfecto —acercó la silla y se sentó frente a ella. Trabajaron en un silencio gélido—. Aquí está la factura de un arreglo —comentó, sin que le hicieran caso—. El arreglo de un cierre.

—Déjame ver —Amanda ya se lo había arrebatado de la mano antes de que C. C. cruzara la estancia—. No pone de qué tipo de collar —musitó.

—Pero las fechas coinciden —apuntó C. C.—. 16 de julio de 1912.

—¿Me he perdido algo? —les preguntó Trent. Amanda aguardó un momento, vio que su hermana no iba a contestar y alzó la vista.

—Hemos encontrado una agenda de Bianca. Tenía un apunte para recordarse que tenía que llevar a arreglar el cierre de las esmeraldas.

—Puede que esto sea lo que necesitáis —tenía los ojos clavados en C. C.... pero fue Amanda quien respondió.

—Quizá sea suficiente para convencernos de que en 1912 el collar Calhoun existía, pero dista mucho de ayudarnos a dar con él —dejó el recibo a un lado—. Veamos qué más encontramos.

En silencio, C. C. regresó a los papeles.

Unos momentos más tarde, Lilah llamó desde el pie de la escalera.

—¡Amanda! ¡Teléfono!

—Di que más tarde los llamo.

—Es el hotel. Han dicho que era importante.

—Maldición —dejó las gafas antes de mirarlo con ojos entrecerrados—. Regresaré en unos minutos.

—Es muy protectora —comentó Trent al oír alejarse los pasos rápidos.

—Nos apoyamos —comentó C. C. y dejó un papel sobre un montón sin tener ni idea de su contenido.

—Eso he notado. Catherine...

—¿Sí? —preparada para todo, lo miró con frialdad.

—Quería asegurarme que te encontrabas bien.

—De acuerdo. ¿En qué sentido?

C. C. tenía la mejilla manchada de polvo. Tuvo unas ganas enormes de sonreírle e indicárselo. De oír la reír mientras se lo quitaba.

—Después de lo sucedido anoche... sé lo irritada que estabas al marcharte de mi habitación.

—Sí, estaba irritada —giró otro papel—. Supongo que monté una escena.

—No, no me refería a eso.

—Yo sí —se obligó a sonreír—. Supongo que esta vez me toca a mí ofrecer una disculpa. Todo lo que pasó durante la sesión se me subió a la cabeza —«a mi corazón», se dijo—. Debí parecer y sonar como una idiota al ir a tu habitación.

—No, desde luego que no —«está demasiado indiferente», pensó. Lo desconcertaba verla tan serena—. Dijiste que me amabas.

—Sé lo que dije —su voz descendió otros diez grados, pero la sonrisa no se movió—. ¿Por qué no lo achacamos al estado de ánimo del momento?

Él comprendió que resultaba razonable. Pero no supo por qué se sentía tan perdido.

—Entonces, ¿no hablabas en serio?

—Trent, apenas nos conocemos desde hace unos días —se preguntó si quería hacerla sufrir.

—Pero parecías tan... devastada cuando te fuiste.

—¿Te lo parezco ahora? —enarcó una ceja.

—No —respondió despacio—. No lo pareces.

—Bueno, pues olvidemos el asunto —al hablar, el sol se perdió detrás de unas nubes—. Eso sería lo mejor para los dos, ¿no?

—Sí —era lo que había querido. Sin embargo, se sintió vacío al incorporarse—. Quiero lo mejor para ti, C. C.

—Perfecto —estudió el papel que tenía en la mano—. Si bajas, pídele a Lilah que traiga algo de café cuando suba.

—De acuerdo.

Ella esperó hasta tener la certeza de que se había ido antes de cubrirse el rostro con las manos. Descubrió que se había equivocado. No había agotado todas las lágrimas.

Trent regresó a su habitación. Allí tenía el maletín, lleno de trabajo que había

querido terminar durante su ausencia de la oficina. Se sentó ante la mesa y abrió una carpeta.

Diez minutos más tarde, miraba por la ventana sin haber leído la primera palabra del informe.

Movió la cabeza, recogió la pluma y se ordenó concentrarse. Consiguió leer la primera palabra, incluso el primer párrafo. Tres veces. Disgustado, dejó la pluma y se levantó para caminar.

«Es ridículo», pensó. Había trabajado en suites de hoteles de todo el mundo. ¿Por qué iba a ser distinta esa habitación? Tenía paredes y ventanas, un techo... por decirlo de alguna manera. La mesa era más que apropiada. Y si lo quería, incluso podía encender un fuego para añadir algo de alegría. Y calor. Dios sabía que no le iría mal un poco de calor después de los gélidos treinta minutos que había pasado en el almacén. No había motivo para que no pudiera sentarse y ocuparse de algunos negocios durante una o dos horas.

Salvo que no dejaba de recordar lo hermosa que había estado C. C. al aparecer en su habitación con la bata de franela gris y descalza. Aún podía ver el brillo que había emanado de sus ojos y de su sonrisa. Frunció el ceño y se frotó el pecho. No estaba acostumbrado a ese dolor. Sí a los dolores de cabeza. Jamás del corazón.

Pero lo acosaba el recuerdo del modo en que se había introducido en sus brazos. Y su sabor... se preguntó por qué casi podía sentirlo todavía en los labios.

«Es la culpabilidad, nada más», se aseguró. La había herido como sabía que nunca heriría a otra mujer. Sin importar lo indiferente que hubiera estado antes, era una culpa con la que iba a tener que vivir durante mucho tiempo.

Tal vez debería subir para hablar otra vez con ella. Se detuvo justo cuando tenía la mano en el picaporte. Eso solo empeoraría las cosas, si era posible. El hecho de que él deseara aliviar un poco de culpa no era excusa para volver a ponerla en una situación incómoda.

No cabía duda de que C. C. sobrellevaba todo mejor que él. Era fuerte, resistente. Orgullosa. Suave. Notó que su mente empezaba a divagar. Cálida. Increíblemente hermosa.

Maldijo y otra vez se puso a andar. Lo mejor que podía hacer era concentrarse en la casa y no en sus ocupantes. Quizá los pocos días que llevaba allí le hubieran causado una conmoción personal, pero le habían dado la oportunidad de formular planes. Desde dentro. Le habían brindado un sabor de la atmósfera y la historia. Si podía serenarse unos momentos, lograría plasmar esos pensamientos en papel.

Pero fue inútil. En cuanto sus dedos aferraron la pluma, la mente se le quedó en blanco. Se dijo que se sentía encerrado. Necesitaba un poco de aire. Recogió su cazadora e hizo algo para lo que no se había concedido tiempo en los últimos meses.

Dio un paseo.

Siguiendo su instinto, se dirigió hacia los riscos. Bajó por el césped irregular y rodeó una tambaleante pared de piedra. En dirección al mar. El aire estaba fresco. Daba la impresión de que la primavera había decidido emprender la retirada. El cielo mostraba una tonalidad gris tormentosa, aunque había algunos fragmentos aislados de color azul. Unas valerosas flores silvestres se agitaban al viento.

Caminó con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. La depresión no era una sensación familiar, y estaba decidido a eliminarla con un buen ejercicio. Al mirar atrás, pudo ver las cumbres de las torres a su espalda. Giró otra vez hacia el mar, imitando sin saberlo la postura de un hombre que tres décadas antes había pintado allí.

«Grandioso», fue la única palabra que se le ocurrió. Las rocas descendían casi en picado, rosadas y grises allí donde el viento las sacudía, negras donde el agua las golpeaba. El agua oscura estaba coronada por unas crestas blancas. Había bruma y el aire contenía la amenaza fresca de la lluvia.

Tendría que haber sido una visión sombría. Pero sencillamente era espectacular.

Deseó que C. C. estuviera a su lado, antes de que pasara el tiempo o el viento cambiara. «Sonreiría», pensó. Si hubiera estado allí, la belleza del paisaje no lo haría sentir tan solo. Tan condenadamente solo.

El hormigueo que experimentó en la nuca lo impulsó a darse la vuelta, y a punto estuvo de alargar los brazos. Había estado convencido de que la vería caminar hacia él. No vio nada más que la pendiente pedregosa. Sin embargo, permanecía la sensación de otra presencia, muy real.

«Eres un hombre sensato», se aseguró. Sabía que se encontraba solo. Pero era como si alguien estuviera a su lado, a la espera, observando. Por un momento, tuvo la certeza de que percibía una leve fragancia a madreselva.

«Es la imaginación», decidió, aunque su mano no se mostró muy firme cuando la levantó para apartarse el pelo de los ojos.

Entonces captó un llanto. Se quedó quieto al escuchar el sonido triste y sereno de un sollozo justo por debajo del ruido del viento. Subía y bajaba, como el mismo mar. Algo le atenazó el estómago cuando se afaná por escuchar... aunque el sentido común le decía que no había nada que oír.

Se preguntó si sufriría una crisis nerviosa. «Pero el sonido es real, maldita sea. No una alucinación». Despacio, con todos los sentidos en alerta, bajó por entre un grupo de rocas.

—¿Quién anda ahí?—gritó mientras el sonido se convertía en un suspiro que desaparecía en el viento. Lo persiguió y aceleró el descenso, impulsado por una urgencia que le martilleaba la sangre. Una lluvia de piedras sueltas se desprendió al espacio, devolviéndolo de golpe a la realidad.

Se preguntó qué diablos estaba haciendo. ¿Bajar por un risco en pos de un fantasma? Alzó las manos y vio que a pesar del viento las palmas le sudaban. Lo único que podía oír en ese momento era el latido frenético de su propio corazón. Después de obligarse a quedarse quieto y respirar hondo para calmarse, miró alrededor.

Acababa de reemprender el regreso cuando oyó otra vez el sonido. Llanto. «No», se dijo. Un gemido. Sonaba claro y casi bajo sus pies. Se puso en cuclillas y buscó detrás de un saliente rocoso. Se encontró con una visión desoladora. El pequeño cachorro negro apenas era algo más que una bola de huesos cubierta de pelo. Lo invadió el alivio y rio en voz alta. Después de todo, no se había vuelto loco. Mientras él lo estudiaba, el cachorrito aterrado trató de retroceder, pero no tenía adonde ir. Tembloroso, sus pequeños y asustados ojos se clavaron en Trent.

—Has vivido tiempos duros, ¿eh? —con cautela, alargó la mano, listo para retirarla si el cachorro le lanzaba un mordisco. Pero el animalito se encogió y gimió—. No pasa nada, amigo. Relájate. No te haré daño —lo acarició con suavidad entre las orejas. Sin dejar de temblar, el cachorro le lamió la mano—. Supongo que te sientes bastante solo —suspiró mientras lo calmaba—. Yo también. ¿Por qué no volvemos a la casa? —lo alzó y lo metió bajo la cazadora para la ascensión.

Cuando había recorrido la mitad del trayecto, se detuvo. Había como mínimo unos cincuenta metros entre el sitio desde el que había contemplado el mar y el punto donde había encontrado al cachorro. Se le humedecieron otra vez las palmas de las manos al comprender que habría sido imposible oír los gemidos del cachorro desde el risco de arriba. La distancia y el viento habrían absorbido los gemitos. Sin embargo, había oído algo. Y ello lo había impulsado a bajar para encontrar al animal perdido.

—¿Qué diablos ha sido? —murmuró, pegando al perro a su pecho mientras ponía rumbo a la casa.

Al cruzar el césped empezó a sentirse tonto. ¿Qué se suponía que iba a contarle a sus anfitrionas? «¿Mirad lo que me ha seguido? ¿Qué os parece...? ¿Sabéis una cosa? Decidí arriesgar mi vida al bajar por el risco. Mirad lo que he encontrado». Ninguno de los dos comienzos parecía adecuado. Lo sensato sería meterse en el coche y llevar al perro a la ciudad. Sin duda allí encontraría a un veterinario o un refugio para animales. Pero descubrió que no podía entregar esa bola temblorosa de piel a unos desconocidos. El pequeñajo confiaba en él e incluso ya se había acurrucado bajo su corazón. Mientras reflexionaba sobre el mejor curso de acción, C. C. salió de la casa.

Trent cambió de postura e intentó parecer natural.

—Hola.

—Hola —ella se detuvo para abrocharse la cazadora vaquera—. Nos hemos quedado sin leche. ¿Necesitas algo de la ciudad?

«Una lata de comida para perros», pensó, y carraspeó.

—No, gracias. Yo, eh... —el cachorro se retorció contra su camisa—. ¿Habéis encontrado algo?

—Un montón de cosas, pero nada que nos indicara dónde buscar el collar —su infelicidad se transformó en curiosidad al observar las ondas que se formaban debajo de la cazadora de Trent—. ¿Va todo bien?

—Sí. Desde luego —carraspeó y cruzó los brazos—. He ido a dar un paseo.

—Perfecto —«qué incómodo», pensó ella. Él era incapaz de mirarla a los ojos—. Si tienes hambre, la tía Coco está preparando un almuerzo ligero.

—Oh... gracias.

Iba a pasar al lado de él cuando un ladrido agudo la hizo frenar en seco.

—¿Qué?

—Nada —ahogó una risita involuntaria cuando el cachorro se movió contra sus costillas.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, lo estoy —le sonrió con timidez cuando el perro asomó el hocico por encima de la cremallera de la cazadora.

—¿Qué tienes ahí? —C. C. olvidó el juramento de mantener la distancia y se acercó para bajar la cremallera—. ¡Oh! Trent, es un cachorro.

—Lo encontré entre las rocas —comenzó con celeridad—. No estaba muy seguro de lo que tenía...

—Oh, pobrecito —se llevó al cachorro a su pecho—. ¿Estás perdido? —frotó la mejilla contra el pelaje del animal—. Vamos, vamos, ya ha pasado todo —el perrito meneó el rabo con tanta velocidad que a punto estuvo de escurrirse.

—Es precioso, ¿verdad? —sonriendo, Trent se acercó para acariciarlo—. Parece que lleva solo un tiempo.

—Es un cachorrito —lo acunó—. ¿Dónde has dicho que lo encontraste?

—Entre las rocas. Daba un paseo —«y pensaba en ti». Antes de poder detenerse, alargó la mano para tocarle el pelo—. No fui capaz de dejarlo allí.

—Claro que no —alzó la vista y vio que prácticamente estaba en los brazos de él. La miraba fijamente y le acariciaba el pelo.

—Catherine...

El cachorro volvió a ladrar y la despertó.

—Lo llevaré dentro. Debe tener frío y hambre.

—De acuerdo —el único sitio que quedaba libre para meter las manos era los bolsillos—. ¿Por qué no voy yo a la ciudad a comprar la leche?

—Vale —sonrió con expresión tensa al retroceder hacia los escalones. Dio la vuelta y, murmurándole al cachorrito, entró en la casa.

Cuando Trent regresó, el animal disponía de un lugar de honor junto a la

chimenea de la cocina y de la atención absoluta de cuatro mujeres hermosas.

—Esperad a que Suze y los niños vuelvan a casa —decía Amanda—. Les encantará. Tía Coco, por lo que veo le gusta tu paté de hígado.

—Es evidente que se trata de un gastrónomo entre perros —Lilah, apoyada sobre manos y rodillas, acercó la nariz al hocico del animal—. ¿Verdad que sí, precioso?

—Creo que debería comer algo más suave —Coco también se hallaba en el suelo, cautivada—. Con el cuidado adecuado, será muy guapo.

El cachorro, sorprendido por su buena suerte, corrió en círculos. Al ver a Trent, fue hacia él, tropezando con sus propias patas. Las mujeres se levantaron y le hicieron preguntas al unísono.

—Un momento —dejó la bolsa de la compra sobre la mesa y luego se agachó para acariciar la barriga del cachorro—. No sé de dónde viene. Lo encontré cuando daba un paseo por los riscos. Estaba escondido. ¿Verdad, amigo?

—Supongo que deberíamos preguntar por aquí, para ver si alguien lo ha perdido —comenzó Coco, luego alzó una mano cuando sus sobrinas manifestaron unánime desacuerdo—. Es lo justo. Pero depende de Trent, ya que es él quien lo ha encontrado.

—Creo que deberíais hacer lo que os pareciera mejor —se levantó para sacar la leche de la bolsa—. Sin duda le gustaría un poco.

Amanda ya había sacado un plato y discutía con Lilah sobre la cantidad adecuada para el nuevo invitado.

—¿Qué más has traído? —C. C. señaló la bolsa.

—Unas pocas cosas —se encogió de hombros y se rindió—. Pensé que tendría que llevar un collar —sacó un collar rojo con remaches plateados.

—Muy a la moda —C. C. no pudo contener la sonrisa.

—Y una correa —también la depositó en la mesa—. Comida para cachorro.

—Mmm —C. C. se puso a revisar la bolsa—. Y un manjar: un hueso.

—Querrá morder algo —informó él.

—Claro que sí. Una pelota y un ratón de goma —riendo, apretó el juguete.

—Debería tener algo con lo que jugar —no quiso añadir que había buscado una casa y un cojín para perros, pero sin poder encontrarlos.

—No sabía que fueras un blando.

—Yo tampoco —bajó la vista al cachorro saltarín y feliz.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Lilah.

—Bueno, y o...

—Tú lo encontraste, así que serás tú quien lo bautice.

—Date prisa —aconsejó Amanda—. Antes de que Lilah lo esclavice con algo como Griswold.

—Fred —dijo impulsivamente—. A mí me parece un Fred.

En absoluto impresionado por el nombre recibido, Fred se echó con una oreja

en el plato con leche y se puso a dormir.

—Bueno, arreglado —Amanda acarició al cachorro una última vez antes de ponerse de pie—. Vamos, Lilah, es tu turno.

—Os echaré una mano —con el instinto a flor de piel, Coco se llevó a sus dos sobrinas fuera de la habitación para dejarlos a solas.

—Será mejor que yo también me vaya —C. C. se dirigió hacia la puerta.

—Espera —Trent la detuvo con una mano en el brazo.

—¿Para qué?

—Para... espera.

—Espero —se quedó allí, conteniendo el dolor.

—Yo... ¿cómo tienes la mano?

—Bien.

—Estupendo —se sentía como un idiota—. Es estupendo.

—Si eso es todo...

—No. Quería decirte... noté un traqueteo en el coche al ir a la ciudad.

—¿Un traqueteo? —frunció los labios—. ¿Qué clase de traqueteo?

«Uno imaginario», pensó Trent, pero se encogió de hombros.

—Simplemente un traqueteo. Esperaba que pudieras echarle un vistazo.

—De acuerdo. Llévalo mañana al taller.

—¿Mañana?

—Tengo las herramientas allí. ¿Querías algo más?

—Al pasear, no dejé de desear que estuvieras a mi lado.

C. C. apartó la vista hasta que tuvo la certeza de que había reconstruido la brecha en su muralla defensiva.

—Queremos cosas diferentes, Trent. Dejémoslo así —se volvió hacia la puerta—. Trata de llevarme el coche temprano —añadió sin darse la vuelta—. Mañana he de cambiar un tubo de escape.

C. C. encendió el soplete, se bajó la protección facial y se preparó a cortar el tubo de escape oxidado de un Plymouth del 62.

El día no iba bien.

No era capaz de quitarse de la cabeza la reunión familiar. No había aparecido ningún otro papel sobre el collar, a pesar de que habían repasado montones y montones de recibos y viejos cuadernos de cuentas. Sabía, debido a la negativa de Amanda a hablar, que las noticias no eran buenas.

A eso se sumaba otra noche inquieta. Había oído los gemidos de Fred y bajado para ver cómo se encontraba, solo para escuchar los murmullos bajos de Trent al calmar al cachorrito detrás de la puerta de su dormitorio.

Se había quedado allí mucho rato.

El hecho de que se hubiera llevado al animal a su cuarto, de que le importara lo suficiente como para tranquilizarlo y alimentarlo, hacía que C. C. lo amara más. Y cuanto más lo amaba, más le dolía.

Sabía que esa mañana tenía ojeras, pues había cometido el error de mirarse en el espejo. Eso podía tolerarlo. Su aspecto jamás había sido una preocupación importante. Pero las facturas que encontró en el correo sí le preocuparon.

Había contado la verdad cuando le dijo a Suzanna que el taller marchaba bien. Sin embargo, aún tenía puntos delicados. No todos los clientes pagaban en el acto, y el dinero en efectivo del que disponía muchas veces era reducido. « Seis meses », se dijo mientras cortaba el viejo metal. Solo necesitaba seis meses. Pero eso era demasiado para ayudarlas a retener Las Torres.

Su vida cambiaba a gran velocidad y no parecía que fuera a mejor.

Trent se quedó mirándola. Tenía un coche grande en el elevador y se hallaba debajo de él, con un soplete en la mano. Mientras observaba, ella se apartó en el instante en que un tubo de escape caía estrepitosamente al suelo. Otra vez tenía puesto un peto, guantes gruesos y un casco de seguridad. La música que nunca parecía abandonarla salía desde la radio que había en el banco de trabajo.

Sin duda un hombre había perdido un tornillo cuando pensaba en lo magnífico que sería hacer el amor en un suelo de cemento con una mujer que iba vestida como una soldadora.

C. C. cambió de postura y lo vio. Con sumo cuidado apagó el soplete antes de

subir la protección del casco.

—No pude encontrar nada en tu coche. Tienes las llaves en la oficina. No te cobro nada —volvió a bajar la protección facial.

—C. C.

—¿Qué?

Miró con cautela hacia arriba y se situó junto a ella debajo del coche.

—Me gustaría cenar contigo esta noche.

—Llevo cenando contigo todas las noches desde hace varios días —bajó el protector. Trent lo levantó de nuevo.

—No, me refería a que me gustaría salir a cenar fuera.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Bueno —enarcó una ceja—, eres muy amable, pero esta noche no puedo. Tenemos una reunión familiar —se preparó para volver a encender el soplete.

—Mañana, entonces —irritado, le subió otra vez el casco—. ¿Te importa? Me gusta verte cuando hablo contigo.

—Sí, me importa porque tengo trabajo. Y no, no cenaré contigo mañana.

—¿Por qué?

—Porque no quiero —soltó un suspiro que le agitó el pelo.

—Sigues enfadada conmigo.

—Ya hemos aclarado eso, de modo que no tiene sentido que tengamos una cita.

—Será solo una cena —insistió al descubrir que le resultaba imposible dejarlo —. Nadie ha dicho que fuera una cita. Una simple comida, como amigos, antes de que me vaya a Boston.

—¿Te marchas? —sintió que el corazón le daba un vuelco y giró para buscar entre algunas herramientas.

—Sí, tengo reuniones programadas para mediados de semana. Se me espera en mi despacho el miércoles por la tarde.

«Así de sencillo», pensó ella al recoger una llave inglesa y volver a soltarla. «Tengo reuniones programadas, ya nos veremos. Lamento haberte roto el corazón».

—Bueno, que tengas un buen viaje, entonces.

—C. C. —apoyó una mano en su brazo antes de que pudiera volver a ocultarse detrás del casco—. Me gustaría pasar un rato contigo. Me sentiría mucho mejor por todo si supiera que nos separábamos en buenos términos.

—Quieres sentirte mejor por todo —musitó ella, y luego se obligó a relajar la mandíbula—. Claro, ¿por qué no? Mañana a las nueve. Te mereces una buena despedida.

—Te lo agradezco. De verdad —le tocó la mejilla, fue a inclinarse, pero C. C. bajó la protección con un sonido seco.

—Será mejor que te apartes del soplete, Trent —indicó con voz dulce—. Podrías quemarte.

Para los Calhoun, las reuniones familiares eran tradicionalmente ruidosas, apasionadas y estaban llenas de lágrimas y risas. Esa mostraba una quietud anormal. Amanda, en su calidad de consejera de finanzas, se sentaba a la cabecera de la mesa.

En la habitación reinaba el silencio.

Suzanna ya había metido a los niños en la cama. Había resultado algo más fácil de lo habitual, ya que los dos se habían agotado con Fred... y viceversa.

Justo después de la cena, Trent se había excusado con discreción. « Como si importara », pensó C. C. Él no iba a tardar en conocer el resultado.

Temía que todo el mundo ya lo conociera.

—Creo que todas sabemos qué hacemos aquí —comenzó Amanda—. Trent regresa a Boston el miércoles, y sería mejor para todos si le comunicáramos nuestra decisión sobre la casa antes de que se marchara.

—Sería mejor si nos concentráramos en encontrar el collar —la expresión obstinada de Lilah se vio descompensada por la forma nerviosa con que daba vueltas a los cristales de obsidiana que tenía alrededor del cuello.

—Todas seguimos buscando los papeles —Suzanna apoyó una mano en el brazo de Lilah—. Pero creo que hemos de enfrentarnos a la realidad de que encontrar el collar podría tomarnos mucho tiempo. Más del que disponemos.

—Treinta días es todo lo que disponemos —todos los ojos se volvieron hacia Amanda—. La semana pasada recibí una notificación del abogado.

—¡La semana pasada! —exclamó Coco—. ¿Stridley se puso en contacto contigo y ni siquiera lo mencionaste?

—Esperaba poder conseguir una prórroga sin preocupar a nadie —apoyó la mano sobre la carpeta que depositó en la mesa—. No ha sido posible. Hemos estado pagando los impuestos atrasados, pero la dura realidad es que no hemos progresado mucho. Nos va a llegar el pago del seguro. Podemos cubrirlo, y la hipoteca... por el momento. Las facturas de servicios por el invierno han sido más altas de lo acostumbrado, y la nueva caldera y la reparación del techo se han comido gran parte de nuestro presupuesto.

—¿Cuán grave es la situación? —C. C. levantó una mano.

—Peor imposible —Amanda se frotó la sien con la esperanza de desterrar el dolor que comenzaba a sentir—. Podríamos vender algunas piezas más y mantener la cabeza por encima del agua. Justo. Pero dentro de un par de meses debemos pagar impuestos otra vez, y volveremos al sitio de partida.

—Puedo vender mis perlas —empezó Coco, pero Lilah la cortó.

—No. Bajo ningún concepto. Hace tiempo acordamos que había algunas

cosas que no se podían vender. Si hemos de enfrentarnos a los hechos —añadió con tono lúgubre—, hagámoslo ya.

—Las cañerías están rotas —continuó Amanda, y tuvo que carraspear para eliminar el nudo que le atenazó la garganta—. Si no cambiamos el cableado eléctrico, podríamos terminar rodeadas de cenizas. La minuta de los abogados de Suzanna...

—Ese es problema mío —interrumpió Suzanna.

—Ese es *nuestro* problema —corrigió Amanda, y recibió una nota unánime de aceptación—. Somos familia —prosiguió—. Juntas hemos pasado por lo peor, y lo arreglamos. Hace seis o siete años, daba la impresión de que todo iba a ir bien. Pero... los impuestos han subido, junto con el seguro, las reparaciones, todo. No somos indigentes, pero la casa nos come cada centavo libre, y algo más. Si pensara que podíamos capearlo, aguantar uno o dos años más, estaría a favor de vender la Limoges o algunas antigüedades. Pero es como tratar de tapar un agujero en un dique y ver cómo surgen otros nuevos mientras tus dedos resbalan.

—¿Qué quieres decir, Mandy? —preguntó C. C.

—Que la única elección realista que veo es vender la casa —Amanda apretó los labios—. Con la oferta de St. James, podemos pagar las deudas, conservar casi todo lo que tiene importancia para nosotras y comprar otra. Si no vendemos, de todos modos dentro de unos meses nos la van a quitar —una lágrima cayó por su mejilla—. Lo siento. Me es imposible encontrar otra salida.

—No es culpa tuya —Suzanna le tomó la mano—. Todas sabíamos que iba a suceder.

—La protección que teníamos —Amanda movió la cabeza—, la hemos perdido en el colapso de los mercados financieros. No hemos sido capaces de recuperarnos. Sé que fui yo quien realizó las inversiones...

—*Nosotras* las realizamos —Lilah inclinó el torso para tomarle también la mano—. Con la recomendación de un importante agente de bolsa. Si el suelo no se nos hubiera abierto, si nos hubiera tocado la lotería, si Bax no hubiera sido un canalla codicioso, tal vez ahora las cosas fueran diferentes. Pero no lo son.

—Seguiremos estando juntas —Coco añadió su mano—. Eso es lo que importa.

—Eso es lo que importa —convino C. C. y puso su mano encima de todas. Y eso, aunque solo fuera eso, estaba bien—. ¿Qué hacemos ahora?

Luchando por mantenerse serena, Amanda se recostó en la silla.

—Supongo que pedirle a Trent que baje para asegurarnos de que su oferta sigue vigente.

—Iré a buscarlo —C. C. se apartó de la mesa para salir aturdida de la habitación.

No podía creerlo. Incluso al atravesar todos los cuartos, salir al vestíbulo, subir por la escalera con la mano apoyada en la barandilla, no podía creerlo. Nada de

eso sería suyo durante mucho más tiempo.

Dentro de poco no podría salir de su habitación a la terraza de piedra para contemplar el mar. No podría subir hasta la torre de Bianca y encontrar a Lilah acurrucada en el mirador, soñando a través del cristal polvoriento. O a Suzanna trabajar en el jardín con los niños corriendo por el césped cercano. Amanda no bajaría a toda velocidad la escalera para ir a alguna parte o en busca de algo. La tía Coco no volvería a estar con sus recetas en la cocina.

En cuestión de momentos, la vida que había conocido se terminaría. La nueva aún tenía que llegar. Se encontraba en alguna parte de un purgatorio, demasiado aturdida por la pérdida para sentir dolor.

Trent se hallaba sentado junto al fuego donde Fred roncaba sobre el cojín rojo en su nueva casita. Se dio cuenta de que iba a echar de menos al diablillo. Aunque tuviera tiempo o ganas para tener una mascota en Boston, no tenía corazón para llevarse a Fred lejos de los niños, o de las mujeres.

Aquella tarde había visto a C. C. llegar del trabajo y tirarle la pelota al cachorro en el patio. Había sido muy agradable oírla reír, verla luchar con el perro y los hijos de Suzanna.

Extrañamente, le recordaba la imagen que había tenido... «sueño», se corrigió. El sueño que había tenido cuando su mente se puso a vagar la noche en que celebraron la sesión espiritista. Estaban C. C. y él sentados en un porche soleado, observando a unos niños jugar en el patio.

Era una tontería, desde luego, pero aquella tarde en que permaneció en la puerta viéndola tirarle la pelota a Fred, algo le había atenazado el corazón. Recordó que había sido una sensación positiva, hasta que ella se dio la vuelta y lo vio. La risa murió en sus labios y sus ojos adoptaron una expresión fría.

Se irguió y estudió las llamas en el fuego. Era una locura, pero todo en él deseaba que C. C. volviera a encenderse, una última vez, que le lanzara un puñetazo, que lo insultara. La peor clase de castigo era su corrección constante y sin pasión.

La llamada a la puerta hizo que Fred emitiera un ladrido apagado en su sueño. Cuando Trent encontró a C. C. del otro lado del umbral, sintió un agujonazo de placer y angustia. En esa ocasión no iba a ser capaz de rechazarla. No podría decirle, ni convencerse a sí mismo, de que no era posible. Tenía que... Entonces la miró a los ojos.

—¿Qué ha pasado? —alargó la mano para consolarla, pero ella se apartó con rigidez.

—Nos gustaría que bajaras, si no te importa.

—Catherine... —pero ella había empezado a alejarse con paso vivo para establecer cada vez más distancia. Las encontró a todas reunidas alrededor de la

mesa del comedor, con los rostros serenos. Era lo bastante inteligente como para comprender que se enfrentaba a una única voluntad combinada. Las Calhoun habían cerrado filas—. ¿Señoras?

—Trent, siéntese, por favor —Coco indicó la silla que tenía a su lado—. Espero que no lo hayamos importunado.

—En absoluto —miró a C. C.... pero ella tenía la vista clavada en la pared por encima de su cabeza—. ¿Vamos a celebrar otra sesión espiritista?

—Esta vez no —Lilah asintió en dirección a Amanda—. ¿Mandy?

—De acuerdo —respiró hondo y sintió alivio cuando la mano de Suzanna apretó la suya por debajo de la mesa—. Trent, hemos tratado la oferta que nos has hecho por Las Torres, y hemos decidido aceptarla.

—¿Aceptarla? —la miró sin comprender.

—Sí —Amanda se llevó la mano libre al estómago—. Siempre y cuando, por supuesto, dicha oferta siga en pie.

—Sí, desde luego —miró la habitación y posó la vista en C. C.—. ¿Estáis seguras de que queréis vender?

—¿No era eso lo que querías? —la voz de C. C. sonó seca—. ¿No viniste por eso?

—Sí —pero había recibido mucho más que lo que habla esperado—. Mi empresa estará encantada de comprar la propiedad. Pero... Quiero estar seguro de que todas estáis de acuerdo. Que es lo que deseáis. Todas.

—Todas lo hemos aceptado —C. C. volvió a clavar la vista en la pared.

—Los abogados arreglarán los detalles —comenzó otra vez Amanda—. Pero antes de que les remitamos la negociación, me gustaría repasar los términos.

—Por supuesto —Trent repitió el precio de compra; oírlo hizo que los ojos de C. C. ardieran con lágrimas contenidas—. No hay motivo para que no podamos ser flexibles con el tiempo —continuó—. Comprendo que os gustaría realizar un inventario antes de... trasladaros —se recordó que era lo que ellas querían. Era un negocio. No tendría que hacerlo sentir como si fuera un insecto—. Si hay algo que pueda hacer para ayudaros...

—Ya has hecho suficiente —interrumpió C. C. con frialdad—. Podemos cuidar de nosotras.

—Me gustaría añadir una condición —Lilah se adelantó—. Estás comprando la casa, y la propiedad. No su contenido.

—No. Es natural que los muebles, las pertenencias familiares y las posesiones personales permanezcan con vosotras.

—Incluido el collar —inclinó la cabeza—. Ya se encuentre antes de que nos marchemos, o después, el collar Calhoun es de los Calhoun. Lo quiero por escrito, Trent. Si en algún momento durante la restauración de la casa se recupera el collar, nos pertenece a nosotras.

—De acuerdo —la cláusula iba a volver locos a los abogados, pero ese era su

problema—. Me ocuparé de que se incluya en el contrato.

—La torre de Bianca —habló despacio, temerosa de que se le quebrara la voz—. Tened cuidado con lo que hacéis con ella.

—¿Qué os parece si bebemos un poco de vino? —Coco se levantó agitando las manos—. Deberíamos beber vino.

—Perdonadme —C. C. se puso de pie lentamente, controlando el impulso de salir corriendo—. Si hemos terminado, creo que subiré. Estoy cansada.

Trent quiso ir tras ella, pero Suzanna lo detuvo.

—No creo que sea receptiva en este momento. Iré yo.

C. C. se dirigió a la terraza para apoyarse sobre la pared y dejar que el viento frío le secara las lágrimas. «Debería venir una tormenta», pensó. Deseó que hubiera una tormenta, algo tan furioso y apasionado como su propio corazón.

Golpeó la pared con un puño y maldijo el día en que conoció a Trent. No quería llevarse su amor, pero sí su hogar. Claro estaba que, si hubiera aceptado lo primero, correspondiéndolo, jamás habría podido llevarse lo segundo.

—C. C. —Suzanna apareció para pasarle un brazo por los hombros—. Hace frío. ¿Por qué no vamos dentro?

—No es justo.

—No —se acercó más a su hermana—. No lo es.

—Él ni siquiera sabe lo que la casa significa para nosotras —se secó las lágrimas furiosa—. No puede entenderlo. Ni querría hacerlo.

—Es posible. Es posible que nadie pueda entenderlo, salvo nosotras. Pero no es su culpa, C. C. No podemos culparlo porque no seamos capaces de aguantar aquí —apartó la vista de los jardines que amaba y la clavó en los riscos que siempre la atraían—. Ya me marché de aquí una vez, parece que fue hace siglos, pero solo fue hace siete años. Casi ocho —suspiró—. Pensé que dejar la isla para ir a mi nuevo hogar en Boston era el día más feliz de mi vida.

—No tienes por qué hablar de ello. Sé que te duele.

—No tanto como dolió en el pasado. Estaba enamorada, C. C.... era una novia con el futuro en la palma de sus manos. Y cuando me di la vuelta para ver cómo Las Torres desaparecían a mi espalda, lloré como un bebé. Pensé que esta vez sería más fácil —cerró los ojos ante la amenaza de las lágrimas—. Ojalá lo fuera. ¿Qué tiene este lugar que nos atrae tanto? —se preguntó.

—Sé que podemos encontrar otra casa —C. C. tomó la mano de su hermana—. Sé que estaremos bien, que incluso seremos felices. Pero duele. Y tienes razón, no es culpa de Trent. Pero...

—Hay que culpar a alguien —Suzanna sonrió.

—Me hizo daño. Odio reconocerlo, pero me hizo daño. Quiero ser capaz de decir que me instó a enamorarme de él. Incluso que dejó que me enamorara de él. Pero fui yo solita.

—¿Y Trent?

—No está interesado.

—Por la forma en que te mira, diría que te equivocas.

—Oh, está interesado —comentó C. C. con tono sombrío—. Pero en ello no tiene nada que ver el amor. Con educación se negó a aprovecharse de mi... mi falta de experiencia, tal como la llamó.

—Oh —Suzanna volvió a mirar en dirección a los riscos. Sabía que el rechazo era el cuchillo más afilado—. No es de mucha ayuda, pero podría haber sido más difícil para ti si él no hubiera sido... sensato.

—Es sensato, muy bien —reconoció con los dientes apretados—. Y al ser un hombre sensato y civilizado, le gustaría que fuéramos amigos. Incluso va a llevarme a cenar mañana para asegurarse de que no me muero por él y así poder regresar a Boston libre de culpa.

—¿Qué vas a hacer?

—Oh, saldré a cenar. Puedo ser tan condenadamente civilizada como él —adelantó el mentón—. Y cuando termine, va a lamentar haber puesto los ojos en Catherine Calhoun —giró hacia su hermana—. ¿Tienes todavía el vestido rojo de lentejuelas con un escote de pecado?

—Puedes apostar lo —la sonrisa de Suzanna se hizo más amplia.

—Vamos a ver cómo me queda.

«Vaya, vaya, vaya», pensó C. C. Le maravilló la diferencia que podían marcar un día y un vestido ajustado de seda. Con los labios fruncidos, giró delante del espejo agrietado que había en un rincón de su dormitorio. El vestido era una pizca demasiado pequeño para ella, incluso con los rápidos retoques que le había hecho Suzanna.

Parecía manifestar: Te encantaría tenerme.

C. C. se pasó las manos por las caderas. Y él podría deseárselo hasta que le estallara la cabeza.

El vestido era un ceñido resplandor de fuego cuyas lenguas descendían desde un escote de vértigo hasta un bajo abreviado. Suzanna lo había recortado para que le llegara a la mitad de los muslos. Las mangas largas terminaban en punta sobre las muñecas. Y C. C. había añadido los pendientes de diamantes falsos de Coco con su perverso centelleo.

Los treinta minutos que había dedicado a maquillarse parecían haber dado sus frutos. Gracias a la contribución de Amanda, tenía los labios tan rojos como el vestido. Y a la aportación de Lilah, en los ojos lucía una sombra de color cobre y esmeralda. Llevaba el cabello tan reluciente como el ala de un cuervo, echado hacia atrás en las sienas.

Al volverse, pensó que a Trenton St. James III le esperaba una sorpresa.

—Suzanna dijo que necesitabas unos zapatos —Lilah entró y se frenó con un

bostezo a medias. Observó fijamente a su hermana con los zapatos colgándole de los dedos—. Sin duda he entrado en un universo paralelo.

—¿Qué te parece? —C. C. sonrió y dio una vuelta.

—Que Trent va a necesitar oxígeno —con expresión de aprobación, le pasó unos zapatos de piel de serpiente con tacones de aguja—. Pequeña, pareces peligrosa.

—Bien —se calzó—. Ahora solo me falta poder caminar con estos zapatos sin caerme de bruces.

—Practica. Voy a buscar a Mandy.

Unos momentos después, las tres hermanas supervisaban el andar de C. C.

—Vas a cenar —indicó Amanda, haciendo una mueca con cada amago de traspie—. De modo que permanecerás sentada la mayor parte del tiempo.

—Empiezo a mejorar —musitó C. C.—. Lo que pasa es que no estoy acostumbrada a los tacones. ¿Cómo trabajáis todo el día con estas cosas?

—Talento.

—Camina más despacio —sugirió Lilah—. De forma despreocupada. Como si dispusieras de todo el tiempo del mundo.

—Hazle caso —convino Amanda—. Es una experta en lentitud.

—En este caso... —Lilah la miró con desaprobación—... la lentitud es sexy. ¿Ves?

Siguiendo el consejo de su hermana, C. C. caminó con una intencionalidad cautelosa cuyo resultado fue de provocación. Amanda extendió las manos.

—Me disculpo. ¿Qué abrigo vas a llevar?

—No lo he pensado.

—Puedes ponerte mi capa negra de seda —decidió Amanda—. Te helarás, pero te sentará de maravilla. Perfume. La tía Coco tiene aquel perfume francés delicioso que le regalamos en Navidad.

—No —Suzanna movió la cabeza—. Debería seguir con su perfume habitual —ladeó la cabeza para estudiar a su hermana y sonreír—. El contraste lo enloquecerá.

Ajeno a lo que lo esperaba, Trent estaba sentado en el salón con Coco. Ya había hecho las maletas. Le habría gustado encontrar una excusa razonable para quedarse unos pocos días más.

—Hemos disfrutado mucho con su presencia —le dijo Coco cuando él expresó agradecimiento por la hospitalidad recibida—. Estoy segura de que pronto volveremos a vernos —se recordó que su bola de cristal no mentía. Seguía vinculando a Trent con una de sus sobrinas, por lo que aún no estaba dispuesta a rendirse.

—Ciertamente es lo que espero. He de decirle, Coco, lo mucho que la admiro

por haber educado a cuatro mujeres tan adorables.

—A veces creo que nos hemos educado mutuamente —sonrió al echar un vistazo a la estancia—. Voy a echar de menos este lugar. Para ser sincera, no creí que me importara hasta que... bueno, hasta ahora. Yo no crecí aquí como lo hicieron las chicas. Viajábamos bastante, y mi padre solo regresaba de vez en cuando. Siempre pensé que eso se debió a que su madre hubiera muerto aquí. Luego pasé mi vida de casada y los primeros años de viudez en Filadelfia. Después, cuando Judson y Deliah fallecieron, vine aquí por las chicas —le sonrió con expresión triste y de disculpa—. Lamento haberme puesto sentimental con usted, Trenton.

—No se disculpe —bebió pensativo el aperitivo—. Mi familia jamás ha tenido una relación estrecha, y por ello nunca ha habido un hogar como este en mi vida. Me parece que es por eso que he comenzado a comprender lo que podría significar.

—Debería establecerse —comentó con lo que consideró astucia—. Encuentre una buena chica, funde un hogar y una familia propios. No se me ocurre nada más solitario que no tener a nadie al llegar a casa.

Deseando evitar ese curso de pensamiento, se agachó para echarle una pelota a Fred. Los dos observaron al perro ir en pos de ella, tropezar y caer con las patas extendidas.

—No es demasiado grácil —musitó Trent.

Se levantó para ir a recoger la pelota. Mientras le acariciaba el lomo al animal, miró por encima del hombro. Lo primero que vio fue un par de zapatos negros muy estilizados. Lentamente alzó la vista por unas piernas largas y hermosas. Con aliento contenido, se puso en cuclillas. Vio un resplandor rojo sobre una espléndida forma femenina.

—¿Has perdido algo? —preguntó C. C. cuando los ojos de él se clavaron en su cara.

Le sonrieron unos labios rojos y brillantes. Trent se pasó la lengua por los dientes para asegurarse de que no se la había tragado. Se incorporó con piernas inseguras.

—¿C. C.?

—Íbamos a cenar juntos, ¿verdad?

—Nosotros... sí. Estás magnífica.

—¿Te gusta? —dio una vuelta para dejarlo ver que el escote de la espalda era más pronunciado que el del pecho—. Creo que el rojo es un color alegre —« y poderoso », pensó sin dejar de sonreír.

—Te sienta bien. Nunca antes te había visto con un vestido.

—Son poco prácticos cuando se trata de cambiar bombas de gasolina. ¿Estás listo para irnos?

—¿Ir adónde?

—A cenar —no había duda de que iba a pasárselo en grande.

—Cierto. Sí.

Ella inclinó la cabeza tal como le había enseñado Suzanna y le entregó la capa. Era algo que él había hecho cientos de veces con otras mujeres. Pero le temblaron las manos.

—No nos esperes, tía Coco.

—No, querida —sonrió a sus espaldas y levantó los puños al aire.

En cuanto se cerró la puerta, las tres hermanas se felicitaron.

—Me alegro de que me hayas convencido de salir esta noche —C. C. alargó la mano antes de recordar que tenía que dejar que Trent le abriera la puerta del coche.

—No estaba seguro de que aún desearas salir —cerró la mano sobre la de ella.

—¿Por la casa? —con la máxima indiferencia que pudo mostrar, liberó la mano y se sentó en el coche—. Ya está hecho. Preferiría no hablar de eso esta noche.

—De acuerdo —cerró y rodeó el vehículo por la parte delantera—. Amanda recomendó el restaurante —tenía las manos en las llaves pero continuó mirándola.

—¿Sucede algo?

—No —«a menos que cuentes que el sistema nervioso no te funcione». Después de arrancar, volvió a intentarlo—. Pensé que quizá te gustaría cenar cerca del agua.

—Me parece bien —tenía la radio puesta en una emisora de música clásica. Se recostó y se dispuso a disfrutar del trayecto—. ¿Has vuelto a oír el traqueteo?

—¿Qué traqueteo?

—El que ayer me pediste que arreglara.

—Oh, ese traqueteo —sonrió—. No. Debíó de ser mi imaginación —al ver que ella cruzaba las piernas, apretó los dedos sobre el volante—. Nunca me has contado por qué decidiste hacerte mecánica.

—Porque se me da bien —se movió en el asiento para mirarlo. Trent estuvo a punto de gemir al captar una fragancia de madreSelva—. Cuando tenía seis años, desmonté el motor de nuestro cortador de césped para ver cómo funcionaba. Me quedé enganchada. ¿Por qué te metiste tú en la hostelería?

—Porque era lo que se esperaba de mí —calló, sorprendido de que esa hubiera sido la primera respuesta que se le hubiera pasado por la cabeza—. Y supongo que se me da bien.

—¿Te gusta?

Se preguntó si alguien le había hecho esa pregunta alguna vez. Ni siquiera sabía si él mismo se la había hecho.

—Sí, supongo que sí.

—¿Lo supones? —enarcó las cejas—. Creía que estabas seguro de todo.

—Al parecer no —volvió a mirarla y estuvo a punto de salirse de la carretera.

Cuando llegaron al restaurante situado en el muelle, ya se había acostumbrado a la transformación. O eso pensaba. Rodeó el coche para abrirle la puerta. Ella bajó y se irguió; sus ojos quedaron a la misma altura, apenas separados por un susurro. C. C. se mantuvo firme, preguntándose si él oíría cómo le latía el corazón.

—¿Estás seguro de que no pasa nada?

—No, no lo estoy —tenía la certeza de que nadie podría resistirse a esa mujer increíblemente sexy. Deslizó una mano por detrás de la nuca de C. C.—. Permite que lo compruebe.

Ella se apartó un instante antes de que los labios de él rozaran los suyos.

—No se trata de una cita, ¿lo recuerdas? Solo es una cena amistosa.

—Me gustaría cambiar las reglas.

—Demasiado tarde —sonrió y le ofreció una mano—. Tengo hambre.

Trent no estaba seguro de cómo tratarla. La seducción que siempre había dado por hecha parecía oxidada. El entorno era perfecto con la mesa situada junto a la ventana y el agua rompiendo en el exterior. El sol teñía la bahía mientras se ponía en el oeste. Pidió vino mientras C. C. recogía el menú y le sonreía. Por debajo de la mesa se quitó los zapatos.

—Nunca había estado aquí —le dijo ella—. Es muy bonito.

—No puedo garantizar que la comida sea tan excepcional como la de tu tía.

—Nadie cocina como la tía Coco. Lamentará que te vayas. Le encanta cocinar para un hombre.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Lamentarás que me vaya?

C. C. bajó la vista al menú, tratando de concentrarse en las elecciones de las que disponía. La cruda realidad era que no tenía ninguna.

—Como todavía estás aquí, habrá que descubrirlo. Supongo que deberás ponerte al día en cuanto llegues a Boston.

—Sí. He estado pensando que, en cuanto lo haga, quizá me tome unas vacaciones. Unas de verdad. Bar Harbor podría ser un buen lugar de destino.

Ella alzó la vista y la desvió de inmediato.

—Miles de personas así lo creen —murmuró, aliviada cuando el camarero sirvió el vino.

—Si pudieras ir a cualquier sitio que te gustara, ¿adónde irías?

—Una pregunta difícil, ya que no he estado en ninguna parte —bebió un sorbo y el vino le pareció seda fría sobre la lengua—. Creo que alguna parte

donde pudiera ver el sol ponerse sobre el agua. Un lugar cálido —se encogió de hombros—. Supongo que tendría que haber dicho París o Londres.

—No —apoyó una mano sobre la de ella—. Catherine...

—¿Saben ya lo que van a pedir?

C. C. miró al camarero que esperaba a su lado.

—Sí —separó la mano de la de Trent y eligió de forma arbitraria en el menú. Al beber vino, la cautela la impulsó a mantener la otra mano sobre el regazo. En cuanto volvieron a quedar solos, habló—: ¿Has visto alguna vez una ballena?

—Yo... no.

—Vendrás de vez en cuando mientras... mientras haces restaurar Las Torres. Deberías tomarte un día libre para salir en uno de los barcos. La última vez que yo pude ir, vi a tres rorcuales. Aunque tendrás que abrigarte bien. Incluso en verano hace frío en cuanto se sale al Atlántico. Puede ser una travesía complicada, pero vale la pena. Hasta podrías pensar en ofrecer algo así en tu hotel. Ya sabes, precio de fin de semana con recorrido para ver a las ballenas incluido. Muchos hoteles...

—Catherine —la hizo callar al tomarle la muñeca antes de que pudiera volver a alzar la copa de vino. Pudo sentir los latidos rápidos e irregulares. Pero en esa ocasión sabía que se debía a un corazón roto, no a la pasión—. Aún no hemos firmado los papeles —musitó—. Todavía queda tiempo para buscar otras opciones.

—No hay otras opciones —al estudiar su rostro se dio cuenta de que a él le importaba. En sus ojos había preocupación, disculpas. Saber que a Trent le importaba de algún modo lo empeoraba—. Te vendemos la propiedad ahora a ti o habrá que vender Las Torres luego para pagar los impuestos. El resultado final es el mismo, y hay algo más de dignidad haciéndolo de esta forma.

—Yo podría ayudaros con un préstamo.

—No podemos aceptar tu dinero.

—Si os compro la casa, estaréis haciéndolo.

—Eso es distinto. Se trata de un negocio. Trent —continuó antes de que él pudiera discutir—, agradezco saber que lo harías, en particular conociendo que tu único motivo para estar aquí es el de comprar Las Torres.

«Lo es», corroboró él en silencio. O lo había sido.

—C. C.... la cuestión es que siento como si estuviera ejecutando la hipoteca de esas viudas y huérfanos.

Ella logró sonreír.

—Somos cinco mujeres adultas e independientes. No te culpamos... o quizá yo sí, un poco, pero al menos sé que soy injusta cuando lo hago. Los sentimientos que me inspiras no facilitan que sea justa.

—¿Cuáles son tus sentimientos?

Suspiró en el momento en que el camarero les servía los primeros que habían

pedido y encendía la vela del centro de la mesa.

—Ya que te llevas la casa, bien puedes llevarte todo. Estoy enamorada de ti. Pero lo superaré —con la cabeza un poco ladeada, levantó el tenedor—. ¿Hay algo más que quieras saber?

Cuando él le tomó la mano otra vez, C. C. no la apartó; esperó.

—Nunca quise hacerte daño —comenzó con cuidado. Bajó la vista y comprobó lo bien que encajaba la mano de ella en la suya. Era agradable sentir los dedos de Catherine—. No soy capaz de ofrecer, ni a ti ni a nadie, promesas de amor y fidelidad.

—Es triste —movió la cabeza—. Verás, yo solo estoy perdiendo una casa. Puedo encontrar otra. Tú estás perdiendo el resto de tu vida, y solo tienes una —se obligó a sonreír al separar la mano—. A menos, desde luego, que suscribas la idea de Lilah de que venimos una y otra vez a este mundo. Es un vino rico —comentó—. ¿Cuál has elegido?

—Un Pouilly Fumé.

—Deberé recordarlo —se puso a hablar alegremente mientras comía sin disfrutar de ningún bocado. Cuando les sirvieron el café, se sentía tensa como un muelle. Supo que preferiría desmontar un motor sin herramientas que repetir una velada como aquella.

Amarlo desesperadamente y tener que ser lo bastante fuerte y orgullosa para fingir que era capaz de vivir sin él. Estar sentada, guardando cada gesto, cada palabra de él mientras fingía una indiferencia que nunca podría sentir.

Quiso gritarle, maldecirlo por lanzar sus emociones a una vorágine frenética para luego alejarse de la tormenta. Sin embargo, solo podía aferrarse al consuelo frío del orgullo.

—Háblame de tu hogar en Boston —lo invitó.

Trent no era capaz de quitarle los ojos de encima. Veía cómo los pendientes despedían fuego, la vela titilaba soñadoramente en sus ojos. Pero durante toda la velada había percibido como si ella hubiera bloqueado una parte de sí misma, la más importante. Y era posible que nunca más volviera a ver a la mujer completa.

—¿Mi hogar?

—Sí, donde vives.

—Es simplemente una casa —de pronto se le ocurrió que no significaba nada para él. No era más que una excelente inversión—. Está a unos pocos minutos de mi despacho.

—Conveniente. ¿Llevas tiempo viviendo allí?

—Unos cinco años. En realidad, se la compré a mi padre cuando se separó de su tercera esposa. Decidieron liquidar algunas posesiones.

—Comprendo. ¿Tu madre también vive en Boston?

—No. Viaja. Estar anclada en un solo sitio no va con su manera de ser.

—Parece como la tía abuela Colleen —C. C. sonrió por encima del borde de la taza—. La tía de mi padre, o la hija mayor de Bianca.

—Bianca —musitó él, y pensó otra vez en aquel momento en que había sentido la calidez suave y tranquilizadora sobre su mano unida a la de C. C.

—Vive en cruceros. De vez en cuando recibimos una postal desde algún puerto. Aruba o Madagascar. Tiene ochenta y tantos años, soltera por convicción y es dura como un tiburón con resaca. Todas tememos que pueda decidir venir a visitarnos.

—No pensé que tuvieras más parientes vivos aparte de Coco y tus hermanas —juntó las cejas—. Puede que ella sepa algo sobre el collar.

—¿La tía abuela Colleen?—pensó en ello y frunció los labios—. Lo dudo. Era una niña cuando murió Bianca y pasó casi toda su infancia en internados —sin pensar en lo que hacía, se quitó los pendientes y se masajeó los lóbulos. El deseo se extendió como un reguero de fuego por las venas de Trent—. En todo caso, si pudiéramos encontrarla, lo cual no es probable, para mencionarle el asunto, se presentaría aquí en un abrir y cerrar de ojos para tirar todas las paredes. No siente ningún amor por Las Torres, pero sí mucho por el dinero.

—No parece un familiar tuyo.

—Oh, tenemos algunas rarezas en el armario familiar —después de guardar los pendientes en el bolso, apoyó un codo en la mesa—. El tío abuelo Sean, el hijo menor de Bianca, recibió un tiro al salir por la ventana de su amante casada. Debería decir de una de sus amantes. Sobrevivió, y luego se fue a las Indias Occidentales, para que nunca más se supiera nada de él. Fue en algún momento de la década de los treinta. Ethan, mi abuelo, perdió el grueso de la fortuna familiar a las cartas y los caballos. El juego era su debilidad y lo que lo mató. Apostó que podría navegar de Bar Harbor a Newport y regresar en seis días. Llegó hasta Newport, y volvía con tiempo de sobra cuando se topó con una tormenta y se perdió en el mar. Lo que significa que también perdió su última apuesta.

—Suenan como dos espíritus aventureros.

—Eran Calhoun —explicó C. C.... como si eso lo dijera todo.

—Lamento que los St. James no tengan nada con lo que compararse.

—Ah, bueno. Siempre me he preguntado si Bianca habría bajado de la ventana de esa torre si hubiera sabido cómo iban a salir sus hijos —pensativa, miró hacia donde las luces jugaban sobre las aguas oscuras—. Debió amar mucho a su artista.

—O fue muy infeliz en su matrimonio.

—Sí, existe esa posibilidad —desvió la vista de nuevo a la mesa—. Quizá deberíamos irnos. Se hace tarde —fue a levantarse, pero recordó tantear el suelo alrededor de la mesa.

—¿Qué sucede?

—He perdido mis zapatos —pensó que allí se iba la imagen sofisticada que quería dar.

Trent se agachó para echar un vistazo y recibió el regalo de unas piernas largas y esbeltas.

—Ah... —carraspeó y bajó la vista al suelo—. Aquí están —recogió el par y se irguió para sonreírle—. Extiende el pie. Te echaré una mano —la observó mientras deslizaba los zapatos en sus pies y recordó que en una ocasión había pensado que ella jamás toleraría ser Cenicienta. Subió el dedo por el empeine y captó el brillo de deseo en sus ojos, deseo que, sin importar lo que indicara el sentido común, anhelaba con intensidad—. ¿He mencionado que tienes unas piernas increíbles?

—No —tenía una mano cerrada al costado y luchó por concentrarse en ella en vez de en las sensaciones que le provocaba su contacto—. Es agradable que lo hayas notado.

—Costaría no hacerlo. Son las únicas que he conocido que están sexys hundadas en un peto.

—Eso me recuerda... —soslayó el martilleo de su corazón y se inclinó hacia él.

Trent pensó que ya podía besarla. Con moverse unos centímetros podría juntar la boca con la de ella y ponerla donde la quería tener.

—¿Qué?

—No creo que a tus amortiguadores les queden más de unos miles de kilómetros —con una sonrisa, se levantó—. Les echaré un vistazo cuando llegues a casa —complacida, fue por delante de él.

Al sentarse en el coche, C. C. se felicitó. Llegó a la conclusión de que había sido una velada muy exitosa. Tal vez él no se sintiera tan desdichado como ella, pero estaba convencida de que lo había incomodado una o dos veces. Al día siguiente regresaría a Boston... Miró por la ventanilla hasta que tuvo la certeza de que podía hacerle frente al dolor. Se marcharía, pero no podría olvidarla rápida o fácilmente. La última impresión que tuviera de ella sería de una mujer serena hundada en un sexy vestido rojo. Decidió que era una imagen mucho mejor que la de una mecánica con peto y grasa en las manos.

Y lo que era más importante, se había demostrado algo a sí misma. Podía amar y podía renunciar a ese amor.

Alzó la vista cuando el coche comenzó a subir por una cuesta. Pudo ver las cumbres en sombra de las dos torres que atravesaban el cielo nocturno. Trent aminoró la marcha mientras también él observaba.

—Está encendida la luz en la torre de Bianca.

—Es Lilah —musitó C. C.—. A menudo sube a allí —pensó en su hermana sentada junto a la ventana, con la vista clavada en la noche—. No la derribarás, ¿verdad?

—No —comprendiendo más de lo que ella sabía, le tomó la mano—. Te prometo que no será derribada.

La casa desapareció en un giro del camino, para luego abarcar prácticamente todo el campo de visión. Mientras la contemplaban oyeron el sonido del mar. Las luces encendidas brillaban contra el gris apagado de la piedra. Una sombra esbelta se movió por delante de la ventana de la torre y se quedó quieta un instante antes de desaparecer.

—Han vuelto —dijo Lilah por el hueco de la escalera.

Cuatro mujeres corrieron a asomarse por las ventanas.

—No deberíamos espiarlos —murmuró Suzanna, pero apartó un poco más la cortina.

—No lo hacemos —Amanda forzó la vista—. Solo comprobamos, eso es todo. ¿Veis algo?

—Siguen en el coche —se quejó Coco—. ¿Cómo se supone que vamos a ver lo que pasa si permanecen sentados en el coche?

—Podemos usar la imaginación —Lilah se apartó el pelo de la cara—. Si ese hombre no le suplica que se vaya con él a Boston, entonces es que es un idiota de verdad.

—¿A Boston? —alarmada, Suzanna la miró—. No pensarás que se va a ir a Boston, ¿verdad?

—Se iría a Ucrania si él tuviera el sentido común de pedírselo —comentó Amanda—. Mirad, ya salen.

—Quizá si abriéramos un poco una ventana, podríamos oír...

—Tía Coco, eso es ridículo —Lilah chasqueó la lengua.

—Tienes razón, por supuesto —el rubor bañó las mejillas de Coco.

—Claro que la tengo. Si lo intentáramos, oírían el crujido de la ventana —con una sonrisa, pegó la cara al cristal—. Tendremos que leerles los labios.

—Ha sido agradable —dijo C. C. al salir del coche—. Hacía tiempo que no salía a cenar.

—Cenaste con Finney.

Lo miró sin comprender, luego rio.

—Oh, Finney, claro —la brisa jugó con su cabello al sonreír—. Tienes una memoria estupenda.

—Algunas cosas parecen no borrarse —por desgracia, los celos que sentía no formaban parte de ningún recuerdo—. ¿Nunca te lleva a comer fuera?

—¿Finney? No, voy a su casa.

Frustrado, se metió las manos en los bolsillos.

—Debería llevarte.

Ella contuvo una carcajada ante la imagen del viejo Albert Finney

escoltándola a un restaurante.

—Se lo mencionaré —se volvió para subir los escalones.

—Catherine, no entres todavía —le tomó las manos.

Ante las ventanas, cuatro pares de ojos se entrecerraron.

—Es tarde, Trent.

—No sé si volveré a verte antes de marcharme.

C. C. requirió de todas sus fuerzas para mantener firme la vista.

—Entonces nos despediremos ahora.

—Necesito volver a verte.

—El taller abre a las ocho y media. Estaré allí.

—Maldita sea, C. C.... sabes a qué me refiero —ya había apoyado las manos en los hombros de ella.

—No, no lo sé.

—Ven a Boston —soltó, sorprendiéndose mientras ella aguardaba con calma.

—¿Por qué?

Dio un paso atrás con el fin de ganar un momento para recuperar el control.

—Podría mostrarte la ciudad —se preguntó qué grado de idiotez podría alcanzar—. Dijiste que no habías estado nunca allí. Podríamos... pasar un tiempo juntos.

Ella tembló bajo la capa, pero habló con voz suave y calmada.

—¿Me estás pidiendo que te acompañe a Boston para tener una aventura contigo?

—No. Sí. Oh, Dios. Espera —se volvió para alejarse unos pasos y respirar.

Dentro de la casa, Lilah sonrió.

—Vaya, al parecer está enamorado de ella, aunque es demasiado estúpido para saberlo.

—¡Sss! —Coco agitó una mano—. Casi puedo oír lo que dicen —tenía el oído pegado a la base de un vaso de agua que había apoyado en la ventana.

Al pie de los escalones, Trent volvió a intentarlo.

—Cuando estoy contigo, nada de lo que empiezo termina como era mi intención —giró. Ella seguía allí de pie con la casa de fondo, y el vestido centelleaba como fuego líquido en la oscuridad—. Sé que no tengo derecho a pedirte, y no era mi intención hacerlo. Pretendía despedirme de forma civilizada y dejarte marchar.

—¿Y ahora?

—Ahora quiero hacer el amor contigo más de lo que quiero seguir respirando.

—Hacer el amor —repitió ella con voz firme—. Pero no me amas.

—No sé nada del amor. Me importas tú —regresó para posar una mano en la cara de Catherine—. Quizá eso podría ser suficiente.

Ella lo estudió, dándose cuenta de que él no tenía ni idea de que rompía un

corazón ya destrozado.

—Podría bastar, para un día, una semana o un mes. Pero tenías razón acerca de mí, Trent. Espero más. Y merezco más —sin dejar de mirarlo, apoyó las manos en los hombros de él—. Una vez me ofrecí a ti. Eso no volverá a suceder. Y esto tampoco.

Pegó la boca a la de él, transmitiendo en ese beso todas sus emociones en carne viva. Lo abrazó al tiempo que su cuerpo proyectaba seducción. Con un suspiro, separó los labios, invitándolo a tomar.

Asombrado, necesitado, le echó la cabeza atrás y la saqueó. Inseguro, deslizó las manos bajo la capa para buscar con urgencia el calor de la piel de ella.

Lo invadieron tantas sensaciones... Él solo quería llenarse con el sabor de C. C. Pero había más. Catherine no le permitió tomar solo el beso, sino que incluyó toda la emoción que lo acompañaba. Trent sintió que lo ahogaba, pero fue una marejada tan fuerte y embriagadora que no pudo oponer resistencia.

« ¡Ámame! ¿Porqué no puedes amarme? ». Su mente pareció gritarlo incluso al verse arrastrada en la marea de sus propios anhelos. Todo lo que quería estaba allí, en el interior del círculo de sus brazos. Todo menos el corazón de Trent.

—Catherine —no podía recuperar el aire. Le besó el cuello—. No consigo acercarme lo suficiente.

Lo abrazó un momento más, luego, lenta y dolorosamente, lo apartó de su lado.

—Sí podrías. Y eso es lo que más duele —dio media vuelta y subió los escalones a la carrera.

—Catherine.

C. C. se detuvo ante la puerta. Con la cabeza erguida, se volvió. Él ya iba tras ella cuando vio que las lágrimas brillaban en sus ojos. Nada más podría haberlo detenido.

—Adiós, Trent. Le rezo a Dios para que esto te mantenga despierto por la noche.

Mientras oía el eco del portazo, supo que así sería.

No puede continuar. Ya no puedo fingir que soy infiel a mi marido solo entre las tapas de este diario. Mi vida, tan tranquila y ordenada durante veinticuatro años, este verano se ha convertido en una mentira. Una mentira que he de expiar.

Al acercarse el otoño y hacer planes para regresar a Nueva York, agradezco a Dios que pronto dejaré a mi espalda Mount Desert Island. Qué cerca, qué peligrosamente cerca he estado estos últimos días de romper mis votos matrimoniales.

Y sin embargo, siento dolor.

Dentro de una semana nos habremos ido. Puede que jamás vuelva a ver a

Christian. Así es como debería ser. Como debe ser. Pero en mi corazón sé que daría mi alma por una noche, incluso una hora, en sus brazos. Me obsesiona imaginar cómo podría ser. Con él al fin existiría pasión y amor; incluso risa. Con él no sería simplemente un deber, frío y silencioso y breve.

Rezo para que se me perdone el adulterio que he cometido en mi corazón.

Mi conciencia me ha impulsado a mantenerme alejada de los riscos. Y lo he intentado. Me ha exigido que sea más paciente, cariñosa y comprensiva con Fergus. Lo he hecho. Sin importar lo que él me ha pedido, lo he hecho. A petición de él he ofrecido un té para las damas. Hemos ido al teatro, a innumerables cenas. He escuchado hablar de negocios, moda y la posibilidad de guerra hasta que la cabeza me palpitaba. Mi sonrisa jamás vacila, ya que Fergus prefiere que parezca satisfecha en todo momento. Como a él lo complace, las noches que salimos me pongo las esmeraldas.

Ahora son mi castigo, un recordatorio de que un pecado no siempre radica en el acto, sino también en el corazón.

Me encuentro en la torre mientras escribo. Los riscos están abajo, esos riscos donde Christian pinta. Allí adonde voy cuando me escabullo de la casa como si fuera una doncella lujuriosa. Me avergüenza. Me sustenta. Incluso ahora miro abajo y lo veo. Está de cara al mar, y me espera.

Nunca nos hemos tocado, ni una vez, aunque ambos lo anhelamos. He descubierto cuánta pasión puede haber en los silencios, en las miradas prolongadas y atribuladas.

Hoy no iré con él, me quedare aquí sentada a mirarlo. Cuando sienta que tengo la fuerza, iré a su lado para despedirme y desearle lo mejor.

Mientras viva el largo invierno que me espera, me preguntaré si el próximo verano estará aquí.

—Aquí tiene los documentos que solicitó, señor St. James.

Ajeno a la presencia de su secretaria, Trent continuó de pie ante la ventana. Era una costumbre que había adquirido desde que regresó al trabajo tres semanas atrás. A través del amplio cristal tintado podía observar el ajeteo de Boston. Torres de acero y cristal brillaban junto a elegantes casas de ladrillo en una mezcla arquitectónica. Con sudaderas y pantalones de distintos colores, los deportistas marchaban por el camino que seguía la corriente del río.

—¿Señor St. James?

—¿Sí? —giró la cabeza para mirar a su secretaria.

—Le he traído los documentos que solicitó.

—Gracias, Angela —por un viejo hábito, miró su reloj. Reflexionó que apenas había pensado en el tiempo pasado junto a C. C.—. Son las cinco pasadas. Debería irse a casa, con su familia.

—¿Puedo hablar con usted un minuto?

—De acuerdo. ¿Quiere sentarse?

—No, señor. Espero que no considere mis palabras fuera de lugar, señor St. James, pero querría saber si se siente bien.

—¿No lo parezco? —el fantasma de una sonrisa apareció en sus labios.

—Oh, sí, desde luego. Un poco cansado, tal vez. Lo que pasa es que desde que regresó de Bar Harbor parece distraído, y distinto de algún modo.

—Se puede decir que estoy distraído. Soy distinto, y para responder a su pregunta original, no, no creo estar del todo bien.

—Señor St. James, si hay algo que yo pueda hacer...

Se sentó en el borde de su escritorio y la estudió. La había contratado por ser eficiente y rápida. Según recordaba, había estado a punto de descartarla porque tenía dos hijos pequeños. Le había preocupado que no pudiera ser capaz de equilibrar sus responsabilidades, pero había asumido lo que había considerado un riesgo. Con excelentes resultados.

—Angela, ¿cuánto tiempo lleva casada?

—¿Casada? —desconcertada, parpadeó—. Diez años.

—¿Feliz?

—Sí, Joe y yo somos felices.

«Joe», pensó él. Ni siquiera conocía el nombre del marido. No se había molestado en averiguarlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué, señor?

—¿Por qué es feliz?

—Su... Supongo que porque nos amamos.

Asintió, gesticulando para instarla a continuar.

—¿Y eso basta?

—Desde luego ayuda cuando se pasa por momentos complicados —sonrió un poco, pensando en su Joe—. Hemos tenido algunos, pero uno de los dos siempre consigue ayudar a que el otro lo atraviese.

—Entonces, se consideran un equipo. ¿Tienen muchas cosas en común?

—No lo sé. A Joe le encanta el fútbol y yo lo odio. Adora el jazz, y yo no lo entiendo —hasta después no se le ocurriría que esa era la primera vez que se había sentido a gusto con Trent desde que había empezado a trabajar para él—. A veces me dan ganas de ponerme taponos para los oídos durante todo el fin de semana. Siempre que se me pasa por la cabeza la idea de largarlo, pienso en cómo sería mi vida sin él. Y no me gusta lo que veo —se tomó la libertad de acercarse—. Señor St. James, si es por la boda de Marla Montblanc, bueno, me gustaría decirle que es mejor para usted.

—¿Marla se ha casado?

Atónita de verdad, Angela movió la cabeza.

—Sí, señor. La semana pasada, con aquel jugador profesional de golf. Apareció en todos los periódicos.

—Debi pasarlo por alto —en los periódicos habían aparecido otras cosas que habían captado su atención.

—Sé que llevaba un tiempo viéndola.

«Viéndola», repitió mentalmente. «Sí, esa frase fría y desapasionada describe a la perfección nuestra relación».

—Sí, así es.

—¿No está molesto?

—¿Por lo de Marla? No —la realidad era que hacía semanas que no pensaba en ella. Desde que había entrado en aquel taller y visto unas botas viejas.

Angela comprendió que había otra mujer. Y si había tenido ese efecto en el jefe, disponía de todo su apoyo.

—Señor, si alguien... si alguna otra cosa —corrigió con cautela— ocupa su mente, tal vez esté analizando en demasía la situación.

El comentario lo sorprendió lo suficiente como para provocarle otra sonrisa.

—¿Analizo en demasía, Angela?

—Es usted muy meticuloso, señor St. James, y analiza bastante los detalles, lo cual es muy provechoso para los negocios. Los asuntos personales no siempre se

pueden encarar con lógica.

—Yo mismo he llegado a esa conclusión —volvió a ponerse de pie—. Le agradezco el tiempo.

—Ha sido un placer, señor St. James —y era la verdad—. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—No, gracias —se dirigió hacia la ventana—. Buenas tardes, Angela.

—Buenas tardes —sonreía cuando cerró la puerta a su espalda.

Trent permaneció allí un buen rato. No, no había notado el anuncio de la boda de Marla. Los periódicos también habían cubierto la inminente venta de Las Torres. «El hito de Bar Harbor será el próximo hotel St. James», recordó. «Rumores de tesoros perdidos suavizan el trato».

Trent no sabía dónde se había producido la filtración, aunque no lo sorprendía. Tal como había anticipado, sus abogados se opusieron a la cláusula en la que había insistido Lilah. Los murmullos de esmeraldas habían llegado hasta los pasillos. Era natural que llegaran hasta la calle y la prensa.

Durante más de una semana abundaron en los diarios y tabloides las especulaciones sobre las esmeraldas Calhoun. Se las había llamado invaluable, trágicas y legendarias... todos los adjetivos apropiados para garantizar titulares.

Se habían vuelto a tratar a fondo las hazañas empresariales de Fergus Calhoun, junto con el suicidio de su mujer. Un reportero emprendedor incluso había logrado localizar a Colleen Calhoun en un crucero por el Mar Jónico. La expresiva réplica de la gran dama había aparecido en cursiva.

UN FRAUDE

Se preguntó si C. C. había visto los periódicos. «Por supuesto», concluyó. Probablemente también había sido acosada por la prensa.

«¿Cómo lo estará llevando? ¿Se sentirá dolida y desdichada, obligada a responder preguntas cuando algún curioso reportero le meta una grabadora en las narices?». Sonrió un poco. ¿Obligada? Imaginó que habría echado a media docena de periodistas del taller si hubieran tenido el arrojo suficiente para intentarlo.

Cuánto la echaba de menos. Y eso no lo dejaba vivir. Despertaba todas las mañanas preguntándose qué estaría haciendo. Todas las noches se iba a la cama para no parar de dar vueltas mientras los pensamientos sobre ella le invadían el cerebro. Cuando dormía, ella figuraba en sus sueños. Era su sueño.

«Tres semanas», pensó. «Ya debería haberme adaptado». Sin embargo, todos los días que él pasaba allí y ella en otra parte, empeoraba.

Sobre el escritorio estaban los contratos revisados para la compra de Las Torres. Hacía días que tendría que haberlos firmado. No obstante, no lograba convencerse de dar ese paso final. La última vez que los había mirado solo había

sido capaz de centrarse en tres palabras.

Catherine Colleen Calhoun.

Las había leído una y otra vez, recordando la primera vez que ella le había dicho su nombre, arrojándosele como si hubiera sido un arma. Recordó que había tenido grasa en la cara. Y fuego en los ojos.

Luego rememoraba otras ocasiones, momentos únicos, palabras sueltas. El modo en que ella lo había observado con el ceño fruncido desde el brazo del sofá mientras Trent tomaba el té con Coco. La expresión en la cara de C. C. cuando habían estado juntos en la terraza, contemplando el mar. Lo bien que la boca de ella había encajado en la suya al besarla bajo un árbol de glicinas que aún no habían florecido.

Se preguntó si pensaría en él cuando caminara por aquella arboleda. Si lo hacía, temía que los pensamientos no fueran amables.

La última vez que lo había visto lo había maldecido. Le había clavado esos ojos verdes y había deseado que el beso, el último beso que habían compartido, lo mantuviera despierto por la noche.

Dudaba de que incluso ella pudiera saber cómo ese deseo se había hecho realidad.

Se frotó los ojos cansados y regresó a la mesa. Como siempre, se hallaba en perfecto orden. Igual que sus negocios... y como había estado su vida.

Se vio obligado a reconocer que las cosas habían cambiado. Él había cambiado, aunque quizá no tanto. Una vez más alzó los contratos para estudiarlos. Seguía siendo un hombre de negocios hábil y organizado, que sabía maniobrar en un trato para conseguir que se decantara a su favor.

Tomó la pluma y la hizo oscilar levemente sobre los papeles. Dejó que el germen de una idea que había enraizado en su mente hacía unos días se formara, reestructurara y readaptara.

Sabía que era poco usual. Quizá hasta un poco excéntrica, pero... pero estaba convencido de que si jugaba bien sus cartas, podría funcionar. En sus labios fue formándose una leve sonrisa. Era su trabajo conseguir que funcionara. Suspiró. Quizá terminara por ser el trato más importante de su vida.

Descolgó el auricular del teléfono y, empleando toda la influencia de los St. James, puso los primeros engranajes en marcha.

Hank terminó de pulir el guardabarros del Mustang del 69 y luego se apartó para admirar su obra.

—Va quedando muy bien —le dijo a C. C.

Ella giró el cuello, pero tenía las manos llenas con las pastillas de frenos que cambiaba encima de su cabeza.

—Será una preciosidad. Me alegra que nos hay an encargado restaurarlo.

—¿Quieres que me ponga con el encendido?

C. C. maldijo cuando por la mejilla le cayó un poco de líquido de frenos.

—No. Me has dicho tres veces que esta noche tenías una cita. Ve a lavarte y lárgate.

—Gracias —se puso a guardar las herramientas—. ¿Habéis encontrado ya otra casa?

—No —soslayó la contracción que sintió en el estómago y se concentró en lo que hacía—. Mañana vamos a ir a buscar.

—No será lo mismo no tener a las Calhoun en Las Torres. Aunque los periódicos no paran de hablar del collar.

—Ya se calmarán —al menos eso esperaba.

—Supongo que si lo encontráis, seréis millonarias. Podríais retiraros a Florida. A pesar de su estado de ánimo, no pudo evitar reír entre dientes.

—Bueno, pues todavía no lo hemos encontrado —« solo el recibo », pensó, que Lilah había encontrado durante su único turno, en el almacén—. Florida puede esperar. Los frenos no.

—Creo que me voy. ¿Quieres que cierre la oficina?

—Adelante. Que te diviertas.

Se marchó silbando y C. C. paró un momento para darle un descanso a los brazos y el cuello. Deseó haber podido retener a Hank un rato más, por compañía, distracción. Aunque no paraba de hablar de la casa y del collar, la ayudaba a mantener la mente ocupada.

No importaba lo alta que pusiera la radio, en cuanto se quedaba sola, había demasiado silencio.

En cualquier momento tendrían noticias del abogado. Se dijo que quizá la tía Coco había recibido una llamada de Stridley aquella tarde, para informarla de que los contratos se habían firmado y quedaba establecida una fecha para el acuerdo.

Se preguntó si Trent se presentaría al acuerdo. « No, claro que no ». Enviaría a un representante, y eso sería lo mejor.

Además, tenía mucho que hacer para preocuparse de eso. Buscar una casa, reparar los periódicos viejos en busca de una pista sobre el paradero de las esmeraldas, el Mustang clásico que pensaba devolver a su estado de perfección. Apenas tenía un momento para respirar, mucho menos para rumiar si vería a Trent.

Si al menos dejara de dolerle, aunque solo fuera por unos minutos.

« Mejoraré », se dijo al concentrarse otra vez en los frenos. Debía mejorar. Después de que hubieran encontrado una casa nueva. Después de que se apagaran los rumores sobre el collar. Todo regresaría a la normalidad, o a lo que ella tendría que aceptar como normal. Si el dolor no desaparecía nunca por completo, entonces debería aprender a vivir con él.

Tenía a su familia. Juntos, podían enfrentarse a todo.

Al terminar sentía los hombros rígidos. Los movió un poco y fue a salir de debajo del coche cuando se dio cuenta de que la radio había dejado de sonar. Giró la cabeza. Y vio a Trent de pie junto al banco de trabajo. Se le cayó al suelo la llave inglesa que sostenía.

—¿Qué haces aquí?

—Esperar que termines —solo podía pensar en lo fabulosa que estaba—. ¿Cómo te encuentras?

—Ocupada —sacudida por el dolor, se volvió para darle al interruptor de la pared. El elevador gimió al bajar el vehículo—. Supongo que has venido por la casa.

—Sí, se puede decir que una gran parte de lo que me trae aquí se debe a eso.

—Esperábamos tener noticias del abogado.

—Lo sé.

Cuando el coche quedó sobre el suelo, tomó un trapo y se limpió las manos, con la vista clavada en ellas.

—Amanda es quien se ocupa de los detalles. Si necesitas aclarar algo, está en el Bay Watch.

—Lo que necesito aclarar te atañe a ti. A nosotros.

Ella alzó la vista, luego dio un paso atrás al ver que se había situado casi a su lado.

—En realidad no tengo nada que decirte.

—De acuerdo, entonces hablaré yo. Dentro de un minuto.

Se movió con rapidez. Sin embargo, C. C. tuvo la certeza de que si hubiera esperado su movimiento, podría haberlo esquivado. Aunque no estuvo segura de que lo hubiera intentado.

Era tan grato y justo que la boca de él le cubriera los labios, que las manos le enmarcaran la cara. El orgullo le falló lo suficiente como para hacer que le aferrara las muñecas mientras dejaba que sus necesidades fluyeran en ese beso.

—Llevo tres semanas y media pensando en esto —murmuró él.

—Vete, Trent —cerró los ojos con fuerza.

—Catherine...

—Maldito seas, he dicho que te vayas —se soltó y se dio la vuelta para apoyar las manos en el banco—. Te odio por venir aquí, por hacer que quede otra vez como una tonta.

—No eres tú la tonta. Nunca lo has sido.

Cuando la mano de él le rozó levemente el hombro, agarró un martillo y giró en redondo.

—Si vuelves a tocarme, que Dios me ayude, te romperé la nariz.

La miró y vio que en sus ojos ardía otra vez el fuego.

—Menos mal. Has regresado —encantado pero cauto, levantó una mano—.

Escúchame, por favor. Primero los negocios.

—Mis negocios contigo están cerrados.

—Ha habido un cambio de planes —sacó unas monedas de la lata que había en el banco—. ¿Puedo invitarte a un refresco?

—No. Di lo que tengas que decir, luego lárgate.

Él se encogió de hombros, se dirigió a la máquina expendedora e introdujo las monedas. Fue en ese momento cuando C. C. se dio cuenta de que llevaba puestos unos botines.

—¿Y que es eso?

—¿Estos? —sonrió al abrir la lata—. Zapatos nuevos. ¿Te gustan? —al ver que la única respuesta de ella era quedarse boquiabierta, bebió un trago—. Sé que no es mi imagen habitual, pero las cosas cambian. Algunas cosas han cambiado. ¿Te importaría dejar ese martillo?

—¿Qué? Oh, de acuerdo —lo dejó sobre el banco—. Has dicho que los planes habían cambiado. ¿Significa eso que has decidido no comprar Las Torres?

—Sí y no. ¿Prefieres que vayamos a tu oficina a hablarlo?

—Maldita sea, Trent, simplemente dime qué está pasando.

—Muy bien. Es esto. Tomamos un ala, la oeste, creo, para que no involucre la torre de Bianca. La restauramos por completo. Yo prefiero salvaguardar el material original hasta donde sea posible y, siempre que sea factible, reconstruir de acuerdo con los planos originales. Debería mantener su aire de fin de siglo. Eso será parte del acuerdo.

—¿El acuerdo? —repitió, perdida.

—Podemos obtener fácilmente diez suites sin poner en peligro la arquitectura. Si no me falla la memoria, la sala de billar será excelente como comedor, con la torre oeste preparada para ofrecer veladas más íntimas y fiestas privadas.

—¿Diez suites?

—En el ala oeste —corroboró él—. Con preferencia hacia la estética y la intimidad. Hemos de devolver su funcionamiento a todas las chimeneas. Creo que con lo que ofreceremos, dispondremos de una clientela para todo el año y no solo para la temporada.

—¿Qué vas a hacer con el resto de la casa?

—Eso dependerá de ti y de tu familia —dejó la lata a un lado y se acercó a ella—. Tal como yo lo veo, podríais vivir con comodidad en las dos primeras plantas y el ala este. Dios sabe que sobra espacio.

Confusa, se llevó los dedos a las sienes.

—¿Seríamos tus inquilinas?

—No es exactamente lo que yo tenía en mente. Pensaba más en una sociedad —le tomó la mano y la observó—. Tus nudillos han sanado.

—¿Qué clase de sociedad?

—La Corporación St. James pone el dinero para la restauración, la publicidad

y cosas por el estilo. En cuanto el balneario, en este caso me gusta más que hotel, en cuanto esté operativo, repartimos los beneficios al cincuenta por ciento.

—No lo entiendo.

—Es muy sencillo, C. C. —le alzó la mano y le besó un dedo—. Las dos partes ceden. Nosotros tenemos nuestro hotel y vosotras vuestro hogar. Nadie pierde.

Ella apagó la breve llama de la esperanza por temor a sentirla.

—No veo cómo podría funcionar. ¿Por qué alguien querría alojarse en el hogar de otras personas?

—Es un hito —le recordó, besándole otro dedo—. Con una leyenda, un fantasma y un misterio. Pagarán bien por estar aquí. Y cuando prueben la bullabesa de Coco...

—¿La tía Coco?

—Ya le he ofrecido el puesto de chef. Está encantada. Sigue pendiente la cuestión de quién lo dirigirá, pero creo que es un puesto perfecto para Amanda, ¿no te parece? —sus ojos irradiaron alegría al besarle el tercer dedo.

—¿Por qué haces esto?

—Soy un hombre de negocios. Y esto ofrece un buen negocio. Ya he comenzado el estudio de mercado —le giró la mano y apoyó los labios sobre la palma—. Es lo que le he dicho a mi junta directiva. Pero creo que tú sabes realmente lo que pasa.

—Yo no sé nada —apartó la mano para ir hacia las puertas abiertas del taller—. Lo único que sé es que regresas con un plan descabellado...

—Es un plan muy sólido —corrigió—. No soy una persona dada a los planes descabellados. Al menos nunca lo he sido —se acercó y la tomó por los hombros—. Quiero que retengas tu hogar, C. C.

—Así que lo haces por mí —cerró los ojos.

—Por ti, por tus hermanas, por Coco, incluso por Bianca —la giró para que lo mirara—. Y lo hago por mí. Querías mantenerme despierto por las noches, y lo has conseguido.

—La culpabilidad obra milagros —logró esbozar una sonrisa débil.

—No tiene nada que ver con la culpa. Nunca ha sido así. Pero sí con el amor. Con estar enamorado. No te apartes —musitó cuando ella quiso soltarse—. Los negocios ya han acabado por hoy. Ahora solo estamos tú y yo. No puede ser más personal.

—Para mí todo es personal, ¿no lo entiendes? —manifestó ella con las manos cerradas a los costados—. Viniste aquí y cambiaste todo en mi vida, y luego te marchaste. Y ahora vuelves y me comunicas que has alterado tus planes.

—No eres la única cuya vida se ha alterado. Desde que te conocí, nada ha sido igual para mí —sintió una oleada de pánico. C. C. no iba a brindarle otra oportunidad—. Yo no pedí esto. No lo quería.

—Oh, dejaste bien claro lo que no querías —lo empujó sin lograr apartarlo—. No tienes derecho a empezar esto otra vez.

—Al cuerno con los derechos —la sacudió—. Intento decirte que te amo. Es la primera vez para mí, y no vas a convertirlo en una discusión.

—Lo convertiré en lo que me apetezca —espetó, furiosa cuando se le quebró la voz—. No voy a permitir que vuelvas a hacerme daño. No voy a... —se quedó quieta con los ojos muy abiertos—. ¿Has dicho que me amabas?

—Cállate y escucha. He pasado tres semanas y media sintiéndome vacío y desgraciado sin ti. Me fui porque pensé que podría hacerlo. Porque pensé que era lo justo y mejor para los dos. Lógicamente, lo era. Sigue siéndolo. No nos parecemos en nada. No encuentro ningún porcentaje de probabilidades favorables en arriesgar nuestros futuros cuando sé que estaría mejor con otra persona. Con alguien como Finney.

—¿Finney? —se le escapó una risa—. Oh, es fantástico —mientras sus emociones remolineaban, lo golpeó en el pecho—. Te diré una cosa. ¿Por qué no te llevas tu porcentaje a Boston y sacas un gráfico? Y ahora déjame en paz. Tengo trabajo.

—No he terminado —cuando ella abrió la boca para maldecir, Trent dejó que lo dominara el instinto y la besó hasta que se tranquilizó. Tan jadeante como ella, apoyó la frente contra la de C. C.—. No tiene nada que ver con la lógica o los porcentajes —sin soltarla, dio un paso atrás para poder verla—. Catherine, cada vez que me decía que no creía en el amor ni en los matrimonios eternos, recordaba cómo me sentía contigo.

—¿Cómo? ¿Cómo te sentías conmigo?

—Vivo. Feliz. Y sabía que no volvería a sentirme de esa manera a menos que regresara —la soltó—. C. C. una vez me dijiste que lo que teníamos podía ser la mejor parte de mi vida. Tenías razón. No sé si lograré que funcione, pero necesito intentarlo. Te necesito.

Catherine se dio cuenta de que él tenía miedo. Incluso más que ella. Sin quitarle la vista de encima, alzó una mano a su cara.

—Puedo ofrecerte una garantía por un amortiguador, Trent. No por esto.

—Me conformo con que me digas que todavía me amas, que me darás otra oportunidad.

—Todavía te amo. Pero no puedo darte otra oportunidad.

—Catherine...

—Porque aún no has tomado la primera —lo besó con suavidad dos veces—. ¿Por qué no la tomamos juntos? —rió cuando él la pegó a su cuerpo—. Te vas a llenar de grasa.

—Tendré que acostumbrarme —después de dar unas vueltas, se apartó para estudiarla. Todo lo que necesitaba estaba en esos ojos—. Te amo, Catherine. Te amo mucho.

—Tendré que acostumbrarme a eso —le acarició la mejilla—. Quizá necesite que lo repitas cien veces —Trent se lo repitió mientras la abrazaba, mientras le llenaba la cara de besos, mientras se demoraba en el sabor de su boca—. Creo que funciona —murmuró—. Quizá deberíamos cerrar las puertas del taller.

—Déjalas abiertas —volvió a retroceder, luchando para despejarse la cabeza—. Sigo siendo lo bastante St. James como para querer hacer las cosas en su orden adecuado, pero el control se me escapa.

—¿Y a qué orden te refieres? —sonriendo, pasó un dedo por la camisa de él para jugar con el botón superior.

—Espera —encendido, apoyó una mano sobre la de C. C.—. He pensado en esto durante todo el trayecto desde Boston. Lo reviví de muchas maneras distintas. Te invitaría a cenar otra vez, beberíamos un poco de vino y habría muchas velas, o pasearíamos por el jardín al anochecer —miró en torno al taller. «Madreselva y aceite de motores», pensó. «Perfecto»—. Pero estos parecen el momento y el lugar adecuados —sacó un estuche pequeño del bolsillo, lo abrió y se lo entregó a ella—. En una ocasión dijiste que si te ofrecía un diamante, te reírías en mi cara. Pensé que podría tener más suerte con una esmeralda.

Catherine contuvo las lágrimas al contemplar la piedra de un verde intenso en su sencillo engaste de oro. Brillaba para ella, llena de esperanza y promesas.

—Si es una proposición, no te hace falta nada de suerte —lo miró con ojos húmedos y brillantes—. La respuesta siempre fue sí.

—Vayamos a casa —dijo después de introducirle el anillo en el dedo.

—Sí —le tomó la mano—. Vayamos a casa.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirla... Así nació su primer libro: Fuego irlandés. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de *Mystery Writers of America* y del *Crime League of America*. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista *Kirkus Reviews*, «la novela romántica con suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.